

RELACIONES

DE LA
SOCIEDAD ARGENTINA
DE
ANTROPOLOGIA

R. Aronson



TOMO I

Director: FRANCISCO DE APARICIO

BUENOS AIRES

1937

Hace un par de años, un corto número de especialistas se reunió en la antigua casa del general Mitre, por tantos motivos benemérita, y resolvió fundar una sociedad antropológica. Tendría por finalidad principal agrupar a todos los estudiosos de las distintas ramas de las ciencias del hombre y estimular, por todos los medios a su alcance, la investigación de aquellas disciplinas.

La nueva sociedad nació con una enjundia poco común. Limitada en un comienzo a los especialistas, en el más estricto sentido del término, debió luego de ampliar sus estatutos permitiendo el acceso a todos los que se interesan por los estudios antropológicos.

A medida que realizaba su labor, la Sociedad fué precisando sus objetivos y perfeccionando sus medios de acción. Con este criterio elástico que le permite mejorarse sobre la marcha y continuamente, ha ido adquiriendo una importancia que supera los cálculos más optimistas de la primera hora.

La más alta aspiración de los iniciadores de la Sociedad Argentina de Antropología fué contar con una publicación que exteriorizara la labor de sus asociados. Esta aspiración que, en un principio, pareció lejana y quimérica es hoy una realidad. El tomo de RELACIONES que ponemos en circulación inicia la serie, y refleja —parcialmente— la labor de la Sociedad en el primer período de su vida. Esta labor y el volumen que la documenta están lejos de satisfacer nuestros propósitos. Una y otro están llenos de defectos. Lo sabemos mejor que nadie mas, antes de esperar meditando en la inactividad una perfección que acaso nunca alcancemos, preferimos adaptar las normas de Sarmiento y lanzarnos a la obra animados de un constante afán de superación.

F. A.

∫

EXCAVACIONES EN LOS PARADEROS DEL ARROYO DE LEYES

por

FRANCISCO DE APARICIO

HACE ya más de veinticinco años conocí el Arroyo de Leyes y tierras aledañas. Fué mi primera salida de Buenos Aires. Llevábame a aquel lugar, que tanta fama ha adquirido en nuestros días, un deseo vehemente de conocer y explorar el país que no habría de atenuarse nunca. Aun cuando en aquella ocasión cumpliera funciones bien ajenas a la ciencia, supe ya que en aquellos lugares se encontraban restos de industria indígena y — por primera vez en mi vida — recogí, en aquel entonces, algunos fragmentos de cerámica. El recuerdo de aquellos hallazgos mantuvo latente en mí un deseo de exploración en el lugar, mas, a pesar de haber vivido largos años a corta distancia del Leyes, dedicado exclusivamente a la investigación arqueológica, nunca llegó el día de efectuarla.

A comienzos de 1934, la Sra. Amelia Larguía de Crouzeilles, mediante una copiosa correspondencia, consiguió convencerme de la importancia arqueológica de la zona adyacente al arroyo de Leyes. Este convencimiento, decidíome a efectuar una inspección preliminar de la zona, bajo los auspicios del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. En los primeros días del mes de septiembre del mismo año, realicé esta excursión preliminar con la valiosa cooperación de Frenguelli, que accedió a colaborar en la empresa de nuestro Museo, a fin de ilustrarnos acerca de las condiciones geográficas de aquellos lugares.

Durante nuestra visita a los paraderos próximos al arroyo de Leyes, un poblador ofertónos en venta dos vasos de un tipo que, por desusado

en la región, pareciónos sospechoso. De regreso, en Santa Fe, tuvimos noticia de la colección del Sr. Manuel A. Bousquet, que puso ante nuestros ojos un conjunto numeroso de objetos, procedentes de los yacimientos del Leyes, que diferían fundamentalmente de todos los restos arqueológicos del litoral paranaense conocidos hasta la fecha. El efecto de esta colección fué, francamente, desconcertante. Algunas piezas denunciaban muy a las claras la existencia de una superchería; otras, en cambio, abrían un interrogante que aún no tiene respuesta satisfactoria. Desde entonces hasta hoy, la cuestión del Leyes ha estado sobre el tapete, apasionando a especialistas y aficionados, y adquiriendo, por momentos, caracteres de escándalo, poco frecuentes en nuestro mundo científico. Por mi parte, desde el primer momento — prescindiendo de las supercherías que no interesan a la ciencia —, he creído que es necesario considerar a los hallazgos del Leyes como un hecho nuevo en nuestras investigaciones arqueológicas; como un problema de gran interés, cuya solución definitiva sólo ha de alcanzarse mediante una exploración amplia y sistemática de los yacimientos. A pesar del tiempo transcurrido, sólo me ha sido posible realizar dos brevísimas exploraciones, bajo los auspicios del Museo Antropológico y Etnográfico.

De los resultados de estos sondeos preliminares quiero dar cuenta en esta reunión en forma concreta y objetiva.

PRIMERA EXPLORACION.

La primera de dichas exploraciones fué realizada en la Semana Santa de 1935. El informe presentado a mi regreso, a la Dirección del Museo dice así: “En cumplimiento de lo ordenado por el señor Director, me trasladé a la ciudad de Santa Fe, con el propósito de realizar investigaciones arqueológicas en el campo denominado “Los Zapallos”, sobre la margen derecha del arroyo Leyes, en el departamento de Garay.

El campo, donde se han efectuado últimamente numerosos hallazgos, se encuentra en su casi totalidad cultivado, y sus pobladores prohíben todo trabajo de excavación. Sólo en una pequeña franja, comprendida entre el camino carretero y la costa, es posible excavar, pero esta zona se encuentra

totalmente removida por los lugareños, que realizan búsquedas continuas con propósitos de lucro. Es de allí de donde han salido — según testimonios de los propios recolectores — las numerosas piezas que se han dado a conocer últimamente.

Después de largas y trabajosas gestiones con uno de los pobladores se obtuvo permiso para realizar una angosta zanja no mayor de un metro, en una pequeña zona costanera, en la cual no se ha permitido excavar hasta ahora por estar destinada a operaciones de embarque y es pomposamente denominada “el puerto”. Limpiado el terreno de la maleza que lo cubre, hice abrir dos trincheras de un metro de ancho por quince de largo, aproximadamente. Ambas trincheras estaban separadas entre sí un metro. Esta franja intermedia, así como los contornos de las trincheras, fueron prolijamente sondeados.

El terreno es de consistencia arenosa. Trátase, evidentemente, de un médano costero consolidado y humificado. En la primera “punteada” — hasta unos treinta centímetros aproximadamente —, la tarea resultó estéril casi en absoluto. Al profundizarse la excavación otros treinta centímetros comenzaron a aparecer fragmentos de alfarería en cantidad apreciable. Todos esos fragmentos, con excepción de uno solo, corresponden al tipo de cerámica — lisa o grabada — que caracteriza los yacimientos arqueológicos próximos al Paraná.

Antes de la media hora de iniciada la tarea, uno de los obreros advirtió que la pala había chocado contra un objeto de mayor consideración. Penetré entonces en la trinchera y pude comprobar la presencia de un objeto de cerámica, antropomorfo, enterrado a una profundidad que pude apreciar entre 50 y 60 centímetros. Después de comprobar minuciosamente las condiciones del hallazgo — extremando el análisis en atención a las versiones de engaño que circulaban con respecto a este yacimiento —, llegué a la conclusión de que aquel objeto se hallaba, realmente, *in situ*. Procedí, entonces, a extraerlo, operación realizada con la mayor prolijidad, pues la pieza, de una cerámica de calidad muy inferior, se hallaba fracturada en varios pedazos. Los fragmentos, reunidos con todas las precauciones posibles, han podido ser pegados en el Museo, reconstruyéndose un vaso que ha ingresado al catálogo.

La excavación, comenzada a las ocho de la mañana, se prolongó durante todo el día, hasta el anochecer, pero el resultado fué completamente estéril encontrándose solamente algunos fragmentos de alfarería de tipo corriente. Este resultado era previsible, pues, fuera de la estrecha franja de terreno virgen en que se hiciera la excavación inicial, no fué posible realizar búsquedas sino en terrenos anteriormente removidos por los lugareños en procura de material arqueológico.

La pieza exhumada corresponde a un tipo de cerámica totalmente nuevo en la arqueología argentina ¹. Es un vaso antropomorfo, de extrema rusticidad. El cuerpo es subglobular. Las facciones, torpemente modeladas, han sido muy bien definidas; los ojos resueltos de modo que dan a la figura una expresión de ceguera. En el cuerpo del vaso no se han indicado más caracteres humanos que los brazos y en medio de ellos se destaca una máscara, que da al conjunto el aspecto de haberse querido representar un hombre a horcajadas de otro (lámina II).

En el yacimiento del campo "Los Zapallos", sobre el arroyo de Leyes, considero que es inoficioso iniciar nuevas investigaciones si no se dispone de elementos para realizarlas en forma intensiva y si no se gestiona, previamente, permiso de los propietarios para excavar en lugares no profanados aún por los "buscadores de antigüedades".

(¹) Este tipo de cerámica, al cual llamaremos, en lo sucesivo, "tipo Leyes", por ser exclusivo de este yacimiento, es de una rusticidad extrema. Todos los caracteres técnicos — estructura de la pasta, modelado, decoración, cochura — son rudimentarios, al punto de que no es exagerado decir que no se conoce cerámica de calidad tan inferior procedente de yacimientos arqueológicos de América. El valor artístico no supera la calidad industrial en las alfarerías del Leyes. Salvo contadas excepciones, son grotescas, deformes; revelan un espíritu mezquino que llega, a veces, a ser repelente.

La cerámica retirada hasta ahora de los paraderos próximos al Paraná es tosca, comparada con la cerámica de alta calidad del noroeste argentino, pero resulta excelente, en parangón con la extraída de las márgenes del Leyes. La alfarería indígena paranaense es de cocción imperfecta, pero la pasta es dura, compacta y homogénea. No faltan fragmentos de calidad superior por su modelado, alisamiento, decoración y cochura. El valor artístico es muy superior a la factura. Existen figuras de alto mérito escultórico, al punto de haber creado un estilo inconfundible, no sólo por su concepción plástica, sino también por los elementos decorativos.

No hay, pues, la menor posibilidad de confundir esta cerámica clásica del Paraná — a la cual llamaremos en esta comunicación "de tipo corriente" — con la recién aparecida a la que hemos denominado "tipo Leyes". Además de sus caracteres intrínsecos ambas cerámicas difieren también por las condiciones de hallazgo. Sabido es que los aborígenes del Paraná tuvieron la costumbre de romper sus vasos y dispersar luego los fragmentos. Todos los restos que poseemos de su cerámica — con raras excepciones — son tiestos reducidos a trozos menudos. La alfarería "tipo Leyes", en cambio, aparece en piezas enteras al parecer enterradas intencionalmente.

SEGUNDA EXPLORACION.

Pasado un año, como las circunstancias no habían permitido realizar la deseada exploración en gran escala, efectuamos una segunda tentativa, perturbada también por el mal tiempo. La expedición fué nuevamente organizada por el Museo Antropológico y Etnográfico. El señor Manuel A. Bousquet, formó parte de ella, a fin de obtener la colaboración de los pobladores, indispensable para el éxito de la empresa.

Iniciamos los trabajos en la mañana del 22 de mayo de 1936. La costa del arroyo de Leyes estaba totalmente removida. Presentaba el aspecto de los campos que han soportado un intenso bombardeo, efecto que, por fortuna, sólo conocemos a través del cinematógrafo. Fué menester contentarse con insistir en excavar terrenos ya explotados por los infatigables buscadores. Sólo conservaba su virginidad el campo que circundaba las casas, virginidad guardada con celo femenino por los tenaces competidores de la ciencia oficial².

La primera trinchera se abrió a corta distancia de la efectuada el año anterior, y de la costa del arroyo, sobre la huella del camino viejo. En la primera "punteada" —más o menos treinta centímetros de profundidad— sólo aparecieron algunos fragmentos de alfarería lisa, un borde inciso y un fragmento de silueta zoomorfa, todo de tipo corriente. Al continuarse el trabajo, a los pocos minutos, aparecieron, en los extremos de la trinchera, sendas piezas. La primera resultó un conjunto de fragmentos de diversos tamaños, con los cuales pudo reconstruirse, en todo su perímetro, la región ventral de una urna muy tosca, cubierta de hollín, de tipo corriente. El diámetro máximo de ese fragmento es de unos 28 centímetros. La segunda es una ollita de cerámica, muy gruesa y pesada, del tipo característico de este yacimiento (figura 1). Conserva un asa en forma de cabeza de

(²) Los pobladores del lugar han hecho de la búsqueda de material arqueológico su principal actividad. La consistencia arenosa del terreno les ha sugerido una técnica peculiar: cavan pozos, más o menos circulares, de poco más de medio metro de profundidad, luego con una larga varilla de acero sondan en todas direcciones. Esta técnica es la que da al terreno tan curioso aspecto pues presenta centenares de pozos, a corta distancia unos de otros.

víbora. La otra, fracturada, ha sido simétrica, posiblemente. Sobre el borde, grueso y basto, se ha ejecutado una decoración elemental, constituida por una serie de puntos incisos. La boca mide 15 centímetros de diámetro, el del vientre alcanza a 18, y la altura es de 11 centímetros. Luego de estos hallazgos, efectuados en los extremos de la trinchera, que tendría unos cinco metros de largo, procedióse a sondar prolijamente todo el contorno de la zanja,

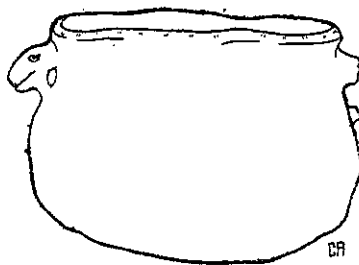


Fig. 1

aplicando la técnica de los lugareños, excelente en aquel terreno. Así apareció una tercera pieza, en la vecindad de la primera. El nuevo hallazgo consistía en un montón de fragmentos de cerámica lisa. Era evidente que todos ellos pertenecían a un mismo vaso. Ensayada luego la



Fig. 2

reconstrucción, obtúvose algo más de la mitad de una urnita de base subglobular y cuerpo tronco-cónico (figura 2. La altura ha sido de unos 25 centímetros. La pasta es dura y compacta; la superficie exterior conserva vestigios de pintura roja. Por su forma, parece una pieza de origen guaraní. En resumen, esta primera excavación dió por resultado: en un extremo varios fragmentos y dos piezas de cerámica del tipo habitual en los paraderos del litoral paranaense; en el otro, una ollita "tipo Leyes".

Todo a un mismo nivel.

Una segunda trinchera, paralela a la anterior, unos dos metros hacia la costa, abrióse a continuación. El resultado fué análogo: superficialmente se encontraron algunas tejas de tipo corriente y escasos restos de comida, huesos de nutria casi exclusivamente. Al llegar a los cincuenta centímetros de profundidad, aproximadamente, aparecieron dos piezas, y en el mismo nivel que ellas buen número de tejas lisas, algunas pintadas

de rojo, y tres de ellas con decoración incisa característica: surco con escalonamiento interior — una de ellas, muy posiblemente, fué una silueta zoomorfa —. La primera de las piezas es uno de esos vasos antropomorfos típicos del Leyes, desconcertantes por la grosería del modelado y la rusticidad de la técnica (lámina III). A ambos costados de la cabeza, sendas asas ofidiformes. Mide 18 centímetros de alto. La segunda es una ollita subglobular, con un borde festoneado, amplio y muy abierto hacia afuera. Todo el vientre del vaso está cubierto por una decoración incisa, constituida por cinco registros paralelos. Tanto por su concepción como por su factura, la decoración pone en evidencia una gran torpeza, que contrasta

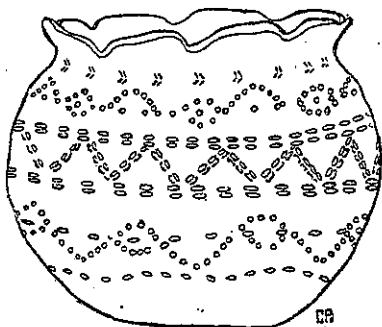


Fig. 3

con las decoraciones grabadas de los antiguos pobladores del Paraná. Mide 16 centímetros de alto (figura 3).

El segundo día de mi estada en el campo de "Los Zapallos", resolví hacer una inspección en la costa del arroyo. Habíanme informado los lugareños que los derrumbes de la barranca solían dejar algunos vasos al descubierto. Aun en la fotografía se advierte el aspecto que presenta la barranca: un banco oscuro de arena humificada descansando sobre el loess

de coloración mucho más clara (lámina IV, b).

Personalmente procedí a desmoronar partes salientes de la barranca. La empresa no fué vana, bastó poco trabajo para descubrir un pequeño vaso. Descansaba, a noventa centímetros de profundidad, sobre varios fragmentos grandes de alfarería de tipo corriente; además, en las inmediaciones del vaso, encontráronse algunos tiestos y un fragmento de ocre. La pequeña pieza representa una cabeza bifronte. El modelado de estas caras, como el de la mayor parte de las esculturas retiradas del Leyes, denota una inhabilidad escultórica muy grande. Sin embargo, es curioso observar, que en la pieza que me ocupa, el autor se ha propuesto repre-

sentar dos caras iguales, y lo ha conseguido, con una analogía sorprendente. Mide 11 centímetros de alto (lámina IV, y figura 4).

Después del primer hallazgo en la barranca, fueron infructuosos nuestros esfuerzos por repetirlo. Abandonamos la empresa y practicamos una nueva excavación en la vecindad de las efectuadas el día anterior. Repitióse la buena fortuna, aunque debimos llegar a los noventa centímetros de profundidad: encontré una figura femenina muy estilizada que es, sin du-

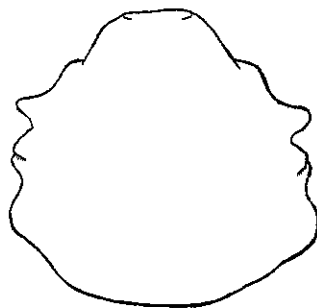


Fig. 4

da, la más interesante de la serie. A distintos niveles, aparecieron numerosos restos de comida, muy deteriorados, y fragmentos de alfarería.

El vaso antropomorfo (lámina V) ha sido concebido con una admirable simplicidad plástica. Un amplio vientre subglobular, estrechado para formar el cuello, y una cabeza también globular. Obtenido el volumen de la cabeza por tan sencillo procedimiento, se ha estilizado magistralmente un peinado por medio de una decoración de líneas paralelas, constituídas por surcos con escalonamiento interior. Este decorado cubre toda la superficie, dejando libre, al frente, la sección que correspondería a la cara y, detrás, la nuca, indicando muy claramente que esta parte estaba libre de peinado. El cuello se ha subrayado con una línea incisa que semeja un collar. Sobre el cuerpo se han emplazado dos pezones enhiestos, que definen el sexo. En la parte posterior, a la misma altura, la boca del vaso. A los costados, asas simples. Mide 18 centímetros de alto. La cerámica es de color bayo claro amarillento.

En la tarde del segundo día, conseguimos el anhelado permiso de cavar en una sección del terreno absolutamente virgen. Una parte del campo que no había sido roturada nunca con ningún propósito, según declaración del poblador, y nada hacía suponer lo contrario. Aprovechando esta feliz oportunidad, resolvimos realizar una excavación sistemática. Limpióse el terreno de la maleza que lo cubría y se procedió a cavar un

rectángulo de dos metros por cinco (lámina VI). Cavóse una primera "punteada" — 30 centímetros, aproximadamente —. El trabajo fué estéril; sólo apareció un pequeño fragmento liso de cerámica. Una vez nivelado todo el rectángulo a esta profundidad, comenzóse la segunda punteada. De inmediato aparecieron tejas en buen número. En vista de ese resultado se procedió a sondear prolijamente el terreno para evitar la fractura de las piezas, en caso de haberlas. El trabajo fué lento y pesado, pero no inútil. En uno de los ángulos, fuera ya de la trinchera, la varilla de acero tropezó con un cuerpo duro. Era la extraña pieza que reproduzco en la lámina VII, la cual se encontraba a ochenta centímetros de profundidad.

Es un vaso subglobular, prolongado en un cuello que termina en cabeza de ave. Los elementos de caracterización son simples y eficaces. Los ojos, modelados primero en relieve y luego definidos por dos círculos concéntricos y un punto que dibuja el iris. En torno a los ojos, una serie de incisiones al desgaire procuran sugerir el plumaje. El pico, largo y entreabierto, recuerda al de algunas aves acuáticas. Sobre el vientre del vaso, simétricamente, cuatro caras humanas. Las facciones son toscas e inexpressivas. Los ojos se han obtenido por técnica análoga a los del ave: modelados primero, y dibujados luego, por un doble óvalo circundado por una línea de puntos. Las cejas han sido, igualmente, dibujadas por un profundo trazo. La particularidad más curiosa de este vaso es que las cuatro caras se han obtenido con sólo cuatro ojos: cada uno de éstos resulta común para dos caras. La abertura del vaso se ha emplazado en la parte posterior de la cabeza de ave; de ella arranca el asa de curvatura simple. Mide 20 centímetros de alto.

La excavación de la segunda punteada produjo una gran cantidad de tejas y restos de comida: huesos partidos y valvas de moluscos. Limpióse la tierra de la segunda punteada y practicáronse, sin resultado alguno, nuevos sondeos. A pesar de esto, continuóse la excavación. En la tercera punteada disminuyeron las tejas pero aumentaron considerablemente los restos de comida. En el ángulo opuesto al del hallazgo las valvas de moluscos mezcladas con tiestos y huesos partidos constituían una verdadera brecha de algunos centímetros de espesor. Extraída la tierra de la tercera "punteada", la trinchera tenía más de 75 centímetros de pro-

fundidad. Sondeóse prolijamente, pero sin resultado. La brecha continuaba aún unos cinco centímetros; luego la arena, menos humificada, se tornaba parduzca; pocos centímetros más abajo, aparecía el loess.

El tercer día iniciamos una trinchera a corta distancia de la anterior, siempre en terreno virgen. La zanja tenía cuatro metros de largo por uno de ancho, y se profundizó hasta 80 centímetros, aproximadamente. A esa profundidad encontré un vaso antropomorfo (lámina VIII) y abundantes restos de comida. El vaso es similar al de la lámina III, y representa un individuo rechoncho, de pómulos abultados. Los ojos han sido obtenidos por una técnica distinta: modelados en hueco, incluyendo dentro un iris de bulto. En la parte posterior, junto a la oreja derecha, se ha emplazado una grotesca figura zoomorfa, al parecer un saurio. El alto del vaso es de 18 centímetros y medio.

Las dos últimas "punteadas" dieron gran cantidad de tuestos. Uno de ellos es un fragmento de borde con una figura zoomorfa. Todos los caracteres de esta pequeña pieza la definen, inconfundiblemente, como un ejemplar de las "representaciones plásticas" que caracterizan a una de las culturas indígenas que han tenido asiento a lo largo del Paraná. La pieza que nos ocupa ha pertenecido — probablemente — a un vaso muy plano, de reducidas proporciones; la misma pared del vaso se ha prolongado en una protuberancia, en la cual se ha modelado, con precisión

y simplicidad admirables, una cabecita de ave de amplio pico curvo. Los ojos, muy abultados, son su único complemento. Debajo de la cabeza, la pared del vaso presenta un agujero de grandes dimensiones (figura 5).

Una última trinchera, de análogas dimensiones, excavamos en la proximidad de la anterior. El resultado fué análogo: en un ángulo a 80 centímetros

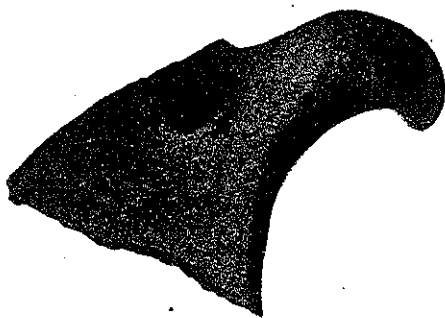


Fig. 5

de profundidad, encontré, tumbada, una ollita. Es muy simple, subcilín-

drica, con un borde festoneado. En la cara interna, en la proximidad del borde, algunas incisiones aisladas. A pesar de reunir los caracteres externos propios de la alfarería típica de este paradero, la ollita que nos ocupa es de paredes delgadas, y su cocción es bastante buena (figura 6). Encontróse esta pieza en condiciones que conviene puntualizar: por debajo, y envuelta en gruesas raíces de ombú. Como no hubiera ningún vestigio de vegetación arbórea sobre la superficie del terreno, quise aclarar la aparente anomalía. Hasta 1917 ó 1918 el terreno en que trabajábamos — según declaraciones de los vecinos — estaba cubierto de un monte tupido, con predominio de talas. Entre ellos medraba un viejo ombú. Por aquella fecha el terreno fué desmontado para dedicarlo al cultivo, propósito que luego no se cumplió. En el extremo opuesto al del hallazgo de la ollita, encontróse un verdadero amontonamiento de huesos humanos, junto a gran cantidad de valvas de moluscos.

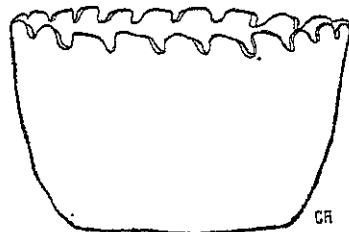


Fig. 6

Innecesario creo advertir que todas las piezas exhumadas en el curso de las investigaciones de que doy cuenta en esta breve comunicación, han sido extraídas por mis propias manos, extremando el análisis en cada caso. Tengo el convencimiento de que todas estaban *in situ* y, por lo tanto, no abrigo la menor sospecha de que pudieran haber sido introducidas en el terreno con propósitos de engaño o de especulación.

CONCLUSIONES.

El resultado de estas rápidas investigaciones, y todo lo que hasta hoy sabemos sobre los hallazgos efectuados en las márgenes del arroyo de Leyes, son insuficientes, a mi juicio, para llegar a una exégesis definitiva.

He de limitarme, pues, en esta oportunidad, a dar mi opinión sobre el yacimiento y el problema que él plantea. A mi entender, sobre la margen derecha del arroyo de Leyes se extiende un amplio paradero, análogo

a todos los que se encuentran a lo largo del litoral paranaense. Así lo atestiguan las condiciones de ambiente, la presencia de representaciones plásticas, la abundancia de cerámica fragmentada y dispersa, de un tipo inconfundible, los restos de comida y testimonios de inhumación secundaria. Hallazgos anteriores confirman ampliamente la diagnosis, y agregan un infaltable elemento intrusivo — obligada excepción de la regla —: restos guaraníes. Dentro de este yacimiento clásico aparece el hecho realmente desconcertante: un tipo de cerámica desconocido hasta ahora, y que se presenta — junto a los restos habituales — en la forma no usual de vasos enteros, aparentemente enterrados. Este nuevo elemento, desconocido hasta ayer, enigmático hoy, es necesario investigarlo a fondo. La superchería y el charlatanismo se han mezclado, desgraciadamente, al asunto, pero esta circunstancia no amengua, en modo alguno, el interés estrictamente científico del problema ¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 24 de julio de 1936. Cartografía de M. T. Grondona, dibujos de Cristina C. M. de Aparicio, fotografías del autor.



a

El arroyo de Leyes en la proximidad del yacimiento arqueológico.



b

Un aspecto de la vegetación en los bañados marginales del arroyo de Leyes.



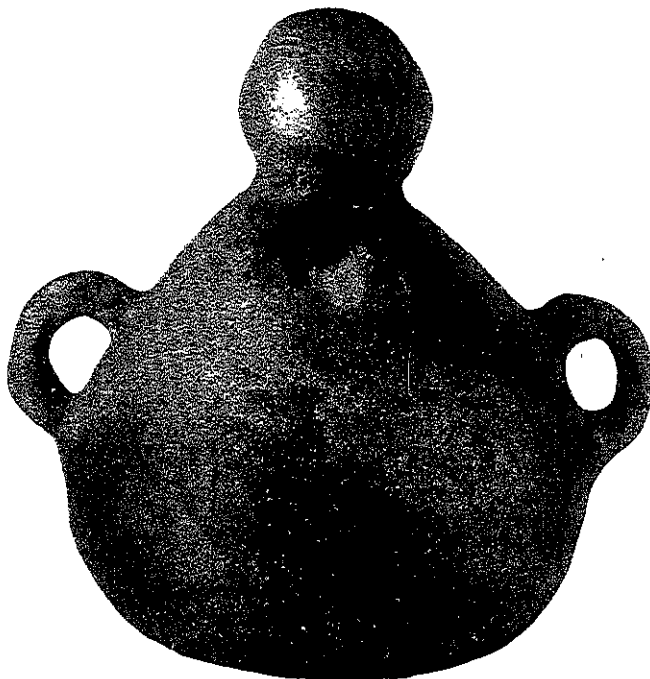
Vaso extraído en la primera exploración del Museo Antropológico
y Etnográfico.



Posición en que se encontraba el vaso representado en esta lámina.



La barranca del arroyo de Leyes en el lugar en que se exhumó el vaso
bifronte reproducido en esta lámina.



Posición en que se encontraba el vaso representado en esta lámina.



a

Aspecto del terreno en que se efectuó la excavación sistemática, después de cortada la maleza que lo cubría.



b

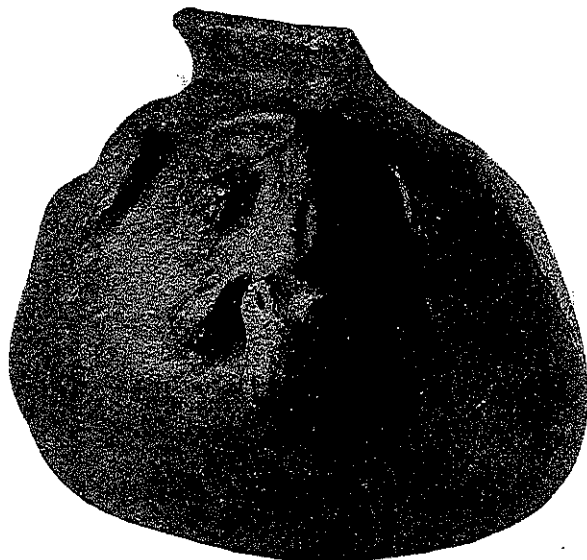
Aspecto de la trinchera, después de terminada la excavación sistemática.



Vista lateral del vaso descubierto en la excavación sistemática.



Vista frontal del vaso descubierto en la última trinchera.



Vista lateral del vaso descubierto en la última trinchera.

UNA REPRESENTACION DEL **CKECPIS** EN LA ALFARERIA PREHISTORICA DE LA ISLA

por

EDUARDO CASANOVA

ENTRE las numerosas piezas de barro cocido que exhumamos durante nuestras excavaciones en La Isla, yacimiento arqueológico de la quebrada de Humahuaca, en la provincia de Jujuy, hay una tan interesante que hemos creído conveniente dedicarle una noticia especial.

Es un pequeño puco, catalogado con el número 36-941 en las colecciones arqueológicas del Museo Argentino de Ciencias Naturales, que, junto con un adorno de oro, un vaso rectangular de piedra y la representación de una mazorca de maíz, también en piedra, constituía el ajuar fúnebre de un individuo adulto de sexo femenino, enterrado en el ángulo de una vivienda del yacimiento citado.

La pieza mide 130 milímetros en su boca y 58 milímetros en su base, que es plana; su altura alcanza a 50 milímetros, sin incluir el relieve antropomorfo que sobresale del borde; su grueso es de unos 3 milímetros.

La parte exterior del puco ha sido rudimentariamente alisada, presentando el color rojo natural de la arcilla empleada en su confección. En cambio, la superficie interior está bien pulida, y tiene un engobe rojo, sobre el cual se ha dispuesto una decoración pintada en negro. El motivo decorativo es un reticulado distribuido formando tres triángulos que se unen por un vértice en el centro del puco, mientras sus bases alcanzan al borde del vaso; del punto de unión sale una línea aislada que también se dirige al borde.

El interés de la pieza radica en una representación en relieve que aparece encaramada en el borde. Desde el punto de vista técnico podemos decir que el modelado ha sido confeccionado independientemente del vaso, al cual se ha aplicado antes de someterlo a la cocción.

Visto el puco de frente (lámina I) se observa una figura antropomorfa, cuya cabeza sobresale del borde, mientras las manos se apoyan sobre éste, como si el personaje se sostuviera con ellas. Dos pequeños relieves, hendidos en su parte media, figuran los ojos, y un tercero, colocado entre ellos, representa la nariz; la boca no está señalada. Pintadas sobre el rostro hay varias líneas en negro, unas bajo los ojos y otras a ambos lados de la nariz.

Detrás de esta primera figura aparece otra, algo más pequeña pero muy semejante. La pieza ha sufrido deterioros en esta parte, y faltan algunos fragmentos que corresponden a un ojo y parte de la frente, pero, de todas maneras, es fácil advertir la similitud de ambas representaciones antropomorfas (lámina II).

El segundo personaje aparece envuelto como con un lienzo o manta, uno de cuyos extremos pasa por el hombro izquierdo de la figura principal, mientras que la otra punta pasa bajo el brazo derecho.

¿Qué quisieron representar los indígenas en este grupo? Para nosotros no cabe la menor duda de que se trata de una mujer que lleva su hijo a cuestas.

Esta manera de colocar los pequeñuelos permite dejar libres los brazos de la madre, para emplearlos en llevar otras cosas o atender los mil quehaceres domésticos. Por esta ventaja el procedimiento, con ligeras variantes, se emplea en muchos pueblos. Por ejemplo, lo usan tribus negras del Africa, los indios del Chaco, los pobladores autóctonos y mestizos de Bolivia, Puna, quebrada de Humahuaca, etc.

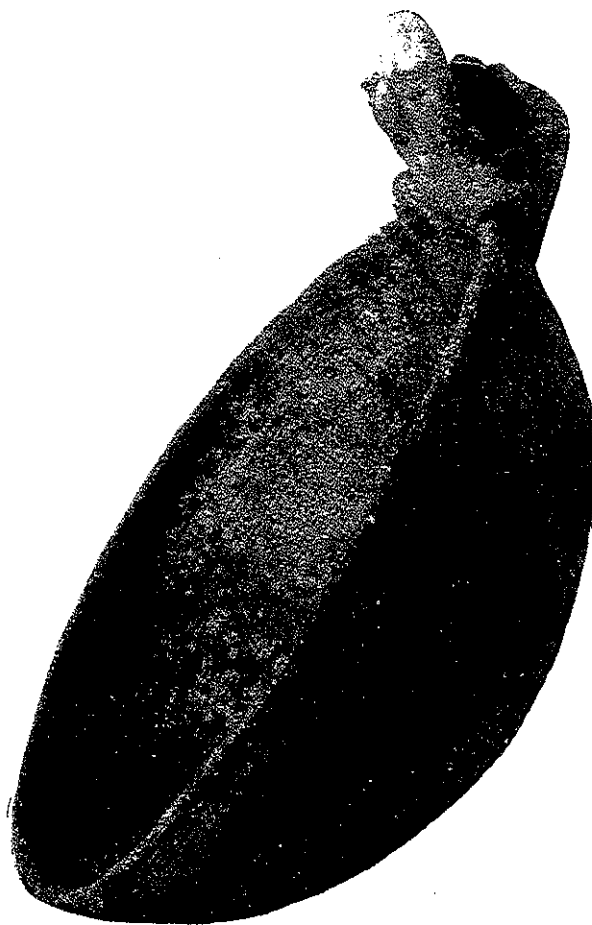
En esta última región se llama *kquepi* o *ckecpis* al atado que se hace con una manta envolviendo al niño, el cual se echa a la espalda, generalmente pasando un extremo de la manta sobre el hombro derecho de la madre y la otra punta bajo el brazo izquierdo y anudando ambos por delante del pecho.

El origen de esta costumbre es muy antigua, y tenemos referencias sobre ella desde la época de la conquista, pero es la primera vez que en la quebrada de Humahuaca aparece una pieza arqueológica que sirva de testimonio indiscutible sobre el uso del *ckecpis* en los tiempos prehistóricos¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 24 de julio de 1936.



Pequeño puco con modelado antropomorfo en el borde: el personaje principal aparece de frente.
La pieza procede de La Isla (Jujuy) y se encuentra en las colecciones
del Museo Argentino de Ciencias Naturales.



La figura permite apreciar la disposición del doble modelado antropomorfo. A cuestras del primer personaje aparece otro, más pequeño, envuelto en una manta que lo mantiene sobre las espaldas del primero en la típica forma del *čkecpis*.

RAZAS HUMANAS Y GRUPOS SANGUINEOS

por

J. IMBELLONI

LOS CARACTERES "EXTERIORES", PIGMENTARIOS Y TEGUMENTARIOS, EN LA CLASIFICACION TRADICIONAL DE LAS RAZAS HUMANAS

MIENTRAS un corto pero rumoroso grupo de personas extrañas a la investigación científica, multiplica sus cavilaciones, en revistas y diarios, contra el concepto de "razas humanas", por la sencilla razón de que — según dicen — nadie puede definir exactamente lo que es una raza, la clasificación de la humanidad ha ido, en los últimos tiempos, alcanzando la importancia de un problema central dentro de la antropología, y sus conclusiones se han acercado sensiblemente a las etapas definitivas.

: Naturalmente, no se trata ya de las razas de nuestros padres, que se contaban con los dedos de la mano: la blanca, la negra, la amarilla, la aceitunada y la roja. Continúan fieles a esta vieja clasificación los niños de las escuelas elementales, y de vez en cuando la vemos materializada en sendos bustos truculentos, en los escaparates de antiguas librerías escolares.

Esta división quinaria de las razas obedece a dos concepciones, hoy insostenibles.

Primero, la tendencia a considerar como una unidad racial a todos los habitantes de la misma masa continental, de donde vino la idea de fundar cinco razas porque existen cinco continentes. Es perdonable, naturalmente, el prejuicio "continental" en los primeros clasificadores del siglo XVIII, Linnaeus y Blumenbach. Linnaeus, que escribió antes del reconocimiento de la humanidad de Oceanía, dividió su *Homo diurnus* (o *Sapiens*) en los cuatro grupos: *H. Americanus*, *H. Europaeus*, *H. Asiaticus* y *H. Afer*, siendo el 5º grupo compuesto por los organismos teratológicos, *H. mons-*

truosus. Blumenbach, que pudo aprovechar los extraordinarios descubrimientos antropológicos del Cap. Cook en el mar Pacífico, añadió el 5º grupo: *Varietas Caucasica*, *V. Mongolica*, *V. Aethiopica*, *V. Americana* y *V. Malaica*. Es éste el fundador del concepto pentamérico de la humanidad (*Varietates quinæ principes*), y todos aquellos que han quedado fieles al esquema de las cinco razas obran como si durante 150 años la ciencia del hombre hubiese quedado estacionaria.

Segundo, el criterio que los matices de la pigmentación cutánea y otros caracteres igualmente superficiales y aparentes (iris, cabellos, etc.), sean un medio perfecto de discriminación racial.

Las denominaciones *H. albus*, *H. niger*, *H. luridus*, *H. badius*, *H. rufus*, fueron asociadas inmediatamente a la división quinaria, porque el criterio cromático-cutáneo había gozado larguísimo favor ya desde los más antiguos precursores, empezando por los Egipcios y la Biblia.

En cuanto a las arbitrarias generalizaciones que están contenidas en esta clasificación, todos recuerdan el caso realmente instructivo de la llamada "raza roja". Esta denominación fué motivada por las ingenuas observaciones de la antigua literatura de viajes, cuando muchos creían que fueran pigmentaciones fisiológicas del indio tanto la pintura de guerra de los famosos "Pielés Rojas", como el embijamiento de los indígenas mejicanos, insulares, brasilianos, paraguayos y chaquenses por mediõ de la untura bermeja del Urukú (*Bixa orellana*). En realidad, los distintos grupos de indios no tienen un color cutáneo tan absolutamente idéntico como se creyó antiguamente, pues existe marcada oposición entre los tintes amarillentos, muy claros, de Colúmbidos y Fuégidos (en el extremo noroeste de Norte América y, respectivamente, en el extremo austral de Sud América) y el color intensamente oscuro de Centroamericanos y Ándidos, y luego entre el gris pálido de los Láguidos y el tinte casi negroide de algunos chaquenses y de los extinguidos Charrúa. A pesar de la separación de los grupos indígenas de América bajo un único rótulo continental, o "Raza Roja", la posición que más le convenía, por el carácter pigmentario, es la que le asignó Huxley (1870), como una de las cinco divisiones del *Hombre mongoloide*: 1º Mongólica, 2º Polinesia, 3º Americana, 4º Esquimal, y 5º Malés, que este clasificador consideraba como "razas secundarias" y "modificadas".

Otra tentativa muy conocida de clasificar las razas por medio de los caracteres exteriores o cutáneos fué la de Federico Müller (1873), que adoptó el criterio de la forma y sección del cabello. Entre los grupos de Müller: 1° *Lophocomi* (o de cabello lanoso a guisa de granos de pimienta), 2° *Eriocomi* (lanoso uniforme), 3° *Euthycomi* (lacio) y 4° *Euplocomi* (enrulado), el lugar de los americanos corresponde a una subvariedad del 3er. grupo, afín a Australianos, Maleses, Mongoles y Árticos.

El sistema de Müller ha sido resucitado por Deniker (1900 y 1926), y posteriormente también por A. L. Kroeber (1923) y C. A. Haddon (1927). Las tablas taxonómicas de estos autores¹ están fundadas sobre los siguientes criterios, dispuestos en orden de importancia:

- Haddon: 1°, forma de los cabellos; 2°, color del cutis; 3°, estatura; 4°, forma de la cabeza; 5°, caracteres faciales; 6°, nariz y ojos.
Deniker: 1°, cabello; 2°, color cutáneo; 3°, estatura; 4°, nariz, etc.
Kroeber: 1°, cabello; 2°, pelo del cuerpo y de la cara; 3°, forma de la cabeza; 4°, nariz; 5° prognatismo; 6°, color del cutis; 7°, estatura.

RENOVACION EN LA JERARQUIA DE LOS CARACTERES CLASIFICATORIOS

Ahora bien; uno de los problemas más esenciales, especialmente en la sistemática del hombre, consiste, justamente, en fijar la serie jerárquica de los caracteres que se emplean como criterios de discriminación.

Ya hemos visto que, al poner en primer plano los caracteres tegumentarios y pigmentarios, los indígenas del doble continente americano se ubican en el amplio sector de la raza mongoloide. En efecto, la pigmentación intensa del iris y del pelo, el tinte cutáneo, la forma lacia del cabello y su sección redonda, su color negro y considerable espesor (ya el descubridor de América anotó "los cabellos como crines" en aquellas cuatro líneas escritas en el diario a su llegada a Guanahani, que consti-

(1) DENIKER, J. *Races et peuples de la terre*; Paris, 1900 y 1926.

KROEBER, A. L. *Anthropology*; New York, 1923.

HADDON, A. C. *Les races humaines et leur repartition géographique*, traducido por A. van Gennep; Paris, 1927.

tuyen la primitiva investigación antropofísica del Nuevo Mundo), son caracteres netamente mongoloides, que tienen una enorme extensión en toda América, y confieren al indio un *aire de familia* que nos explica la frase del cronista Ulloa: "visto a un indio, se ha visto a todos". La frase de Ulloa la encontramos, casi inalterada, en la demostración de H. Vignaud, en nuestros días, y la supervaloración de ese mismo "aire de familia" la vemos esgrimida por todos aquellos que prefieren conservar la vieja idea de que todos los indígenas de América forman un grupo racial único y uniforme, cuyas variaciones internas serían de interés secundario, sin llegar a comprometer la unidad taxonómica del conjunto.

No se olvide que este conjunto, o unidad, reposa completamente en los caracteres exteriores, pigmentarios y tegumentarios. Cuando se trató de extenderlo a los caracteres del esqueleto y del cráneo, se vió prontamente que la población indígena de América no presenta un tipo somático único, y ninguno de sus caracteres morfológicos se muestra completamente y en igual medida generalizado. En rigor de verdad, no conocemos una nariz "americana", como pretendió Davis, ni un cráneo "americano", como lo aseguró Morton, pues existe toda la gama de variaciones posible. Por la estatura — lo reconoce el norteamericano Wissler — no podríamos distinguir a un indio. En efecto: al lado de verdaderos gigantes, como los Tehuelche, se encuentran estaturas pigmoides como los Guayaquí, Yámana y Alacaluf. Igualmente, en lo de la conformación craneana, vemos desde el máximun de la braquicefalia (índice cefálico horizontal 90 y 95) hasta la dolicocefalia más intensa (índ. cef. hor. 66). Más aún, si se comparan las leyes de la proporcionalidad entre miembros y torso, y entre las secciones distales y proximales de cada miembro, se ve claramente que los cánones del indio no están en concordancia unos con otros, y una gran parte de ellos se colocan en aguda oposición a las leyes de construcción del tipo mongoloide. Inútilmente ha intentado Ales Hrdlička¹ dibujar un patrón morfológico común, que representase al pueblo americano aborígen

(1) HRDLICKA, ALES. *The genesis of the American Indian*, en *Nineteenth International Congress of Americanists*, 559; Washington, 1917.

The origin and antiquity of the American Indian, en *1923 Annual report of the Smithsonian Institution*; Washington, 1925.

in toto, ya que todo crítico sereno ha visto en su *American Homotype* un organismo abstracto, creado artificialmente, mediante cifras que son los promedios de estaturas, índices craneanos, índices de la nariz, etc., de poblaciones absolutamente heterogéneas.

Una verdadera época de renovación en la investigación sistemática del Hombre se ha iniciado después de 1910, especialmente por obra de G. Sergi¹ y R. Biasutti², aunque es justiciero recordar los nombres de A. D'Orbigny³ y A. De Quatrefages⁴ en calidad de precursores. A De Quatrefages debemos, en el panorama racial humano, la formulación de los tres grandes núcleos raciales fundamentales y de dos grupos mixtos o "modificados", lo que constituye una visión esencialmente moderna, y, en el ámbito más especialmente americano, la separación de la raza de Lagoa Santa, definida, justamente, por medio de caracteres osteológicos y arquitectónicos: estatura, índices craneanos y faciales, proporciones de los miembros.

Aunque la posición actual de este conjunto, que luego tomó el nombre de "Raza Paleo-Americana", haya sufrido alteraciones en los sesenta años que van desde De Quatrefages (véase la reciente monografía⁵ publicada en los Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales), es innegable que su formulación representó la ruptura definitiva de la vieja unidad y la separación de un primer núcleo racialmente bien caracterizado.

En 1911 G. Sergi elabora un mapa de América basado en la determinación de afinidades filéticas vinculadas con la idea de migraciones de olas raciales distintas, y la limitación espacial de dichas olas. Casi contemporáneamente R. Biasutti, después de haber delineado con meticuloso trabajo crítico la distribución de los principales caracteres antropomé-

(1) SERGI, GIUSEPPE. *L'uomo; Hominidae, sistema naturale di classificazione*; Torino. 1911.

(2) BIASUTTI, RENATO. *Studi sulla distribuzione dei caratteri e dei tipi antropologici*, en *Memorie Geografiche*, suplemento alla *Rivista Geografica Italiana*; Firenze. 1912.

(3) D'ORBIGNY, ALCIDES. *L'homme américain de l'Amérique méridionale*; Paris. 1839.

(4) DE QUATREFAGES. *L'espèce humaine*; Paris. 1877.

Histoire générale des races humaines; Paris. 1889.

(5) IMBELLONI, J. *Fuéguidos y Láguídos; posición actual de la raza Paleoamericana o de Lagoa Santa*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, XXXIX. 79-104; Buenos Aires. 1937.

tricos en el doble continente, concibe la idea de la sucesión temporal de los tipos humanos, o *formaciones*, en conexión con su historia genética y su dispersión antropogeográfica. De ambos movimientos surge claro el concepto de *regiones biológicas*, que por un lado reclaman la reconstrucción de su historia filética y por el otro la de sus movimientos migratorios, y de la serie de factores del paisaje geográfico que han influido en la ampliación, limitación y fijación de las olas respectivas.

Ambos trabajos se integran admirablemente y señalan un jalón cuya importancia es inapreciable, puesto que todas las tentativas posteriores de clasificación tendrán como punto de partida las magníficas síntesis de Sergi y Biasutti.

En una memoria² presentada a la Segunda Reunión de Ciencias Naturales de Mendoza, en abril 1937, que representa una introducción histórica al problema taxonómico del indio, me he ocupado de las dos tablas taxonómicas publicadas en los últimos años, que pueden considerarse como la continuación directa del período señalado por el binomio Sergi-Biasutti. La primera ha sido publicada en mayo 1934 en la gran obra del profesor de Breslau, Egon Freiherr von Eickstedt³, y la segunda por el autor de estas líneas⁴ en la obra sobre las Razas y Pueblos del Mundo que dirige el profesor Renato Biasutti, y que será puesta en circulación desde Turín por la sociedad editora UTET en 1938⁵.

Un amplio resumen de este último trabajo ha sido entregado para su publicación al presidente de la Sociedad Physis de Buenos Aires, y aparecerá en breve en la revista de ese nombre⁶.

Lo que más esencialmente reclama la atención del lector en este punto de mi exposición es el hecho que los investigadores que han trabajado en

(²) IMBELLONI, J. *Estado actual de la sistemática del hombre, con referencia a América*, en *Segunda Reunión de Ciencias Naturales*; Mendoza, 1937.

(³) VON EICKSTEDT, FREIHERR E. *Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit*; Stuttgart, 1934.

(⁴) IMBELLONI, J. *Le genti indigene dell'America*; en BIASUTTI, *Le Razze*, etc.

(⁵) BIASUTTI, RENATO. *Le Razze ed i popoli della terra*. Obra en dos gruesos volúmenes. por un grupo de especialistas, bajo la dirección del profesor Biasutti. Editor U. T. E. T. de Turín (en preparación).

(⁶) IMBELLONI, J. *Tabla clasificatoria de los indios de América*, en *Physis*; Buenos Aires, 1938.

el período más reciente y han creado la taxonomía moderna del indio, se han servido de una organización de criterios diagnósticos absolutamente distinta.

Tanto Sergi (1911) como Biasutti (1912), von Eickstedt (1934) e Imbelloni (1936), emplean los criterios clasificatorios en el orden siguiente:

- 1° *Caracteres constructivos y arquitectónicos del organismo humano*; Estatura; Morfología del neurocráneo (índice cef. hor.; índ. cef. vertical, etc.). Morfología del splanocráneo: índ. facial, índices frontal, nasal, orbitario, palatino, etc.
Proporciones y canon: índice esquelético, índ. braquial, etc.
- 2° *Caracteres fisionómicos*; dimorfismo sexual.
- 3° *Caracteres pigmentarios y tegumentarios* (cutis, iris, cabello, etc.).
- 4° *Caracteres fisiológicos*: Inmunología, caracteriología, coeficiente dinámico, etc.

TABLA TAXONOMICA DEL HOMBRE AMERICANO

En forma absolutamente sintética resumiré la tabla taxonómica de Imbelloni (1936), cuyas modificaciones a la precedente de von Eickstedt las encontrará el lector en las monografías presentadas a la reunión de Mendoza (1937).

Con exclusión de los Esquimales (o *Artidos*), que no son típicos de América, pues forman una corona ártica ininterrumpida, cuya difusión es relativamente reciente, las razas americanas — todas ellas *derivadas* en el sentido de De Quatrefages, o *metamórficas* — se distribuyen de la siguiente manera:

- 1°, *Colúmbidos*. 2°, *Plánidos*. 3°, *Sonóridos*, en el continente norte.
- 4°, *Pueblos Andidos*, con un sector norteamericano y otro sudamericano.
- 5°, *Istnidos*, en Centro América.
- 6°, *Amazónidos*. 7°, *Pámpidos*. 8°, *Láquidos*. 9°, *Fuéquidos*, en la América del Sur.

La extensión de esta comunicación no me permite reproducir los diagnósticos de cada uno de los grupos identificados. Me limitaré a dar un

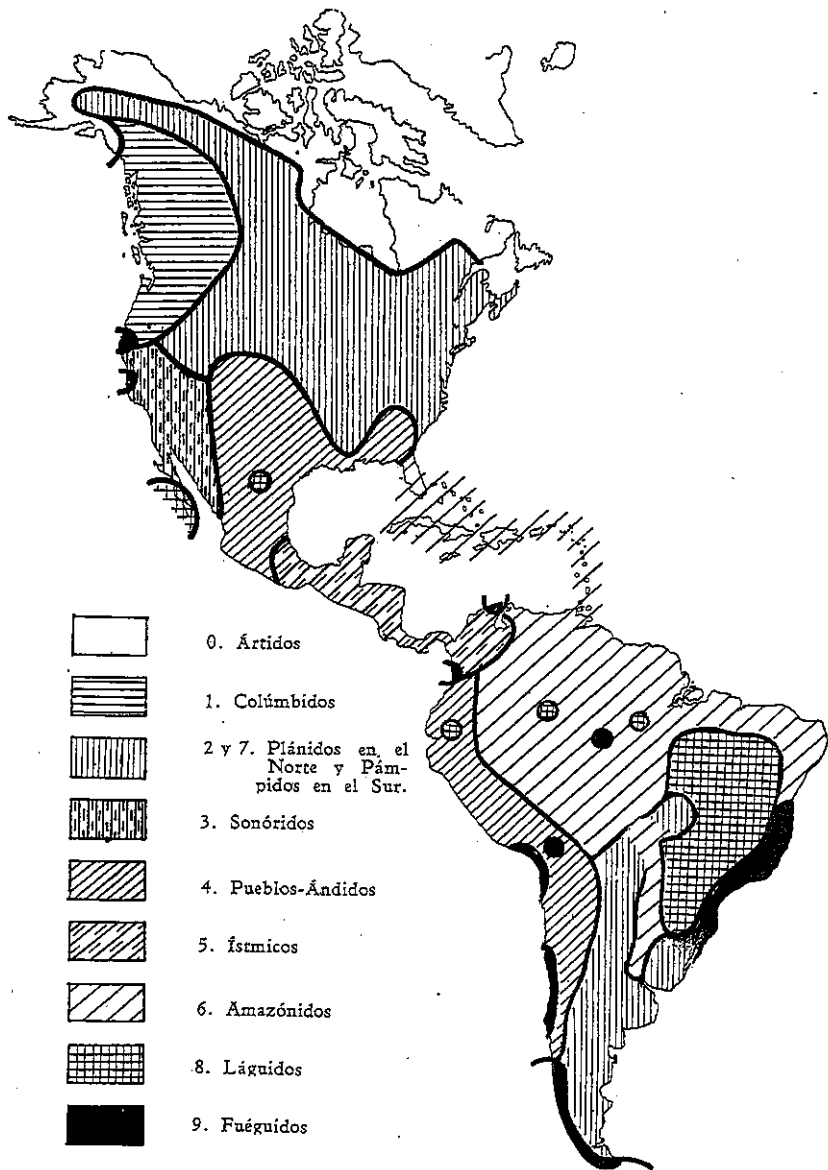


Fig. 1

Mapa de las Formaciones humanas y Regiones biológicas de América por J. Imbelloni (1936).

ejemplo de los mismos, reproduciendo a continuación los de dos grupos de Norte América y dos de Sud América.

1º COLUMBIDOS.

Sinonimia. *Pazifide Rasse* VON EICKSTEDT; *Sou-race pacifique* DENIKER; *Formazione subartica*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura media y alta (mm. 1.160 a 1.700 ♂ y 1.520 a 1.600 ♀); forma craneana braquioide (índ. cef. horizontal 84-90); hay que descontar los efectos de la deformación artificial del cráneo. Color cutáneo más bien claro, de tonalidad amarillenta.

Se impone la distinción de un núcleo costero, con caracteres densificados, y de un sector interno con caracteres en sucesiva degradación. En general el área, en su integridad, se presenta como un centro de llegada y sucesiva irradiación de caracteres mongoloides; entre éstos los más intensos son representados por los del esqueleto, especialmente por la *braquisquelia*, la que no llega a dominar más allá de la faja costanera. Evidentemente, toda la zona fué el teatro de una acción de metamorfismo secundario de un grupo costero que ha ejercido su influencia sobre una capa anteriormente fijada, de hombres de estatura alta, perteneciente al tipo somático de los cazadores canadienses (Plánidos).

2º PLANIDOS.

Sinonimia. *Sylvide Rasse*, VON EICKSTEDT; *Hesperanthropus Columbi Planitia*, SERGI; *Formazione Nord-atlantica*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura alta (mm. 1.660 a 1.775 ♂ y 1.580 ♀). Cráneo dolicoide, con índices moderados (índice cef. horiz. 80-81); esqueleto craneano macizo; cara ancha, con pómulos gruesos y salientes, mentón cuadrado, groseramente modelado. Nariz fuertemente encorvada en el varón, que contribuye a dar el perfil aguilero tan difundido en el tipo clásico del Piel Roja. Notable dimorfismo sexual: mientras el varón tiene el rostro intensamente accidentado, la *Squaw* muestra una cara redondeada y sin rasgos. Tinte cutáneo que varía alrededor de los matices claros del castaño. Arquitectura corporal que contrasta con el carácter "europoide" de la fisionomía, pues el desarrollo predominante de cabeza-

tronco (desarrollo centralizado) según la fórmula de von Eickstedt, lo diferencia de la arquitectura "distalizada" del europeo.

La región biológica de este grupo se ha ampliado en el transcurso del tiempo, puesto que los Plánidos se han extendido, con vigorosa tensión migratoria, a casi toda la región llana del continente norte; sus últimos movimientos pertenecen al radio de los tiempos históricos.

6° AMAZONIDOS.

Sinonimia. *Brasilide Rasse*, VON EICKSTEDT; *Race Brasilo-Guarani*, D'ORBIGNY; *Hesperanthropus Columbi Amazonicus*, SERGI; *Formazione Amazzoniana*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura media y baja (Caribe de Venezuela y Guayana, mm. 1.580 ♂ y 1.450 ♀; del alto Xingú, 1.610 ♂ y 1.520 ♀; Aruaco de la Guayana 1.550 y del alto Xingú 1.640; Tupí centrales 1580-1600 y del alto Xingú 1620-1660; del Paraguay, o meridionales, 1.660); formas craneales moderadamente dolicoideas (Caribe, índ. cef. hor. 81 y 82,5; Aruaco, 81 y 84; Tupí, 79 a 80,5). La cara no tiene canon sensiblemente cameprosopo ni leptomorfo; los pómulos no se diseñan con saliente digno de nota. Nariz de mediana largura, con aletas no excesivamente abiertas, aunque bastante carnosas. Construcción robusta, que recuerda las formas pícnidas del Hombre Alpino, especialmente por el cuello, los hombros anchos y los brazos musculosos; pero se diferencia de ese canon por tener brazos más largos y piernas notablemente sutiles. Característico es el tórax, voluminoso, muy *bombé* en la región mamilar, que se continúa en la línea todavía más globulosa del abdomen. Ni en las mujeres se evidencia el entalle de la cintura, y su cuerpo es igualmente grueso desde arriba hasta abajo. (Téngase presente que los Bororó, Carayá, Sirionó, Macú y otros pueblos no pertenecen a este grupo humano, a pesar de habitar en la Amazonia; los primeros son infiltraciones de Pámpidos, y los demás residuos de capas anteriores, lágidas y en parte fuégidas).

7° PAMPIDOS.

Sinonimia. *Pampide Rasse*, VON EICKSTEDT; *Pampéens*, DENIKER; *Provincia Patagone e Pampeanu*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura media, alta y altísima (Mataco, 1.600 a 1.700; Toba, 1.700 ♂ y 1.550 ♀; Tehuelche, 1.730 a 1.830; Ona, 1.730 ♂ y 1.600 ♀) ;forma craneana dolicoide (índ. cef. hor. 77, 78, 79 y 80), con índice braqui en los Tehuelche, que han recibido grandes contingentes del grupo andino durante, al menos, dos siglos (índ. c. h. 85). La construcción del esqueleto es grande y ruda, los cráneos voluminosos y de notable espesor y peso (*paquicefalia*). Cara con notable desarrollo de los pómulos y mentón cuadrado, saliente; sin embargo tiene gran desarrollo vertical (*leptoprosopia*), con nariz estrecha (*leptorrinia*). Escaso dimorfismo sexual: hombres y mujeres no se distinguen fácilmente por el aspecto del rostro. Color cutáneo bastante obscuro, con tonalidades cálidas; ojos a menudo oblicuos.

Lo que caracteriza la arquitectura corporal de los Pámpidos es el corte atlético de los miembros, su armonía general y el equilibrio de las masas musculares, superior a otros grupos de América. Estos caracteres van disminuyendo de sud a norte, por la existencia de dos zonas de metamorfismo secundario, una en el Matto Grosso y otra chaqueña, además de la infiltración, netamente pampeana, de los Auca.

ESTADO ACTUAL DE LA SISTEMÁTICA DEL HOMBRE

Según se desprende de los párrafos que preceden, la diferencia entre las dos opuestas posiciones atribuidas al hombre americano es una consecuencia de la opuesta manera de organizar la serie de los caracteres clasificatorios. Ya hemos visto que, si a los caracteres exteriores se les asigna un valor predominante, el Indio pasa a formar una de las tantas ramas del tronco mongoloide. Viceversa, si se colocan en primer plano los caracteres de la arquitectura corpórea, o morfológicos, la unidad del Indio se desvanece, y, en cambio, se adquieren los medios técnicos aptos para separar los grupos que habitan las diversas regiones biológicas del doble continente.

El profano encontrará, en esta divergencia de conducta, un punto de apoyo para invalidar las clasificaciones raciales. “¿Cómo puede concebirse — dirá — que el taxonomixta se encuentre igualmente libre de adop-

tar uno u otro camino, cuando sabemos que conducen a resultados tan dispares?”. Esta objeción, de gran sencillez, y aparentemente muy sólida, no deja de ser uno de los característicos raciocinios de personas extrañas al trabajo interno y constructivo de una disciplina.

Clasificaciones pueden hacerse en gran número, de todos los organismos que caen bajo nuestra observación; es suficiente variar el carácter de discriminación para variar las clasificaciones *ad infinitum*, puesto que, desde Buffon hasta nosotros, clasificar es una actividad de nuestro espíritu, dirigida hacia ciertos fines. Los sistemáticos saben muy bien que en algunas familias de organismos animales y vegetales la clasificación se ha hecho sobre la base de ciertas peculiaridades fácilmente perceptibles a la simple observación exterior: el número de ciertas manchas o grupos de pelos, la forma de un apéndice, el aspecto de una hoja, etc., y esto ocurre especialmente en aquellos sectores en los que no hay suficiente base para determinar las relaciones de descendencia.

Naturalmente, no hay que confundir una *clave*, que tiene finalidades prácticas muy conocidas, con una tabla filética.

Sin salir de lo que toca al Hombre, puede concebirse, en un cierto sentido, que por varios medios se llegue a definir los que han sido llamados “tipos humanos”, *types of Mankind*; pero esto no es todo lo que se desea en la designación de las razas.

A pesar del gran número de definiciones de lo que se entiende por *raza*, poco o nada ha cambiado, en lo substancial, este concepto, desde el siglo IV antes de Cristo hasta nuestros días: *la semejanza de ciertos individuos entre sí y el origen común de sus caracteres* (Hipócrates), y *una reunión de individuos semejantes, procedentes de antecesores de la misma sangre* (Pittard).

Ahora bien; las clasificaciones del tipo *clave* toman en cuenta sólo la primera parte del cometido, y no se ocupan de manera especial de la parte más honda y ardua, que consiste en el proceso de transmisión hereditaria. La diferencia entre las distintas conductas del clasificador ha sido puesta en primer plano por la genética moderna, particularmente después que las leyes de la heredabilidad de los caracteres y de la disociación de los mismos (Mendel) ha sido aplicada a la raciología humana.

En lo que respecta al Indio, los caracteres tegumentarios mongoloides, que innegablemente se presentan en gran escala (aunque no en igual grado ni con difusión absoluta en todo el *habitat*), prueban ciertamente que el genotipo de esta raza ha entrado a formar parte en las determinantes filéticas, pero no son suficientes para una interpretación mongoloide de la humanidad americana tomada en bloque, y tampoco para sostener que entre todas las demás componentes fuese la est-asiática la más considerable.

Ya en 1926 escribía que la reacción biológica del cruzamiento nos permite afirmar el *carácter dominante* del genotipo mongólico, *en lo que concierne a los caracteres exteriores*; a raíz de este predominio, la gran masa de los americanos presenta coloración esencialmente xantoderma (no tan completa como lo sostiene Deniker, sino con oscilaciones hacia el bruno, sin llegar nunca a melanoderma), y, además, la escasa pilosidad de la cara, y el cabello por color y sección característico del grupo humano lisotrico. En cambio, *los caracteres originales de estructura* (cráneo, esqueleto), propios de los demás genotipos que formaban el fondo del mestizaje, no han mostrado sino *escasa o ninguna recesividad*, y su persistencia nos demuestra que, respecto al factor corporal, predominan en América cánones y construcciones que nadie osaría asignar al genotipo mongoloide (*Esfinge*¹, pág. 309).

Cómo se ve, ya no se trata sólo de describir un grupo humano, un *Type of Mankind*. Corresponde, en cambio, apreciar el significado del fenotipo en todos sus elementos, lo que importa establecer la disociación de los caracteres, el grado de persistencia o desaparición de los caracteres dominantes o récesivos, la aparición de antiguas formas atávicas resueltas o la creación de caracteres nuevos, productos de la hibridación.

En cuanto al número de los tipos humanos, las modernas concepciones tienden a distanciarse notablemente de las tradicionales. Mientras por una parte las razas primarias se reducen a un *mínimum*, por la otra las razas metamórficas tienden a aumentar considerablemente en su número. Las primarias son comprendidas en dos series: *el cinturón de las*

(¹) IMBELLONI, J. *La esfinge india; antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*; Buenos Aires, 1926.

razas boreales (Europoides, Mongoloides) y *el de las razas subecuatoriales* (Negroides, Australoides). La zona intermedia, o mediterránea, que coincide *grosso modo* con la línea Atlas-Alpes-Himalaya, fué el teatro de contactos y reacciones biológicas generadoras de un vasto número de formaciones raciales, más o menos fijas, que constituyen el muestrario de las razas metamórficas. En el extremo occidental de este eje, por ejemplo, los Sudánidos, Nilótidos, Bántuidos, etc. y — omitiendo las intermedias — en el extremo oriental del eje metamórfico, los Austrálidos, Tasmánidos y Melanésidos.

Dos conceptos, además de los sugeridos por la genética, deben tenerse presentes: el de *formación humana* y el de *región biológica*. El primero nos recuerda que en un mismo lugar se encuentran varias capas humanas sucesivas, a manera de los terrenos sedimentarios del geólogo, puesto que cada una de las diversas formaciones originadas en un mismo sector de metamorfismo ha tenido un área de difusión mucho más amplia que la actual, y que, en la época de su florecimiento, su expansión territorial fué teóricamente ilimitada. El término *región biológica* nos recuerda, en contraste con esa "sed de espacio", que la inaptabilidad del terreno, los obstáculos de naturaleza geográfica y — en mucho mayor grado — la oposición de los núcleos humanos ya instalados que ella encontró en su camino, así como el sobrevenir de otros núcleos sucesivos, ha determinado, por cada una de las olas metamórficas, un área más o menos delimitada geofísicamente, que corresponde a una región biológica. Las de las olas de formación más antigua, siempre más alejadas del lugar de origen y del camino de migración (*arrinconadas*).

NUEVOS ASPECTOS DE TAXONOMIA HUMANA SURGIDOS DE LA ISOHEMOAGLUTINACION

En la segunda parte de esta comunicación nos referiremos especialmente a un nuevo método que acaba de ser introducido en la investigación de las razas: la estructura y propiedades de los corpúsculos sanguíneos. Los que escuchan sabrán perdonarme la relativa amplitud que he tenido que dar a la primera parte, que no es introductiva, sino cumplidamente substancial. Sin tener, en efecto, una visión más o menos exacta de la

cuestión, particularmente en los puntos que pueden considerarse sus incógnitas y su terreno polémico (los que en toda disciplina constituye lo que realmente atrae a los espíritus animados de fervor científico), no podríamos ahora apreciar en su justo alcance la participación de la bioquímica.

Ya hemos visto que numerosos indicios daban la convicción de que los caracteres exteriores del Indio no están tan íntimamente ligados a su naturaleza filética, como los arquitectónicos. Ahora bien, ¿cómo se comporta el Indio respecto a las propiedades de los grupos sanguíneos?

Muy conocidos son los cuatro grupos sanguíneos del hombre, O, A, B, AB, cuya determinación es corriente en las clínicas, por sus aplicaciones en la terapéutica (transfusión de sangre). También han sido aplicados en inmunología, endocrinología y medicina legal. Algo menos conocidas son las aplicaciones de la iso-hemo-aglutinación en la antropología sistemática.

En antropología, tanto la finalidad como la elaboración de los materiales, son distintas de las del clínico, y por cierto más complejas. Al antropólogo poco le importa el factor individual; se interesa, en cambio, por la composición de las grandes masas de la humanidad.

Además, no sólo le interesan los cuatro grupos de la clasificación universalmente conocida, sino todas las clasificaciones establecidas hasta hoy, cuya nómina integral es la siguiente:

- I. Clasificación de Landsteiner (1900), cuatro grupos: O, A, B, AB.
- II. Distintos comportamientos de A (Landsteiner, 1926), dos grupos: A₁, A₂.
- III. Clasificación de Landsteiner y Levine (1929), dos grupos: M, N.
- IV. Clasificación de Landsteiner y Schiff (1932), dos grupos: P, G.

En segundo lugar, mientras la terapéutica mira a discriminar las cuatro propiedades O, A, B, AB, al antropólogo interesan más hondamente los genes que las producen, es decir, las determinantes hereditarias de tales naturalezas específicas del glóbulo rojo.

Por consiguiente, no tiene ante sí cuatro, sino tres genotipos; en cuanto al grupo AB, se trata de una convivencia de A con B.

Con respecto a la indagación fundamental, esto es, al mecanismo de transmisión hereditaria de las propiedades, las tres estructuras A, B y O se comportan como *tres variedades alelomorfás* de un sistema mendeliano.

M y N son otros alelomorfos de un segundo sistema que abarca dos posibilidades; esto quiere decir que sus genes están comprendidos en cromosomas diferentes. Otro tanto dígase de P y G, aun no perfectamente conocidos.

La labor del antropólogo, después de reunir los datos correspondientes a cada pueblo en número suficiente (que teóricamente no puede ser inferior a 500 por cada unidad), consiste en elaborar los números brutos de frecuencia de los 4 grupos sanguíneos, de manera que se evidencie la relativa proporción de los genes y, posteriormente, en construir representaciones aptas para discernir la disposición, difusión e intensidad respectiva de los mismos en toda la superficie del globo, con el fin de facilitar la deducción de juicios generales y clasificatorios, en el campo de la adjudicación racial y la agrupación geográfica. En sentido técnico, más que la existencia de los cuatro grupos clásicos, O, A, B y AB, le incumbe determinar la presencia de A y B, o la ausencia de ambas; más exactamente dicho, la presencia de los tres genes alelomorfos O, A, B, y la proporción en que ellos se encuentran difundidos en la tierra.

Llenar el programa fijado por el antropólogo, en su afán de clasificación racial, no es cosa fácil.

En primer lugar, cada uno de los pueblos en que se ha practicado la clasificación de los grupos de la sangre, ha mostrado poseer representantes de los tres genes. Es cierto que la proporción recíproca de los mismos varía en grado extremo, y hay pueblos en que el predominio de uno de los genes alcanza, y a veces supera la proporción de 80 sobre 20 (suma de los dos restantes), como hay pueblos en que las diferencias no son tan agudas. En general, la complejidad de tales fórmulas, compuestas de tres miembros, ha evidenciado la necesidad de conseguir una simplificación, apta para la comparación interracial y la compilación de mapas regionales, continentales o mundiales.

Abandonadas las expresiones formuladas, por el fin de la comparación, por Hirschfeld¹ con su "índice bioquímico de raza" $\frac{A}{B}$, y por Lattes²

(¹) HIRSCHFELD, L. ET H. *Essai d'application des méthodes sérologiques au problème des races*, en *L'anthropologie*, XXIX, 505-537; Paris, 1919.

(²) LATTES, LEONE. *La individualità del sangue nella biologia, nella clinica e nella medicina legale*; Messina, 1923.

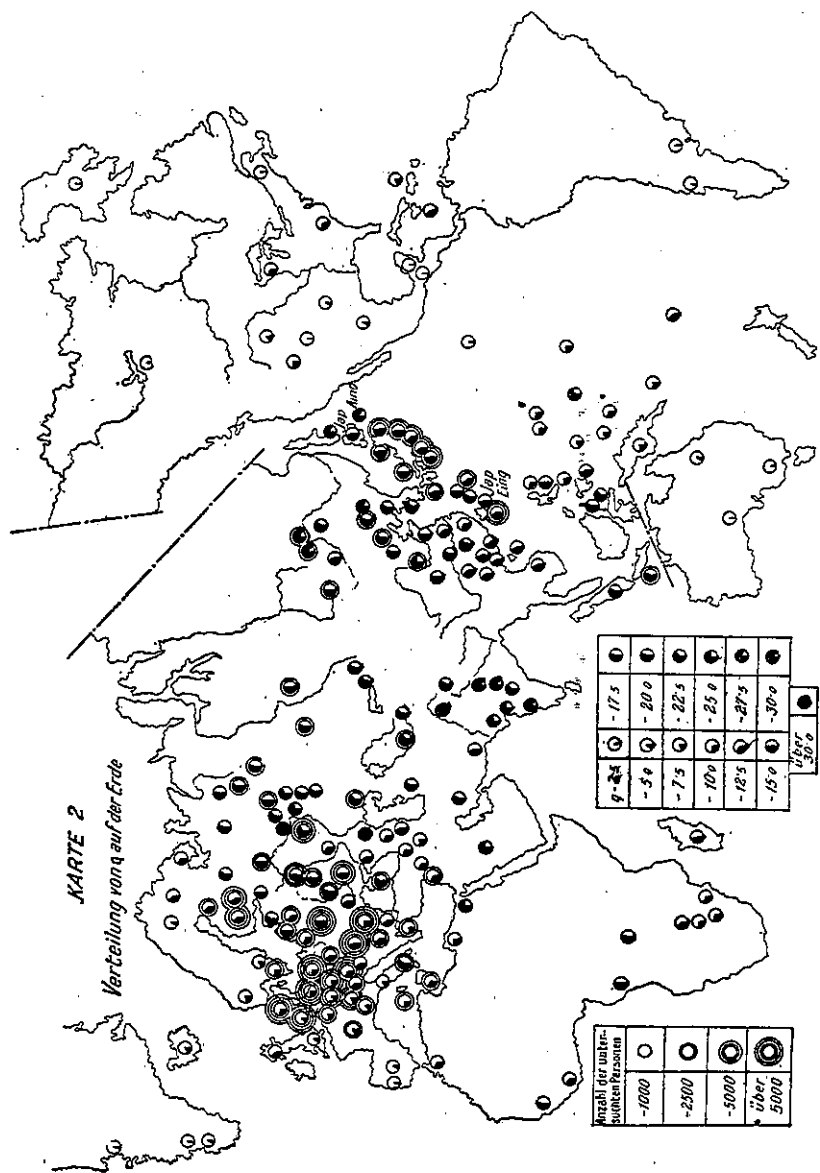


Fig. 2

Representación cartográfica de los fenómenos serológicos.

Carta de Bernstein que indica la distribución del grupo B (no está puesta al día por las regiones americanas). Nótese que el predominio de B no puede ser localizado sin una correcta interpretación de los signos; los círculos grandes se refieren sólo a la riqueza numérica de los casos registrados; más significativa es la amplitud del sector negro en cada círculo; obsérvese que los mayores valores de q se sitúan en India y Asia Oriental.

$\frac{B + AB}{A + AB}$, por el hecho que ambas descuidan las proporciones del grupo 0, surge la conveniencia de seguir la fórmula de Bernstein, que representa las frecuencias proporcionales de las tres propiedades. Para la corrección de los porcentajes brutos es de suma utilidad el triángulo rectificador de Streng. Por fin la expresión numérica específica de cada unidad

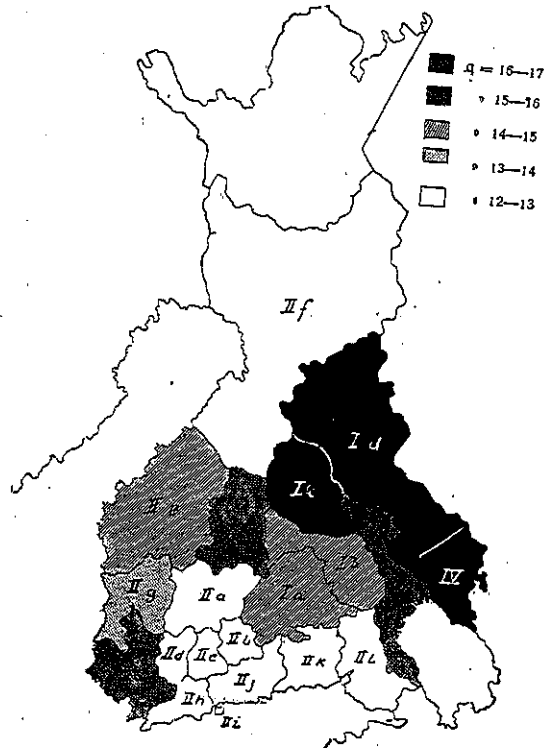


Fig. 3

Representación cartográfica.

Carta de Streng en que está indicado el valor de q en las varias regiones de Finlandia, por medio de grisados isométricos.

humana se proyecta en esquemas y mapas que hacen posible la confrontación racial.

Damos aquí algunos ejemplos de la representación geográfica (Bernstein, Streng).

Las primeras deducciones fueron las obtenidas mediante el llamado índice bioquímico de Hirschfeld, $\frac{A}{B}$, y pueden enunciarse así: "las densidades mayores del grupo A se registran en el borde occidental de Europa, y de allí se van debilitando gradualmente a medida que nos aproximamos al borde oriental de Eurasia, mientras, por el contrario, las densidades de B, mínimas en Inglaterra, aumentan progresivamente, hasta alcanzar un predominio casi absoluto en Japón y Malasia". Tal resultado no ha sido alterado hasta hoy, pero es indudablemente incompleto, porque está fundado únicamente sobre la difusión de A y B, descuidando la tercera estructura, O, la que, como decimos, debe ser considerada un alelomorfo. De ahí que Bernstein considerara en su sistema no sólo dos genes, sino tres; este autor fué el primero que localizó el centro de las mayores densidades de O en Australia, América y Filipinas. Suya es, por lo tanto, la doctrina de las tres razas, *Dreistammungslehre*, según la cual, tres serían los focos de irradiación de las razas serológicas humanas. La infiltración de elementos recíprocamente distintos realizada en todos los lugares de la tierra en proporciones desiguales, ha llegado a constituir la composición serológica de los pueblos.

Las expresiones numéricas de estos hechos suele hacerse hoy mediante los valores de r, p y q, que no son ya los porcentajes brutos, sino corregidos y elaborados, según la ecuación:

$$r + p + q = 1$$

En lo que concierne a América, el número de observaciones de series indígenas es escaso, en relación a los datos de otros continentes². Sumando todas las observaciones a nuestro alcance, se obtiene la figura serológica

$$r = 0,852 \quad p = 0,112 \quad q = 0,036$$

(²) El total de las observaciones americanas alcanza (Streng, 1935) a 8.513 individuos, de los cuales 5.919 corresponden a indios de Norte América, y sólo 2.594 a Sud América.

En lo que concierne a los grupos indígenas del territorio argentino, se poseen las siguientes series:

	Nº de individuos	r	p	q
ONA (Dr. G. Rahm)	18	0,972	0,000	0,280
TEHUELCHÉ, id.	5	1,000	0,000	0,000
YÁMANA, id.	33	0,302	0,000	0,698
CHAQUEÑOS (Mazza y Franke) ..	120	1,000	0,000	0,000

El hecho más significativo de estas cifras es la enorme importancia del grupo O en América, luego el relativo predominio de A sobre B.

La primera observación llamó la atención de Bernstein¹ ya en 1924 y de Snyder² en 1926, cuando sólo se conocían los porcentajes de poco más de 1.200 indígenas americanos, en su mayoría de Norte América. Pudo formularse en aquella época la doctrina de que los Indios constituyesen una unidad serológica compacta, caracterizada por el grupo O.

Bernstein concibió, por su parte, el común origen de Indios, Australianos y Filipinos. Snyder formuló, análogamente, su *Pacific-American Type*, caracterizado por la unívoca pertenencia al grupo O.

Diez años más tarde, Streng³ reconoce, en base a los cocientes bioquímicos, que los Esquimales se muestran poco coincidentes con los Indios, especialmente por su mayor coeficiente B y por su coeficiente A, que es el doble del americano y se acerca a las fórmulas europeas (esto coincide con la historia etnogenética de los Esquimales); confirma, además, que entre Australianos e Indios existe una analogía sorprendente (Streng invoca la hipótesis de Mendes Correa sobre el poblamiento de Sud América por el camino de la Antártida, de cuya inaceptabilidad me he ocupado en varios escritos).

En estos últimos días, el señor Arturo G. Alvarez, en una comunicación a la Sociedad Argentina de Antropología, ha dado a conocer una nueva serie, compuesta por indígenas Mataco de la Colonia Francisco J. Muñiz, organizada por la Comisión Nacional de Protección al Indio. No han sido dadas por el autor las cifras directas de frecuencia de los 4 grupos, y sólo los porcentajes aproximados, es decir, expresados por cifras enteras (O 79; A 15; B 4; AB 2). Sin embargo, me ha sido posible reconstruir los valores probables de r , p , q , que serían, respectivamente, 0,888, 0,085, 0,027.

El aporte del señor Alvarez se recomienda a nuestra consideración por ser la primera serie numerosa (227 individuos) del territorio argentino, y más todavía por la indiscutible homogeneidad de los componentes (los 120 chaqueños de Mazza y Franke eran "indios chiriguano, changuacos, chamacocos principalmente, y uno que otro mataco, chulupí y toba"); de hoy en adelante será siempre más necesario tener presente ambas condiciones de una serie, el número de individuos y su unidad racial.

(¹) BERNSTEIN, FÉLIX. *Ergebnisse einer biostatistischen zusammenfassenden Betrachtung über die erblichen Blutstrukturen des Menschen*, en *Klinische Wochenschrift*, III, 1495-7; Berlín, 1924.

(²) SNYDER, LAURENCE H. *Human Blood Groups: Their inheritance and racial significance*, en *American Journal of Physical Anthropology*, IX; Washington, 1926.

(³) STRENG, OSWALD. *Die Blutgruppenforschung in der Anthropologie*, en *Acta Societatis Medicorum Fennicae Duodecim*, serie A, t. XVII, fasc. III; Helsinki, 1935.

RENOVACION RECIENTE DEL PANORAMA SEROLOGICO AMERICANO

La idea de que el Indio fuese una raza pura, caracterizada por tener, teóricamente, el 100 % del grupo O, gozó, hasta hace pocos años, de un favor extraordinario. En el cuadro de los grandes problemas de la heredabilidad de los caracteres, fué presentada la hipótesis de que la forma O, considerada como ancestral, común a todos los hombres antes de que se originaran — en dos puntos del mundo — las mutaciones A y B; quedase conservada e incommunicada en América, Filipinas y Australia, y así, más o menos, lo sostuvo Snyder en 1929¹.

Corolario de esta tesis era que las cantidades de A y B, observadas en América, debían ser efecto de mestizaciones o intrusiones del elemento europeoide en el primer caso, y del mongoloide en el segundo.

Debemos suma gratitud a los autores norteamericanos Wyman y Boyd² por haber señalado, recientemente, las falacias de esta tesis. Naturalmente, el medio demostrativo ha surgido de datos de observación con que no se contaba anteriormente, o que no habían sido analizados con toda la eficacia crítica necesaria.

El hecho es que las series publicadas después de 1933 (año que puede señalarse como el comienzo de una corriente analítica más rigurosa), han demostrado que varios grupos de indígenas americanos poseen en grado insospechado las propiedades A y B.

En cuanto al grupo sanguíneo A, Matson y Schrader³ (1933) han estudiado dos grupos de indios norteamericanos Blackfeet y Blood, uno compuesto por individuos mestizados con el blanco y otro por individuos inmunes de mestización, y han encontrado en el primero 50,6 % de A,

(¹) SNYDER, L. H. *Blood grouping in relation to clinical and legal medicine*; Baltimore. 1929.

The "laws" of serologic race-classification. *Studies in human inheritance*, en *Human Biology*, II, 128; Baltimore. 1930.

(²) WYMAN, LELAND C. y BOYD, WILLIAM C. *Human Blood Groups and Anthropology*, en *American Anthropologist*, XXXVII, 181-200; Menaska, Wisconsin; EE. UU., 1935.

A estos autores debemos la mayor parte de la bibliografía más reciente comentada en el presente escrito, la que se refiere a observaciones publicadas después de 1933.

(³) MATSON, G. A. y SCHRADER, H. F. *Blood grouping among the "blackfeet" and "Blood" tribes of American Indians*, en *Journal of Immunology*, t. XXV, 155; Baltimore 1923.

en el segundo 76,5, es decir, una proporción mucho mayor de A en los indios puros al confronto de los contaminados. Partiendo de esta base de observación, Wyman y Boyd han examinado atentamente varias series americanas, encontrando que a menudo la relación de A respecto a B resulta en ellas mayor que la conocida relación europea: $A:B = 3 \text{ ó } 4:1$. En efecto, la serie india de Coca y Deibert¹ brinda la relación 9,6:1, la de Jones y Koerber² 19:1. Gates³ encontró, en la Columbia Británica, 21:1. Los 500 Navajos estudiados por Allen y Koerber dieron el 30 % de A, sin trazas de B. Igualmente sin B, los indígenas canadienses dieron a Gates⁴ el 15 % de A.

Justo es convenir, con Wyman y Boyd, que el elemento A no puede haber sido llevado a América por poblaciones europeas inmigradas recientemente. Por de pronto, los dos autores aportan una prueba verdaderamente brillante, en lo que concierne a la antigüedad de A en la América del Sud. Pacientes investigaciones, practicadas con métodos complicadísimos, sobre varios centenares de momias peruanas, han comprobado que tanto A como B existían antes del Descubrimiento.

En lo que concierne a B, no son menos sorprendentes las averiguaciones del período más reciente. Ya las listas de G. Rahm, procedentes de Tierra del Fuego, habían ofrecido valores que debían sorprender a los partidarios de la pretendida unidad genotípica del Indio:

	r	p	q
Ona	0,972	0,000	0,028
Yámana	0,302	0,000	0,698

(¹) COCA, A. F. y DEIBERT, O. *A study of the occurrence of the blood groups among the American Indians*, en *Journal of Immunology*, VIII. 487; Baltimore, 1923.

(²) DOWNS, C. M. JONES, H. P. y KOERBER, K. *Incidence and properties of isohemolysins*, en *Journal of Infectious Diseases*, XLIV, 41a.; Chicago, 1929.

(³) ALLEN, F. W. y KOERBER, J. Comunicación personal a L. C. Wyman y W. C. Boyd. autores del trabajo arriba citado.

(⁴) GATES, R. R. *Blood groups of Canadian Indians and Eskimos*, en *American Journal of Physical Anthropology*, XII. 475; Filadelfia, 1929.

Pero he aquí que la serie de Golden², fruto de sus estudios sobre los Carayá del Brasil Oriental, brinda la siguiente figura:

<i>r</i>	<i>p</i>	<i>q</i>
0,620	0,047	0,333

Indudablemente, nadie estaba preparado, unos cinco o seis años atrás, para aceptar la idea que el grupo sanguíneo B tuviese una representación tan alta, relativa y absoluta, en determinados pueblos americanos.

Conclusiones. Me limitaré a indicar los siguientes corolarios, que representan el estado actual de esta disciplina en sus aplicaciones a la antropología taxonómica.

En primer lugar, la uniformidad de la población indígena americana, como fué concebida por los primeros intérpretes, se ha desvanecido ante la diversidad de los conjuntos de América, cuyas figuras bioquímicas varían en forma sensible, en la misma guisa que en los núcleos raciales establecidos en los demás continentes, y a veces ofrecen contrastes tan definidos como la fórmula chaqueña de Mazza y Franke, contrapuesta a la yámana de Rahm, y la Navajo de Nigg a la yucateca de Goodner. Diferencias y contrastes habían quedado desapercibidos, por el conocido efecto encubridor del promedio aritmético, cuando se practica sumando elementos heterogéneos, pero el análisis comparativo de las series es suficiente para ponerlos en evidencia.

Segundo corolario: los varios pueblos americanos se conducen, respecto a los valores de A y B, de manera tal que sólo puede explicarse admitiendo que, si realmente A y B son mutaciones de una capa 0 anteriormente uniforme, tales mutaciones se han verificado antes de la migración a América, y esto no puede ya ponerse en duda, después de las demostraciones de Wyman y Boyd. Por otra parte, el resultado resulta coincidente con lo que desde mucho tiempo voy indicando, respecto a los caracteres "arquitectónicos" del organismo humano, los que en América hacen posible la determinación de grupos distintos, conservados en peculiares regiones biológicas, y

(²) GOLDEN, G. *Distribution of blood groups in South America*, en *Lancet*, II, 278: Londres, 1930.

muestran ser efectos de metamorfismos cumplidos ya antes de la llegada al continente.

En tercer lugar, surge la certeza de que el genotipo mongólico no ha tenido, en cuanto a las propiedades serológicas, la misma dominación que ha ejercido en los caracteres exteriores en una escala sin duda vastísima (aunque no absoluta, como algunos pretenden), y esto confirma la creencia enunciada por algunos escritores modernos, de que las propiedades sanguíneas representan en el organismo del individuo y de las razas un carácter más íntimamente conexo con su naturaleza.

En pocas palabras, el fruto de la experiencia recogida en este nuevo campo de observación, con respecto a los problemas americanos, indica desde ya con bastante claridad: 1º que hay que considerar los distintos núcleos americanos por separado, no sin aspirar a la formación de conjuntos coincidentes, pero — de todos modos — renunciando a construir artificialmente un *American Homotype* serológico, que no resulta menos arbitrario del *American Homotype* antropométrico, creado a base de promedios aritméticos; 2º, que hay en América grandes masas absolutas de O, en general, pero sin excluir que determinados pueblos presentan importantes masas de A, que seguramente han existido en tiempos anteriores al Descubrimiento, y otros pueblos muestran un porcentaje B enormemente pronunciado; 3º, que esta última condición no se presenta sin conexiones íntimas con el esquema clasificatorio de las razas americanas, pues, por el contrario, tanto los Carayá como los Yámana pertenecen a capas estrechamente emparentadas (Láguídos y Fuéguidos de nuestra tabla sistemática).

Un instante de reflexión lo merece la diferente conducta de los especialistas con referencia a la adopción o rechazo del método serológico. Como es natural, todo hombre de ciencia está, en cierta medida, influído por el fallo que la serología aporta a sus propias convicciones o tendencias científicas: si el fallo resulta favorable, no hay inconveniente para la aceptación del método; si, en cambio, resulta adverso, se opone toda clase de resistencias, activas o pasivas.

Por lo que concierne a mi actividad personal, no ha sido difícil, en el curso de esta reseña, destacar que muchos puntos esenciales de las doctrinas que desde años sustento se ven confirmadas con sólidas compro-

baciones serológicas; así, por ejemplo, la escasa participación mongoloide en todo lo que no es carácter exterior, el australoidismo del fondo antropofísico de amplias formaciones americanas relativamente menos recientes, la llegada al continente de migraciones ya genotípicamente metamorfizadas en los lugares de origen, la exclusión de los Esquimales de la historia filética del Indio, la gran afinidad de ciertas razas americanas con los Indonesios, particularmente del tipo Filipino, la afinidad ancestral del más remoto foco australoide con ciertas formaciones europoides, el parentesco de Láguídos con Fuéguídos, y en segundo término con Pámpidos y Plánidos, etc.

Sin embargo, no pretendo de ningún modo esconder que en punto determinado los resultados bioquímicos contrarían las ideas que he aceptado y empleado en mi clasificación, esto es, respecto al lugar que pertenece a Fuéguídos y Láguídos en la historia filética de los pueblos americanos. El valor elevado de q indica un mongoloidismo que, por el momento, parece en contradicción con los caracteres exteriores de esas poblaciones y con su construcción corporal. He aquí un interrogante, apto para incitarnos a completar esas series, que son numéricamente insuficientes. Por desgracia, del lado Fuéguído muy poco podrá añadirse a los 37 individuos Yámana de la serie de Rahm¹, dada la casi extinción de ese pueblo, y por el lado del Altiplano del Brasil, a las dificultades numéricas se añade la de abordar poblaciones agresivas. ¿Podremos, en una época más o menos próxima, contar con el aporte de series observadas por nuestros colegas brasileños, de pueblos pertenecientes al conjunto Láguído, en número de casos suficientes, es decir, que alcance a algunos centenares? ¿Y habrá modo, igualmente, de contar con series de los últimos representantes de los Fuéguídos de la costa brasileña que permanecen aún entre el río Doce y el Pardo? ¿Lograremos, a nuestro turno, perfeccionar la serie yámana del profesor chileno? Estos son los *desiderata* más urgentes, y todo año que pasa hará más difícil su cumplimiento. Luego habrá que reanudar la observación de los Chaqueños, ya tan brillantemente iniciada por el doctor

(¹) RAHM, GILBERT. *Los grupos sanguíneos de los araucanos (mapuches) y de los fueguinos, en Investigación y Progreso*, V. 160-162; Madrid, 1931.

Mazza¹, completar en lo posible la de los Pámpidos que sobreviven, más o menos mestizados, en las mesetas argentinas, y esperar que desde Brasil nos lleguen documentaciones sobre el fondo Amazónico, por lo menos en número igual a las series de los Araucanos de Chile que ya existen en la literatura, recientemente aumentadas hasta una cifra superior a 1.000 por el antropólogo alemán Dr. Schäuble, que pronto publicará sus resultados en la revista del Prof. Fischer, rector de la Universidad de Berlín.

En cuanto a las propiedades A_1 y A_2 tenemos, hasta la fecha, una comprobación insuficiente para comprobar que sean aptas para distinguir la masa A oriental de la occidental, como fué sospechado en un principio. Es un campo todavía prematuro, aunque teóricamente Fisher² haya afirmado que, si la mutación A hubiese surgido independientemente, tendría en los varios continentes facies distintas.

Menos embrionario es el estado de los trabajos que conciernen a los alelomorfos M, N, y parece que en este terreno van a recogerse resultados importantes. Los últimos guarismos publicados (Wellisch³, Jusatz⁴), indican que el Indio presenta proporciones peculiares y forma un complejo separado de los Europeos, Mongoles, Negros e Indonesios. Si se indica con s la frecuencia de M, y con t la de N, el índice bioquímico $\frac{s}{t}$ resulta negativo en los Indonesios (es decir, que N es mayor), positivo en los demás, con valores inferiores a 2 en Europeos, Japoneses y Negros, y superior a 2 en los Indios Norteamericanos. Faltan series de Oceanía y de Australia, y hasta hoy el Indio está representado sólo por núcleos norteamericanos (he aquí un nuevo campo virgen para los investigadores de Sud América).

No quiero terminar estas páginas sin recordar que los médicos podrán llevar utilísimo concurso, siempre que en la formación de las series, iden-

(¹) MAZZA, SALVADOR y FRANKE, ISABEL. Grupos sanguíneos de indios y de autóctonos del norte argentino, en Tercera Reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte; Tucumán, 1927.

(²) FISHER, R. A. *The Genetical Theory of Natural Selection*; Oxford, 1930.

(³) WELLISH, P. *Das vorhandene Untersuchungs material im MN-System*, en *Zeitschrift f. Rassenphysiologie*, V. VI; München, 1933.

(⁴) JUSATZ, H. *Die rassische Verteilung der Blutkörpercheneigenschaften M und N auf der Erde*, en *Zeitschrift für Rassenkunde*, V. 88; Stuttgart, 1937.

tificación de núcleos raciales y de gentilicios, adopten la óptica y el método del antropólogo y del etnólogo.

En cuanto a la eficacia eurística, no hay posibilidades de dudas. “La estructura sanguínea se hereda independientemente de la edad. El sexo, el estado sanitario o mental, los caracteres antropológicos exteriores, no tienen importancia alguna. Las propiedades serológicas se transmiten como caracteres puros, no como caracteres mixtos, y por lo tanto, son más fáciles a seguir que las demás cualidades hereditarias”, Streng, 1934. No todo, sin embargo, debe presentarse como cosa fácil y asequible por medio de generalizaciones aventuradas, desprovistas de rigor crítico: “Toute-fois on doit considerer — añade el mismo autor — que des conclusions finales d'une étendue vaste ne soyent pas tirées sur la base de séries trop petites et trop peu nombreuses”¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión del día 26 de agosto de 1936.

ORIGEN ETNICO DE LOS CRANEOS PINTADOS DE SAN BLAS

por

MILCIADES ALEJO VIGNATI

HACE pocos años, el doctor Roberto Lehmann Nitsche dió a conocer el hallazgo de un cráneo que presenta dibujos en diversos colores¹, realizado en el conocido cementerio de San Blas, al sudoeste de la provincia de Buenos Aires².

No obstante presentarse aislado y sin vinculación aparente dentro de ese interesante cementerio y de tratarse de elemento tan excepcional en toda América, juzgué necesario insistir en la búsqueda de otros casos similares que, a mi entender, no podían faltar. Por ello es que, en cuanto me incorporé al personal científico del Museo de La Plata, mi primer excursión de estudio fué a esa rica región del sudoeste de la provincia de

(¹) R. LEHMANN NITSCHKE, *Un cráneo patagón con pinturas geométricas en rojo y negro, procedente de San Blas (costa atlántica)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXII, 293 y siguientes; Buenos Aires, 1930.

(²) La región de San Blas cuenta ya con una bibliografía propia bastante profusa. Además de las variadas referencias etnográficas de d'Orbigny dispersas en su obra (conf.: ALCIDES D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, II, Paris, 1839-1843) y de los someros datos de Moreno (conf.: FRANCISCO P. MORENO, *Viage a la Patagonia setentrional*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, I, 186; Buenos Aires, 1876), en el presente siglo se han publicado diversos estudios referentes, especialmente, a la arqueología (conf.: H. T. MARTIN, *Exploraciones patagónicas*, en *El Diario*, 28 de agosto, 9; Buenos Aires, 1904; FÉLIX F. OUTES, *Arqueología de San Blas (Provincia de Buenos Aires)*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XVI, 249 y siguientes; Buenos Aires, 1908 [1907]; H. T. MARTIN, *South American archeological notes*, en *Kansas University Science Bulletin*, IV, 391 y siguientes; Lawrence, 1908; W. H. HOLMES, *Stone Implements of the Argentine Littoral*, en ALES HRDLICKA, *Early man in South America*. Bureau of American Ethnology. Bulletin 52, 142 y siguientes; Washington, 1912; LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología de la península San Blas (provincia de Buenos Aires)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVI, 473 y siguientes; Buenos Aires, 1922). FÉLIX F. OUTES, *Noticia sobre los resultados de mis investigaciones antropológicas en la extremidad sudeste (sic) de la provincia de Buenos Aires*, en *Physis*. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, VIII, 388; Buenos Aires, 1925-1927 [1926]. A esta enumeración deben agregarse los trabajos de Lehmann Nitsche y Vignati mencionados en las notas infrapaginales contiguas.

Buenos Aires¹. Marrado en ese primer viaje mi propósito fundamental, volví al año siguiente con iguales ilusiones pero con mayor empeño en lograr un nuevo documento que por los caracteres inhumatorios sirviese de fundamento a la procedencia étnica que venía columbrando y estableciera definitivamente la identidad de los fundadores de esa primitiva necrópolis. Y, en efecto, esta vez mis esperanzas se vieron colmadas con el descubrimiento de un paquete funerario que contenía dos esqueletos de adultos y uno de párvulo, en el que los cráneos de aquéllos estaban decorados². Considero conveniente manifestar, desde ahora, que la decoloración de las pinturas ha sido muy intensa desde el momento de su desentierro, a tal punto que uno de aquéllos puede actualmente ser considerado como carente de esas manifestaciones rituales que, sin embargo, eran perfectamente visibles cuando los limpiaba de la arena envolvente. Esta circunstancia es la que me permite considerar que no podemos, en modo alguno, creer que sólo en casos extraordinarios se procedía a adornarlos, sino que pudo haber sido una práctica común y que las condiciones del medio, más o menos propicias, son las que han determinado la persistencia o el desvanecimiento de las pinturas.

No es mi intento en este momento describir menudamente los dibujos hechos en estos cráneos realizados en rojo, negro, amarillo y verde; basta poner de manifiesto el íntimo vínculo existente en ambas decoraciones, lo cual es suficiente para evidenciar que ellas respondían a preceptos superiores a los de una mera manifestación artística y que no quedaban librados a la inspiración o voluntad de los ejecutantes.

Ahora bien: tal costumbre no pudo pasar inadvertida a los cronistas o a los misioneros si es que corresponden a una época contemporánea a la conquista y colonización, como lo sugiere el estado y el aspecto de los huesos. Y así es, en verdad. El padre Rosales, que tenía un conocimiento

(¹) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Investigaciones antropológicas en el litoral marítimo sud-atlántico bonaerense*, en *Notas Preliminares del Museo de La Plata*, I, 19 y siguientes; Buenos Aires, 1931.

(²) Dí a conocer esos hallazgos en una nota periodística que se publicó bajo el título: *Investigaciones de interés realizó el Museo de La Plata. Se han efectuado en la zona de San Blas, al sudoeste de la provincia*, en *La Nación*, 28 de febrero de 1932; Buenos Aires. (Sólo la parte antropológica y arqueológica me pertenece).

personal de las provincias de Cuyo, nos ha dejado una concreta exposición de las costumbres de los indígenas de toda esa zona. Al relatar las escenas que seguían a la muerte de uno de los componentes de la tribu dice que "en muriendo un indio se junta toda la gente a enterrarle... y al cabo de un año le hazen las honras volviéndose a juntar todos, y para esto le desentierran, que por ser los lugares de los entierros muy húmedos se conservan con su carne. Y uno que tiene officio de ciruxano o anatomista le va cortando toda la carne, dejándole los huesos limpios, que seca al sol, y luego los va pintando de colorado, amarillo y otros colores, y la carne la entierra... Los huesos ya pintados los ponen en una bolsa de pellejo de varios colores y los cubren con la mejor ropa que tienen... Y acabadas las honras ponen los huesos en unas alforxas muy pintadas y sobre un caballo los llevan a que descansen de los trabaxos de la vida a una casa que para éstos les hacen junto a las suyas"...¹.

Por de pronto, he aquí un hecho perfectamente establecido, una agrupación étnica que esqueletizaba el cadáver y al que pintaban los huesos con diversos colores. Tal vez pueda ocurrir que alguien quiera ver en esa descripción del padre Rosales una referencia a la pintura corrida tan conocida en las prácticas funerarias de los primitivos; pero fuera de otras razones nada despreciables, conviene puntualizar que habla de varios colores, lo que indica que usaban de todos ellos para el mismo sujeto, cosa que hasta ahora no se ha comprobado fuera de estos cráneos, pues es demasiado conocido que el rojo es el único que es dado observar en los huesos de nuestros cementerios aborígenes². No corresponde discutir tal asimilación para evitar deslizarnos por la pendiente de la duda por la que bien pronto sería indiferenciable la parte de verdad que encierra cualquier narración de cronista.

El padre Rosales deja sin describir el entierro definitivo que reciben esos muertos. Pero lo que él no refirió está perfectamente complementado

(¹) DIEGO DE ROSALES, *Historia general de el Reyno de Chile. Flandes indiano*, II, 98; Valparaíso, 1878.

(²) R. LEHMANN NITSCHKE, *El revestimiento con ocre rojo de tumbas prehistóricas y su significado*, en *Revista del Museo de La Plata*, 321 y siguientes; Buenos Aires, 1927. MILCÁDES ALEJO VIGNATI, *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 87, nota 2; Buenos Aires, 1934.

por Falkner que, sin aludir a la pintura ritual, hace alusión al proceso de esqueletización después del cual es llevado *to the proper burial-place of their ancestors*, para lo cual deben atravesar hasta 300 leguas¹. Ciertamente es que este autor establece que sólo los Tehuelhets tenían sus sepulturas en la costa del mar oceánico pero, discrepando con ese texto, su mismo mapa ubica, también, en la orilla del mar los enterratorios de los Chechehets, de modo que no se necesita sutilizar mucho la cita para comprender que, posiblemente, todas las agrupaciones pampeanas llegaban, de igual manera, a la ribera oceánica a depositar los restos de sus difuntos.

Si no fuera así, esa distancia de 1.500 kilómetros que hace recorrer a sus Taluhet, entidad de las llanadas de Mendoza y San Luis, nos llevaría a buscar sus sepulcros en el norte de la gobernación de Santa Cruz, absurdo que no vale la pena comentar.

Esto establecido, creo que no puede haber duda en asimilar los habitantes del sur de Mendoza y San Luis del padre Rosales, con los Taluhet de Falkner. Siendo así, los enterratorios de la península San Blas corresponden a los aborígenes descritos por aquél, lo cual, a su vez, explica esa carencia de cementerios locales indicados por los especialistas que han estudiado las culturas de aquellas provincias.

Ese hecho no tiene para mí nada de extraordinario. Basta vivir en una y otra región para convencerse que el medio geográfico —que entraña la igualdad de los elementos florísticos y faunísticos— ha obrado, en forma determinante, en las migraciones anuales de los aborígenes. Esas marchas penosas a través de las selvas salvajes debían serles, sin embargo, factibles sin mayor esfuerzo, pues por lo idéntico del paisaje que cada día se desplegaba ante ellos parecería ser un solo y mismo ambiente que transportaban consigo. ¡Tan homogénea es la formación del monte xerófilo de nuestras llanuras!

Considero que no son necesarias mayores pruebas para considerar que los antiguos habitantes de San Luis y Mendoza son los que encontramos en los cementerios de la costa atlántica, y en modo especial los de San

(¹) THOMAS FALKNER, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*, 118 y siguientes; Hereford, 1774.

Blas, perfectamente individualizados por estos cráneos pintados. Si alguna duda quedara de estas largas migraciones de carácter ritual, no debe olvidarse que un entierro de un "médico" de las pampas de San Luis, fué encontrado al norte de la gobernación del Chubut¹ y que ha sido posible su identificación por el preciso relato del padre Van der Berghe².

Por último, estimo necesario puntualizar que, una vez por todas, debemos abordar el estudio racional de los diferentes etnos en su verdadera distribución geográfica rompiendo con los moldes de los límites políticos que no han tomado en consideración la etnografía que, en forma global, nos han legado los misioneros y conquistadores, sin presentir el valor que sus exageraciones y, a las veces, incoherentes narraciones tendrían para nosotros, que hemos llegado harto tarde para estudiar las interesantes costumbres de los antiguos habitantes del territorio argentino³.

(¹) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Restos del traje ceremonial de un "médico" patagón*, en *Notas del Museo Etnográfico*, número 4; Buenos Aires, 1930.

(²) FRANCISCO ENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, I, 392; Barcelona, 1891.

(³) *Comunicación presentada en la sesión del día 26 de agosto de 1936.*

ADDENDA

Algunos meses después de leída esta comunicación fué editado un nuevo tomo de la obra enciclopédica del P. Sánchez Labrador, dedicado al estudio de los indígenas de las llanuras pampeanas y estepas patagónicas¹. Como era de esperar de tan meticoloso observador y feliz escritor, el trabajo es pródigo en datos etnográficos, en su mayoría de verdadero interés². No podía faltar, por consiguiente, una mención al asunto que me ocupa. Dice al efecto: "En las concavidades, ó cuevas, en que tienen sus enterramientos, hay varios agujeros, ó excavaduras al rededor, hechos por la Naturaleza; y cada familia tiene destinado uno de aquellos agujeros, en que mete los huesos de sus difuntos; pero antes los pintan con variedad de colores, y los atan adornandolos con hilos, y sartas de cuentas de vidrio, cascabeles, y planchas de Laton, adquirido en sus tratos con los Españoles"³. Se trata, según puede verse, de la misma costumbre a que hace referencia Rosales.

Sánchez Labrador atribuye estas modalidades a los "Puelches" del cacique Bravo, morador del curso superior del río Negro. Creo, a la par de Outes⁴, que esos indígenas son Genakenn, radicados allí después de haber emigrado de regiones más norteñas a las que le asigna Falkner. Con ello entiendo asignar un gentilicio a las innominadas agrupaciones puelches de Rosales y Ovalle. Considero, además, que un estudio comparativo

(¹) JOSEPH SÁNCHEZ LABRADOR, *Paraguay catholico. Los indios Pampas - Puelches - Patagones*: Buenos Aires, 1936.

(²) Es para mi problema arduo el motivo íntimo que origina la evidente discrepancia entre la copiosa información que ha tenido el P. Sánchez Labrador el cual, sin haber estado en las misiones bonaerenses, ha escrito un texto claro y comprensible, con las nebulosidades y — a las veces — inciertas afirmaciones de Falkner quien, en cambio, moró entre los indios de que nos ha informado tan deficientemente. Encuentro una explicación satisfactoria — cuya consistencia no me es dado verificar — en la circunstancia de ser la obra publicada de Falkner una adaptación de sus manuscritos (conf.: GUILLERMO FURLONG CARDIFF, *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, en *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas*, número XLVIII, 57, 60, 61 y siguiente; Buenos Aires, 1929); es muy posible que el ocasional editor haya suprimido párrafos y alterado su ordenación primitiva con un criterio tan poco científico como propio de esa época.

(³) SÁNCHEZ LABRADOR, *Los indios*, etc., 63.

(⁴) JOSÉ CARDIEL, *Diario del viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748*, en *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras*, Serie A. Memorias y Documentos. N° 13, 246, nota 2; Buenos Aires, 1930 [1933].

de las lenguas Allentiac¹ y Millcayac² con la Genakenn³, podría demostrar una afinidad entre ellas, hasta ahora insospechada. Así quedaría justificada la verosímil hipótesis de Latcham, que ve en aquel idioma el origen del nombre del cacique Marich⁴ que vivía en los alrededores de Buenos Aires por el año 1582; nombre de cacique que, como se recordará, interpretó Lehmann Nitsche⁵ para apuntalar sus vistas araucanizantes⁶.

(¹) LUIS DE VALDIVIA, *Doctrina cristiana y catecismo con un confesionario arte y vocabulario breves en lengua Allentiac* (reimpresión Medina); Sevilla, 1894.

(²) LUIS DE VALDIVIA, *Fragmentos de la doctrina cristiana en lengua Millcayac* (reimpresión Medina); Santiago de Chile, 1918.

(³) FÉLIX F. OUTES, *Vocabulario y fraseario Genakenn (Puelche) reunidos por Juan Federico Hunziker en 1864*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXI, 261 y siguientes; Buenos Aires, 1928.

(⁴) RICARDO E. LATCHAM, *Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI*, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LXV, 238 y siguientes; Santiago de Chile, 1930.

(⁵) R. LEHMANN NITSCHKE, *El grupo lingüístico "Her" de la pampa argentina*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, 46, nota 3; Buenos Aires, 1922.

(⁶) Tanto Outes (conf.: CARDIEL, *Diario del viaje*, etc., 246, nota 2) como yo (conf.: MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Resultados antropológicos de algunos viajes por la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I, 348, nota; Buenos Aires, 1936), hemos protestado de tan singular tesis.

UN PARADERO INDIGENA EN LA MARGEN IZQUIERDA DEL RIO MATANZAS

por

FLORENCIO VILLEGAS BASAVILBASO (h.)

SIGUIENDO las indicaciones que me diera a fines de 1932 el paleontólogo don Carlos Rusconi, en los primeros meses del año siguiente tuve ocasión de conocer un yacimiento arqueológico situado sobre la margen izquierda del río Matanzas, en el partido de su mismo nombre.

Se halla ubicado a un kilómetro y medio al sudeste de la Estación Querandí, del F.C.C.G.B.A., y a diez kilómetros río arriba, del límite de la Capital Federal.

El terreno en ese lugar se presenta en suavísimas ondulaciones que van a terminar bruscamente, trescientos metros antes del río, en una barranca de unos cuatro o cinco metros de altura (lámina I, a). El paradero se encuentra en la parte superior de esta barranca, siendo admirable su posición estratégica, pues domina la vasta llanura que se extiende hacia el sur, estando también a cubierto de las inundaciones del río.

En esta parte alta de la región se encuentran distribuidos en grupos de cuatro, cinco o más, cantidad de centenarios ombúes. Pocos metros antes de la barranca, el agua de las lluvias principalmente, ha rebajado el nivel de la tierra vegetal, formando pequeños declives, que pueden observarse en la lámina I, b; es en estos lugares, donde se encuentran, en la superficie del terreno, los restos arqueológicos que he recogido y que rápidamente voy a mencionar.

Este material está formado por más de 800 fragmentos de alfarería, puntas de flecha, raspadores, cuchillos, varios instrumentos indeterminados, varios trozos de materia colorante, una hermosa bola esférica, algunos fragmentos de piedra pulida, una pieza de metal, etc., y gran cantidad de residuos del tallado de la piedra, tierras cocidas y huesos quemados.

La cerámica de este yacimiento, lo mismo que toda la de la provincia de Buenos Aires, se encuentra sumamente fragmentada; he recogido cerca de 400 ejemplares decorados, la mayoría muy pequeños. Por lo general la decoración es incisa, siendo poco numerosos los fragmentos pintados. En todos los casos la pintura ha sido aplicada uniformemente o quizá en bandas, el tamaño de las piezas no permite determinarlo, y casi siempre en la pared interna de los recipientes.

La ornamentación consiste en combinaciones de líneas rectas o quebradas paralelas, como puede verse en la lámina II, *a*. Otro tipo de decoración es el formado por impresiones verticales, a veces producidas por la uña, encerradas entre líneas paralelas. En la lámina III, pueden apreciarse algunas variedades de este tipo de decorado que constituye un estilo bien definido. En la lámina II *b*, figura un ejemplar ornamentado empleando únicamente impresiones unguulares.

Se encuentra también presente la guarda griega hecha con puntos, o líneas con presiones rítmicas (lámina IV, *a*). En la lámina V, *b*, pueden observarse triángulos y figuras escalonadas, respectivamente.

Todos estos motivos de ornamentación se corresponden exactamente con los que aparecen en la cerámica de la región de las lagunas de la provincia de Buenos Aires¹.

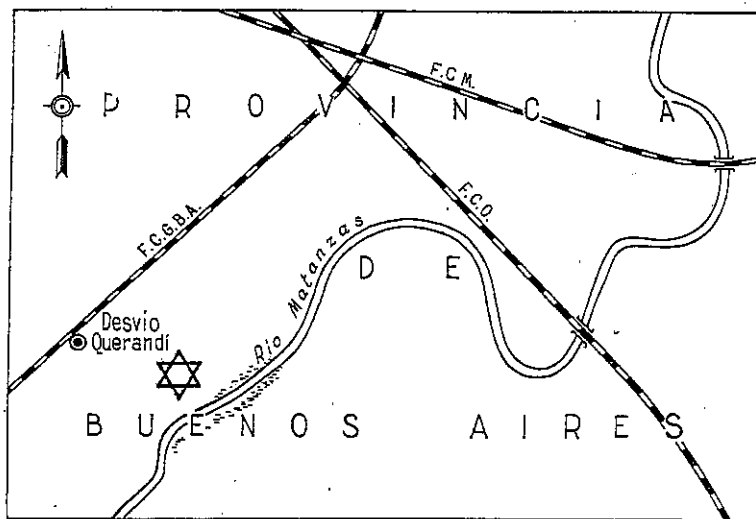
Muy escasos son los fragmentos que han sido decorados en su parte interna; sin embargo he obtenido algunos bellos ejemplares que en su interior presentan un reticulado constituido por líneas paralelas que se cruzan formando rombos, lámina V *a*. En la misma lámina puede apreciarse otro caso de ornamentación interna ejecutada con gran prolijidad y complicación. Es de lamentar que el tamaño de la pieza no permita reconstruir el dibujo.

He hallado varios trozos de bordes provistos de agujeros de suspensión, hechos todos, excepto uno, antes de la cocción del vaso y de afuera hacia

(¹) FÉLIX F. OUTES, *Los Querandíes*; Buenos Aires, 1897.
HÉCTOR GRESLEBIN, *Algunos datos sobre la arqueología del partido de Chascomús*, en ROLANDO L. DORSABERRO, *Chascomús*, 213-219; Chascomús, 1930.
FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Arqueología de la laguna de Lobos (provincia de Buenos Aires)*, en *Actas del XXVº Congreso Internacional de Americanistas*; La Plata, 1932.

adentro. En la lámina III puede observarse el único ejemplar de asa obtenido en el yacimiento.

El espesor de las paredes de los recipientes oscila entre 3 y 10 milímetros y medio, predominando los ejemplares de 5 milímetros. Los pocos diámetros que he podido determinar, medidos en el borde, varían entre 176 y 232 milímetros.



Croquis esquemático de ubicación

Existen también algunos fragmentos pertenecientes a bordes de las conocidas alfarerías tubulares (lámina II, b); el diámetro de estas piezas es de 22 milímetros como mínimo y 33 como máximo.

Varios de los fragmentos que he recogido presentan en sus bordes incisiones o raspones bastante profundos a veces, y que parecen producidos por dientes de roedores. El profesor Vignati ya los había mencionado al describir el material procedente de Punta Piedras⁽¹⁾.

(1) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Datos referentes a la arqueología de Punta Piedras*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I; Buenos Aires, 1931.

La cocción de la cerámica es en general deficiente, siendo muy raros los ejemplares que han sido cocidos íntegramente; en casi todos se observa una zona negra que no fué afectada por el calor.

Las piezas de piedra tallada que se encuentran en este yacimiento son poco abundantes y de pequeño tamaño. El material utilizado es el sílice y la cuarcita.

Las puntas de flecha se hallan representadas por dos hermosos ejemplares trabajados en sendas láminas de sílex (lámina IV, b y figura 1); la primera afecta la forma de un triángulo isósceles de bordes y base rectos, diferenciándose la segunda por su base cóncava. Las dimensiones son, para la primera, 16 milímetros de longitud por 12 de ancho en la base; y para la segunda de 26 por 17 milímetros, respectivamente. Ambas carecen de pedúnculo.



Fig. 1

He hallado varias láminas retocadas que pueden haber servido como cuchillos (lámina IV, b), un raspador en forma de herradura (lámina IV, b), un punzón trabajado en una sola cara (figura 2) y otros instrumentos de uso indeterminado.

Entre las piezas de piedra pulida se encuentra una bola de forma más o menos esférica, de 5 centímetros de diámetro, y que presenta un surco ecuatorial apenas esbozado (figura 3). El material empleado es diorita. Varios fragmentos que presentan superficies pulidas han revelado en el examen petrográfico que su material es cuarcita, rocas esquistosas y porfíricas.

He obtenido varios fragmentos de materia colorante, iguales a los mencionados por Viani procedentes de Trenque-Lauquen.

Dice este autor: "Bajo la clasificación petrográfica de ocre silicificado se encuentra en la mayoría de los paraderos, pequeños fragmentos de una substancia de consistencia pétrea, los que al ser frotados sobre un cuerpo duro, una cuarcita blanca, por ejemplo, la tiñen de rojo al mismo tiempo que se pulverizan. Lo que confirma la presunción de que esa substancia ha sido usada como materia colorante, es el hecho de



Fig. 2

existir en los paraderos cierta cantidad de estos fragmentos, presentando varias facetas de pulimento, la mayoría planas, como consecuencia de un prolongado frotamiento sobre una superficie dura, posiblemente con el fin de obtener polvo para la preparación del colorante, por medio de una técnica que sería difícil precisar"¹.

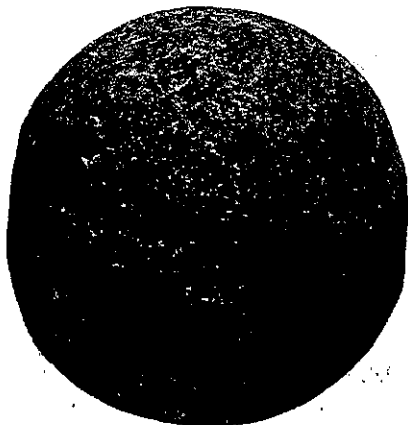


Fig. 3

Siguiendo las indicaciones de este autor he obtenido el polvo que luego he mezclado con grasa de pescado o de vaca, indistintamente, consiguiendo una pintura espesa. Esta misma técnica ha sido seguramente la empleada por el indígena.

Poseo también una pieza de metal que ha sido encontrada con los restos antes mencionados: se trata de una cuenta de collar hecha con una lámina rectangular de cobre, arrollada en el sentido de su longitud.

En resumen, se puede decir que por los elementos decorativos de la cerámica y las características de su industria lítica, el material recogido en el yacimiento de Querandí, puede atribuirse a aquel grupo étnico, que según Vignati, "...vivió en la zona costera del río de la Plata internándose a la vera de sus afluentes y de las cadenas de lagunas que corren paralelas a la costa a muchos kilómetros tierra adentro"².

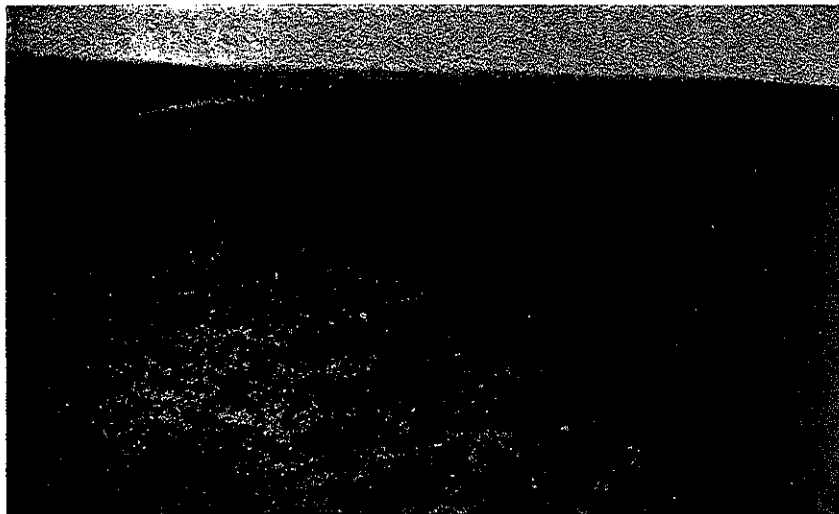
⁽¹⁾ J. L. M. VIANI, *Descripción de algunos ejemplares líticos de la antigua industria indígena trenque-lauquense*, 53 y 54; Buenos Aires, 1930.

⁽²⁾ Comunicación presentada en la sesión del día 16 de septiembre de 1936. Croquis de M. T. Grondona. Fotografías del autor.



a

El paradero, visto desde las proximidades del río Matanzas.



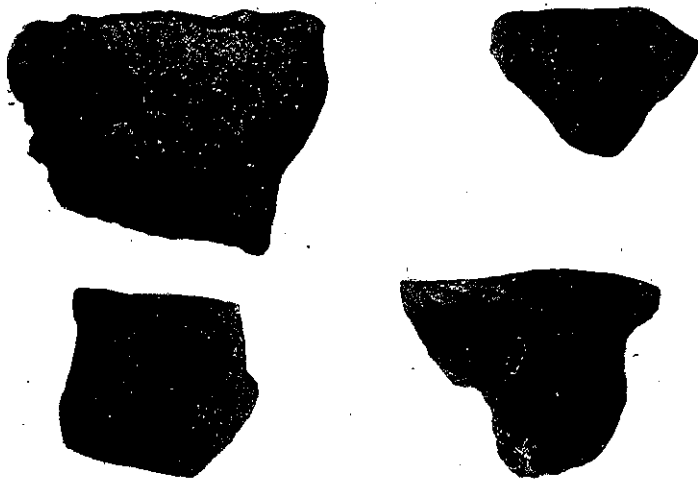
b

Aspecto de los declives en los que se encuentran los restos arqueológicos.
En último plano, el río Matanzas.



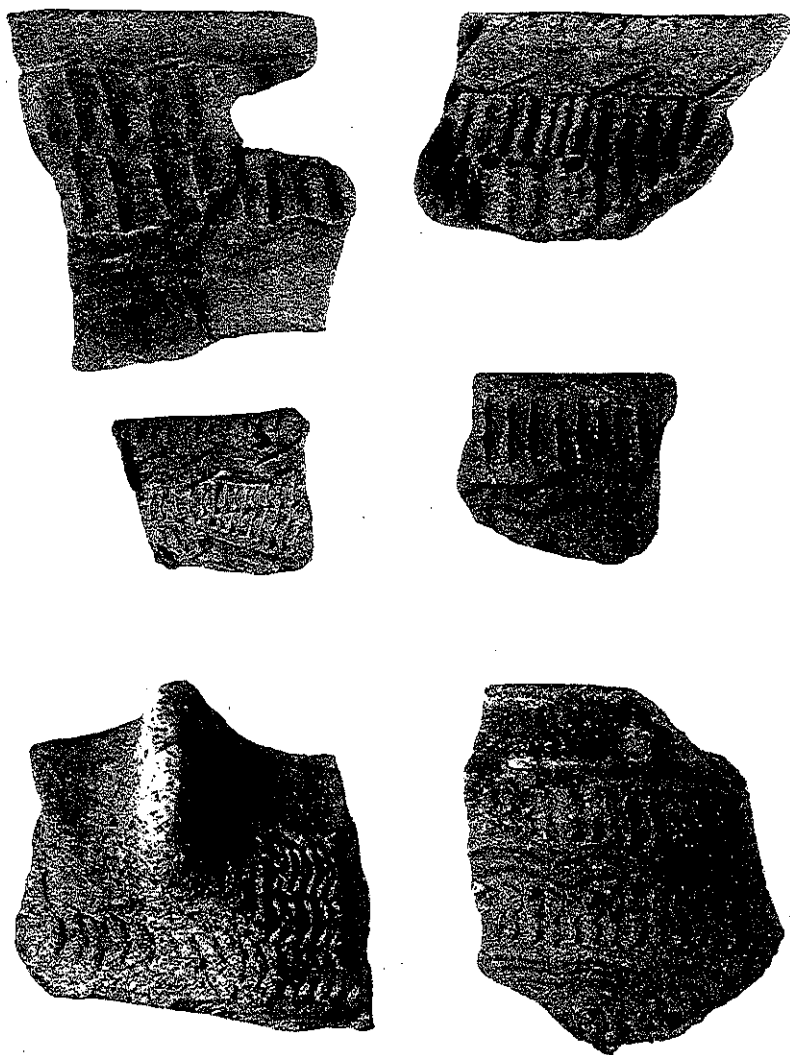
a

Fragmentos de alfarería decorados empleando líneas paralelas.



b

Fragmentos de alfarería con decoración angular. A la derecha, dos fragmentos de alfarerías tubulares.

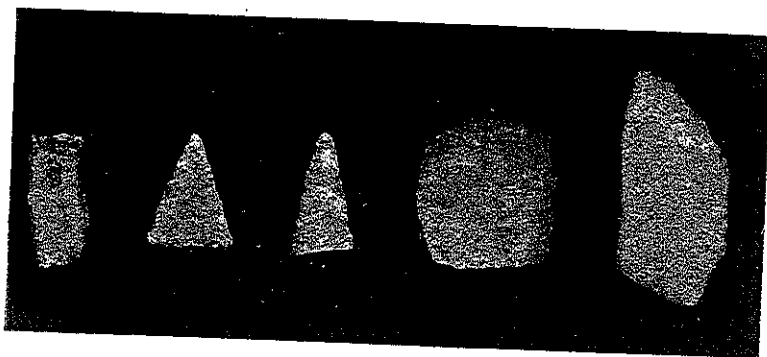


Fragmentos de cerámica con decoración formada por impresiones verticales encerradas entre líneas, por lo general paralelas.



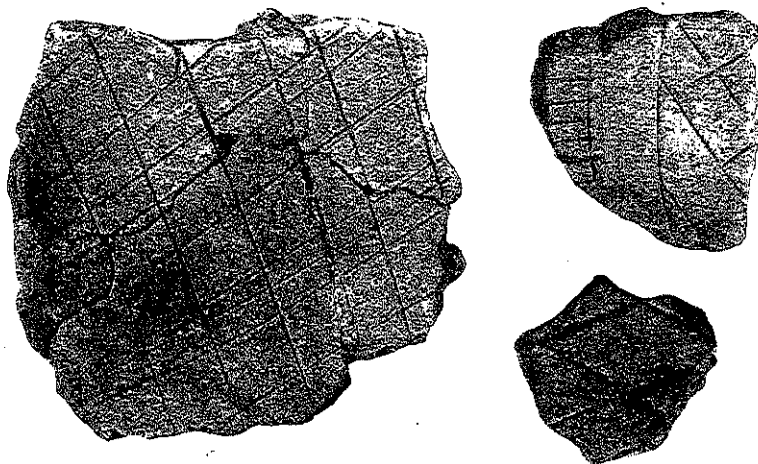
a

Cerámica decorada con guarda griega.



b

Instrumental de piedra tallada: puntas de flecha, un raspador y dos cuchillos.



a

Cerámica con ornamentación interior.



b

Alfarería decorada con triángulos y rayas escalonadas.

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGIA DE LA ISLA

Por

EDUARDO CASANOVA

EN marzo de 1935, pocos días antes de abandonar la quebrada de Humahuaca dando por terminada la acostumbrada excursión arqueológica anual del Museo Argentino de Ciencias Naturales, tuvimos noticias de que un vecino de Tilcara había hallado, accidentalmente, algunos vasos de barro cocido en la zona de La Isla (Jujuy), situada a menos de dos leguas al norte del pueblo nombrado.

Adquirimos los objetos y decidimos realizar investigaciones en ese lugar al año siguiente. De acuerdo a nuestro propósito, en el verano de 1936 efectuamos excavaciones en La Isla, y lo mismo hicimos a principios de 1937, reuniendo, en total, una colección de más de 300 piezas arqueológicas.

La Isla fué uno de los primeros yacimientos de esta región explotados sistemáticamente. En efecto, en 1908 el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras inició sus trabajos en la quebrada de Humahuaca, y mientras el Dr. Juan B. Ambrosetti dirigía las excavaciones en el Pucará de Tilcara, el Dr. Salvador Debenedetti dedicaba sus afanes a los cementerios de La Isla, de los cuales exhumó un abundante material, publicando, en 1910, una extensa y valiosa monografía¹.

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de La Isla de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy). Campaña de 1908*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, N° 6; Buenos Aires, 1910.

Transcurridos treinta años desde los citados trabajos, resulta hoy difícil establecer con exactitud el punto preciso donde Debenedetti realizara sus excavaciones, contribuyendo a hacer más complicada la solución del problema la escasez de restos superficiales, la cantidad de zanjas y pozos que en los años pasados han hecho las gentes que se dedican a buscar antigüedades, y la ampliación de los campos cultivados, que transforman el aspecto del terreno.

De todas maneras, creemos poder afirmar que los dos yacimientos explotados por nosotros se encuentran: el uno al sud y el otro al norte del lugar que en el croquis publicado por Debenedetti lleva la indicación: *Necrópolis*¹.

El primero constaba solamente de un grupo de sepulturas, sin ningún indicio exterior. Se hallaba a doscientos metros al este del camino carretero que va de Tilcara a Humahuaca, en una pequeña barranca de siete u ocho metros de altura.

El segundo, de mucho mayor importancia, se encuentra dos kilómetros al norte del anterior, casi frente a la quebrada de Juella, y más apartado del camino. Está en una falda que desciende hasta el río Grande, y en la que pueden observarse pircas derruidas de antiguas habitaciones y corrales; en la parte más baja descubrimos una serie de sepulturas.

A pesar del mal estado de conservación de las viviendas, intensificamos nuestras búsquedas en ellas, y logramos encontrar entierros semejantes a los del pucará de Tilcara, es decir, que el muerto, con su ajuar fúnebre, había sido sepultado dentro de las habitaciones, principalmente en los ángulos. Estos hallazgos han sido pocos, pero ello puede ser debido a que las otras casas habían sido saqueadas anteriormente.

En cuanto a las sepulturas en ambos yacimientos eran iguales, los indígenas habían hecho zanjas de un metro a metro y medio de profundidad y allí se había colocado el cadáver y su ajuar, sin obra ninguna de reparo; tampoco existían indicios superficiales de tales entierros.

(¹) DEBENEDETTI, *Exploración arqueológica...*, 11, figura 3.

En algunas sepulturas se ha enterrado un solo individuo, pero otras contienen hasta ocho esqueletos, generalmente en la posición llamada "en cuclillas". Los párvulos han sido enterrados, a veces, directamente como los adultos, y en otros casos en urnas de barro cocido, simples cántaros desbordados para facilitar la introducción del pequeño cadáver. En una



Fig. 1
Urna conteniendo un párvulo.

sepultura, y colocado sobre una piedra plana, hallamos un cráneo trofeo en buen estado de conservación; es igual a los exhumados por Debenedetti en otros yacimientos de la quebrada de Humahuaca, y que han sido estudiados por Vignati¹.

Como ejemplos de nuestros hallazgos transcribimos los siguientes inventarios:

"Hallazgo N° 11 (1936). En el ángulo sureste de una vivienda, a un metro de profundidad, se encontraron: dos esqueletos de adultos (abandonados); un vaso antropomorfo; dos vasos ornitomorfos; un vaso asimétrico o calceiforme, cuatro pucos con decoración pintada y un pequeño adorno de oro".

"Hallazgo N° 2 (1937). En una sepultura, a veinte metros al oeste de las últimas pircas, y a un metro veinte de profundidad, se encontraron cuatro esqueletos de adultos, de los cuales pudo salvarse los cráneos y algunos huesos largos; una urna con los restos de un párvulo (cráneo bien conservado); cinco pucos decorados; ocho vasos decorados; cuatro vasos sin decoración; un vaso zoomorfo, un silbato de piedra y una moleta de piedra."

(¹) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Los cráneos trofeo de las sepulturas indígenas de la quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, en *Archivos del Museo Etnográfico*. N° 1; Buenos Aires, 1930.

Por ser ésta una comunicación destinada solamente a hacer conocer las nuevas investigaciones realizadas en La Isla, dejaremos el estudio detallado del material arqueológico reunido para un trabajo que publicaremos en los "Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales". Como un anticipo, diremos que casi toda la colección está compuesta por vasos de barro cocido, al igual que la exhumada por Debenedetti casi treinta años antes.

No encontramos una sola pieza de madera, apenas dos pequeños adornos de oro, ocho objetos de piedra y ocho de hueso. De todas estas piezas únicamente se destaca la representación de una mazorca de maíz, trabajada en una piedra blanda y ejecutada con mucha perfección.

La cerámica presenta dos tipos principales. Al primero pertenecen vasos toscos, de paredes gruesas y sin decoración. Entre ellos predominan: cántaros para llevar agua o almacenar alimentos, vasos asimétricos o calceiformes de paredes ennegrecidas por el fuego, platos, pucos, ollitas, etc.

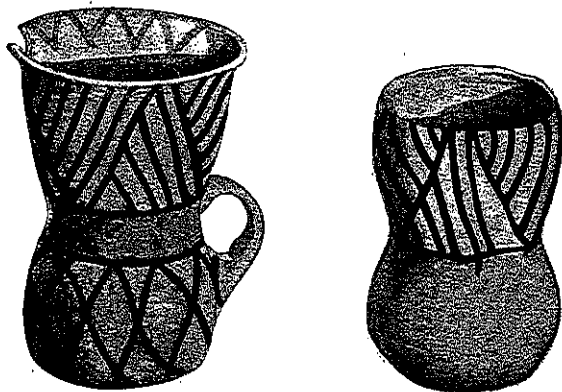


Fig. 2
Vasos altos con decoración geométrica pintada en negro.

Luego tenemos los vasos decorados en negro o negro y blanco sobre un engobe rojo. Son de paredes más delgadas, bien alisados y mejor cocidos. Los motivos decorativos básicos, todos de carácter geométrico, son en número reducido, pero se

combinan con gran variedad. Podemos citar: puntos, rectas paralelas, rectas que se cortan formando diversos ángulos, triángulos, escaques, reticulados, espirales, etc. En cuanto a las formas abundan: vasos altos de asa lateral y de paredes cóncavas, pucos, jarras, ollitas, etc.

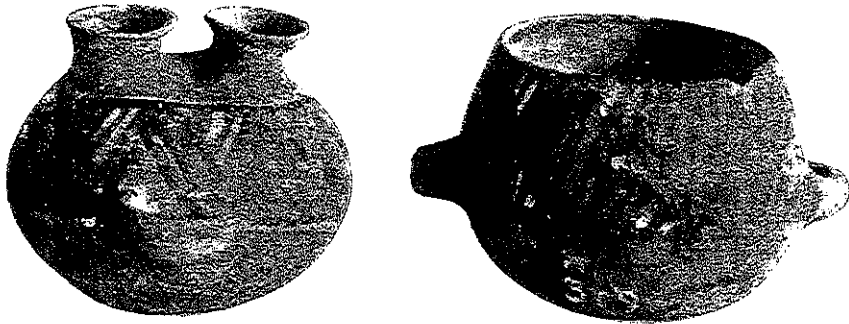


Fig. 3

Vasos con decoración geométrica pintada en blanco y negro.

Encontramos también vasos zoo y antropomorfos. Entre los primeros predominan las representaciones de llamas y aves. En cuanto al hombre aparece generalmente como un simple aditamento en un vaso común, pero a veces su representación es el fin principal que se ha propuesto el alfarero indígena. En estos vasos la pintura ha sido utilizada para completar la figura modelada, y así aparecen detalles de las vestiduras, o lágrimas y tatuajes en el rostro.



Fig. 4

Vasos antropro y zoomorfo. El primero ofrece, en relieve, una cara humana y el segundo es la representación de una llama.

Resumiendo el resultado de nuestras investigaciones arqueológicas en la zona de La Isla, diremos:

1° El núcleo de viviendas en que hemos realizado excavaciones perteneció a un "pueblo viejo", es decir, a una población no fortificada, situada cerca de los campos de cultivo.

2° Sus habitantes acostumbraban enterrar sus muertos en cementerios ubicados cerca del pueblo, pero también sepultaban en las mismas viviendas. Si comparamos con el pucará de Tilcara, podríamos decir que la proporción era inversa, dado que en este último yacimiento la mayoría de los entierros se efectuaban en las habitaciones.

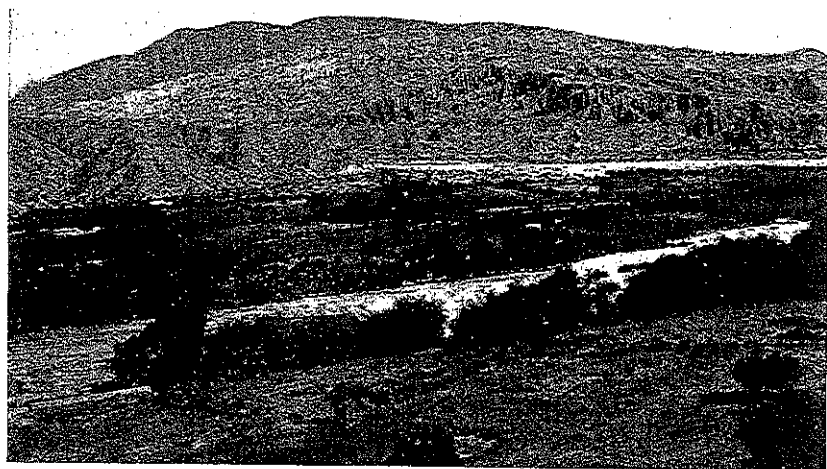
3° Tanto por las características de las viviendas como por los tipos de entierros y el material arqueológico extraído, el yacimiento de La Isla es una prueba más de la homogeneidad de la cultura de los antiguos habitantes de la quebrada de Humahuaca¹.

⁽¹⁾ Comunicación presentada en la sesión del día 16 de septiembre de 1936. Fotografías del autor.



a

La quebrada de Humahuaca vista desde el yacimiento,
en último plano la quebrada de Juellá.



b

Otro aspecto de la quebrada de Humahuaca, en el que puede apreciarse
la amplitud que presenta en la región de La Isla.



a

Excavaciones en La Isla para poner en descubierto las antiguas viviendas.



b

Angulo de una habitación en el que se realizó el hallazgo de una sepultura que contenía varios objetos.

LA PICTOGRAFIA DE LA CIENAGA EN LA PROVINCIA DE SAN LUIS

por

MILCIADES ALEJO VIGNATI

EL territorio de la provincia de San Luis no es de los más pródigos en yacimientos referentes a los aborígenes que lo poblaron. Sin embargo, hay regiones que, por una mayor concentración de habitantes en tiempos pretéritos, son particularmente propicias para estudiar sus vestigios. Una de ellas es, sin duda alguna, la de Intihuasi y alrededores.

En otras ocasiones he señalado la existencia, además de variados restos de diversa índole, de grabados y pinturas rupestres en la misma gruta de Intihuasi, en la Casa Pintada¹ — próxima al cerro Sololosta —, en una peña al pie del mismo cerro², en Peñón Colorado y en la Ciénaga, junto al arroyo Pantanillo³. Para mayor comprensión de lo circunscripto de esta área recuerdo que todos esos lugares están ubicados dentro de un triángulo ideal cuyos lados miden 15 kilómetros. Sin tener la riqueza de

(¹) Como provenientes de este lugar, un meritorio educacionista de San Luis, ha dado a conocer, en varias de sus publicaciones, unos dibujos inadmisibles por su técnica y por los motivos figurados (conf.: [DALMIRO S. ADARO], *Homenaje a Arneghino. Fósiles y prehistoria*, 22 y siguientes, figura 2 de la página 25; San Luis, 1917; DALMIRO S. ADARO, *Industrias Criollas o Fitotecnia o aplicaciones de los vegetales indígenas y exóticos*, 12, figura 10; Buenos Aires, 1918; hay una reimpression aumentada, pero no corregida, del primero: [DALMIRO S. ADARO], *Fósiles y prehistoria*, 32 y siguientes, figura 29; s. l., s. d.). Si esos dibujos no son, enteramente, obra de la imaginación, deben considerarse como un entretenimiento de niño moderno, mas no un producto del arte indígena. Obvia decir que en mis tres estadas allí — una de las cuales fué de cinco días — busqué con verdadera dedicación estas representaciones sin hallar el más mínimo vestigio.

(²) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Resultados antropológicos de algunos viajes por la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I, 320 y siguientes, figuras 9, 10, 13, 14, 15, 17 y 18; Buenos Aires, 1936.

(³) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Nuevas investigaciones antropológicas en la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I, 362 y siguientes, figuras 2 y 3; Buenos Aires, 1936.

pinturas de otras partes del país, esta zona no deja, por ello, de presentar un singular valor.

La descripción de todos los elementos acumulados en mis diversos viajes por aquella provincia se está retrasando debido a diversas circunstancias que creo innecesario puntualizar. Estimo, no obstante, que ello no puede ser óbice para que — como ya lo he hecho otras veces — haga conocer algunos de los materiales más interesantes que obran en mi poder. Con este fin es que paso a ilustrar la pictografía de la Ciénaga.

Está situada a unos 11 kilómetros al norte del cerro de Intihuasi y a 50 metros del río Pantanillo. Toda la región presenta afloramientos más o menos grandes de pegmatita. Uno de ellos (lám. I, *a*), que ocupa un lugar prominente, donde el terreno comienza a descender en busca de la vaguada, es el que ha sido utilizado por el artista aborigen para trazar sus figuras. Las pinturas están ocupando una depresión de la pegmatita, cubierta, en ese lugar, por un alero poco saliente de micacita euarcítica, que no alcanza a determinar la formación de un abrigo.

El desarrollo de los diversos temas del cuadro principal (lám. I, *b*) se extiende en una amplitud de 4 metros pero, tras una salencia natural de la roca a la derecha del observador, hay otras figuras que vienen a completar un largo total de 6,80 metros. De éstas, sólo es posible relevar una, ya que otras están tan borrosas que sería osado pretender delimitarlas. En el cuadro principal esta deficiencia es todavía mayor, de modo que me he preocupado de dar únicamente aquellas cuyos contornos son indudables¹.

Como en la mayoría de las pictografías de la región, se han usado los colores amarillo, rojo y blanco, primando aquél sobre estos dos últimos; en blanco, que es con el que se ha trabajado menos, hay 5 figuras.

La mayor parte de las representaciones son indescifrables, sin que aún arriesgándose en la hipótesis, sea dado indicar una solución satisfactoria.

(¹) Advierto que el dibujo de la figura 1 ha sido obtenido de una fotografía; por ello, algunos de sus elementos están deformados. Si se toman en consideración los diversos planos de la roca (lámina I, figura *b*) se podrá, fácilmente, corregir los errores de paralaje.

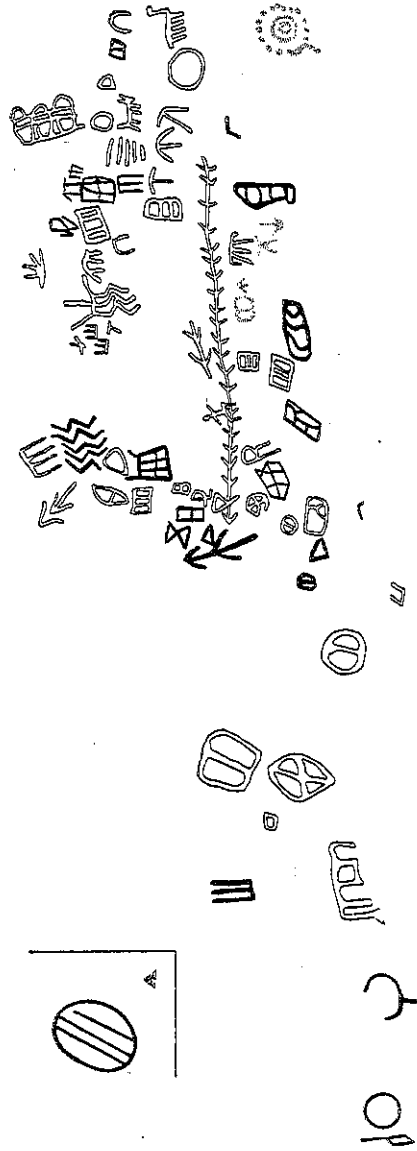


Fig. 1

Pictografía de la Ciénega. — A, representación que debe ubicarse, en escala, a 2 metros a la derecha del lector. Las figuras en negro están hechas en rojo, entre dos líneas son las amarillas y en puntos, las blancas. La escala marcada son 10 centímetros.

Entre las que, sin esfuerzo, pueden interpretarse, están dos estilizaciones humanas — una en amarillo y la otra en blanco —, un camélido, un cánido y varios rastros de avestruz.

Todas éstas, como también los esquemas cuyo significado no conocemos, ni por su técnica, ni en las formas, ni en la realización, son nuevas; su vinculación con otras de la región de San Luis precitada y con las de la provincia de Córdoba, son evidentes. Sin trabajo alguno podrían seña-

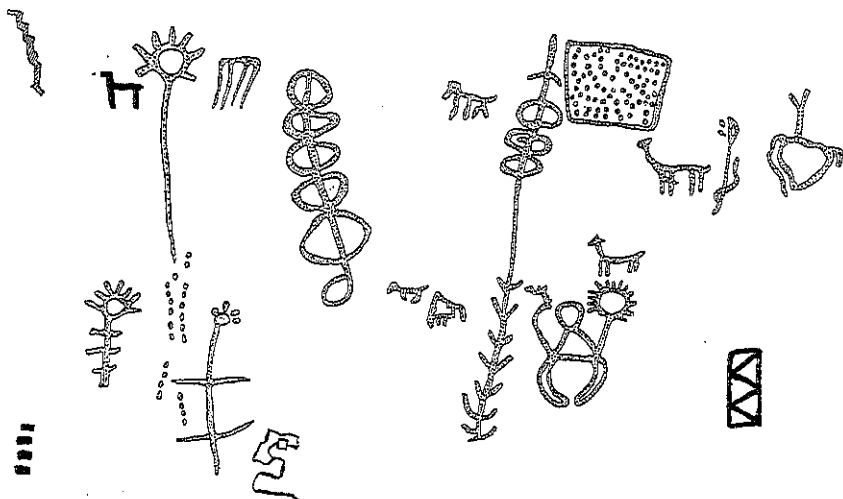


Fig. 2

Petroglifo de la Casa Pintada. En puntos, la parte picada; en negro, la pintura colorada.

larse correlaciones con las de otras partes del territorio argentino, ya del N. del país, como de Patagonia pero, en las condiciones actuales, creo que ello no estaría justificado en modo alguno.

El elemento que más se destaca en esta pictografía (fig. 1) es una línea dicotomizada de trecho en trecho, como si se tratara de una serie de pisadas de avestruz, puestas las unas a continuación de las otras. Una figura similar se encuentra en el cuadro central del friso de la Casa

Pintada² (fig. 2), aunque en ésta, en la parte caudal de la línea existen unos trazos elípticos que hacen si cabe, más enigmática la representación. En la Casa del Sol³ hay también algo que se le asemeja.

En el mismo cuadro de Casa Pintada hay un dibujo en forma de peine, que en el de la Ciénaga está representado varias veces, ya tri, ya tetradentado. En el cerro Veladero los hay con 5 dientes⁴.

Igualmente, el cáncido de la Ciénaga encuentra su correlativo en aquélla, aunque no de manera tan típica, y esta imagen aparece también, en la Casa del Sol y cerro Colorado, siendo consideradas por Gardner de la misma manera⁵.

Los dos círculos concéntricos de línea continua, rodeados por otro de puntos, han sido relevados en el cerro Veladero⁶.

Los tectiformes, tan abundantes, recuerdan los de la Casa Pintada³, cerro Veladero⁷ y La Aguada⁸.

Círculos partidos por un diámetro se observan en la piedra de "San Buena"⁹ y en la peña al pie del Sololosta¹⁰; cruzados por diámetros ortogonales, en el cerro Colorado¹¹.

(²) El primero en descubrir este petroglifo fué el arquitecto Greslebin, quien lo hizo en forma errónea, como puede comprobarse comparando la figura que él proporciona con la que doy en el texto (conf.: HÉCTOR GRESLEBIN, *Excursión arqueológica a los cerros de Sololosta (sic) e Intihuasi en la provincia de San Luis, República Argentina*, en GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, III, 225 y siguientes, figura 3; Buenos Aires, 1928). Quiero aclarar asimismo que, con gran facilidad, es dado relevar varios grupos de pinturas, no obstante la aseveración contraria de Greslebin al afirmar que sólo "se observan vestigios de pinturas".

(³) G. A. GARDNER, *Rock-paintings of North-west Córdoba*. lám. XXVIII; Oxford, 1931.

(⁴) GARDNER, *Rock-paintings*, etc. [49]. figura 64.

(⁵) GARDNER, *Rock-paintings*, etc., lám. XXIII y XXX.

(⁶) GARDNER, *Rock-paintings*, etc. [47]. figura 56.

(⁷) VIGNATI, *Resultados antropológicos*, etc., 324. figuras 14 y 15.

(⁸) GARDNER, *Rock-paintings*, etc., [48]. figura 58.

(⁹) GARDNER, *Rock-paintings*, etc., lám. XIX.

(¹⁰) FRANCISCO DE APARICIO, *La "Piedra marcada de San Buena"*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, XI, 475, figuras 2 y 4; Buenos Aires, 1932-1935 [1935].

(¹¹) VIGNATI, *Resultados antropológicos*, etc., 327, figura 18.

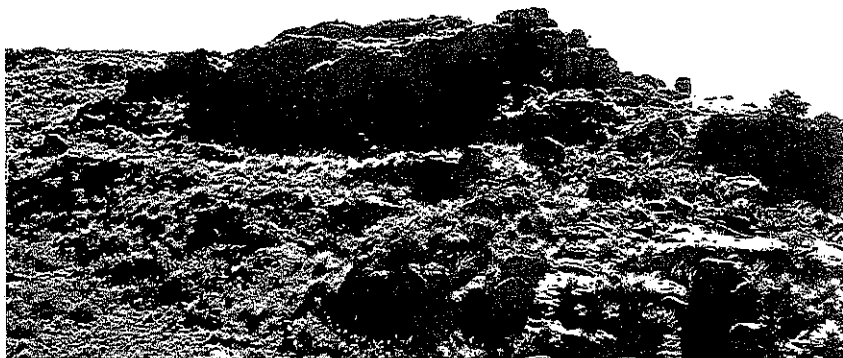
(¹²) GARDNER, *Rock-paintings*, etc., [117]. figura 154.

Los rastros de caballo, también están representados, como en el cerro Colorado¹ y en la piedra grabada de "San Buena"².

Además hay en esta pictografía una especie de "B" mayúscula, semejante a otra observada en cerro Colorado³.

Como se ve, en sí, nada tiene de extraordinario esta pintura rupestre, pero su conocimiento implica una confirmación de lo ya conocido para el territorio de la provincia de San Luis, y una amplia similitud con las de Córdoba, correspondiendo así a la distribución de culturas que esbocé hace poco tiempo⁴.

-
- (¹) GARDNER, *Rock-paintings, etc.*, lám. XXXIX, grupo III (B).
(²) APARICIO, *La "Piedra marcada"*, etc., 475, figuras 2, 3 y 4.
(³) GARDNER, *Rock-paintings, etc.*, [69], figura 86.
(⁴) VIGNATI, *Resultados antropológicos, etc.*, 342 y siguientes y figura 37.
Comunicación presentada en la sesión del día 16 de septiembre de 1936. Dibujos y fotografías del autor.



a

El bloque de pegmatita donde está la pictografía de la Ciénaga. El río Pantanillo corre a la derecha a unos 50 metros.



b

La pictografía de la Ciénaga.

LA TAMBERÍA DE LOS CAZADEROS

por

FRANCISCO DE APARICIO

ANTIGUAL llaman en la quebrada de Humahuaca a los restos de antiguas construcciones de procedencia indígena. Distinguen, sin embargo, entre antigual y pucará, dando a esta última palabra su significado exacto: fortaleza. Si antigual tiene una dispersión geográfica muy restringida, pucará, en cambio, es término corriente en todo el noroeste, y perdura en la toponimia aun en lugares donde ha de haber desaparecido todo vestigio de construcción indígena hace ya largo tiempo. Tal es el caso de un barrio de la ciudad de Córdoba que lleva ese nombre.

En La Rioja y San Juan úsase, casi exclusivamente, para designar los restos de construcciones indígenas, la palabra tambería. En ambas provincias se recuerda muy vivamente la penetración incaica, y la tradición lugareña atribuye al Inca la paternidad de todos los restos que se han conservado hasta hoy. Parece indudable que buen número de esas "tamberías" han sido, efectivamente, tambos del camino del Inca que atravesaba esas provincias para dirigirse a Chile por el valle del río Mendoza. Construcciones de otro carácter y de otra procedencia reciben, por analogía, igual denominación.

Condiciones geográficas adversas tornan muy penosas las investigaciones sobre el terreno en la provincia de La Rioja, y han dificultado y atrasado el estudio sistemático de las numerosas ruinas que allí perduran. Por esta circunstancia considero oportuno dar a conocer brevemente la Tambería de Los Cazaderos, que, a mi entender, constituye un ejemplo típico de tambo, propiamente dicho.

Está situada a unos doce kilómetros al norte de la población de Santa Cruz, en el departamento de Famatina, semioculta en una pequeña ensenada que, en su extremo sur, forma la sierra de Los Cazaderos, de la cual toma su nombre. En otra oportunidad he mencionado estas ruinas por encontrarse al borde del camino del Inca, en la sección mejor conservada que he encontrado hasta ahora¹.

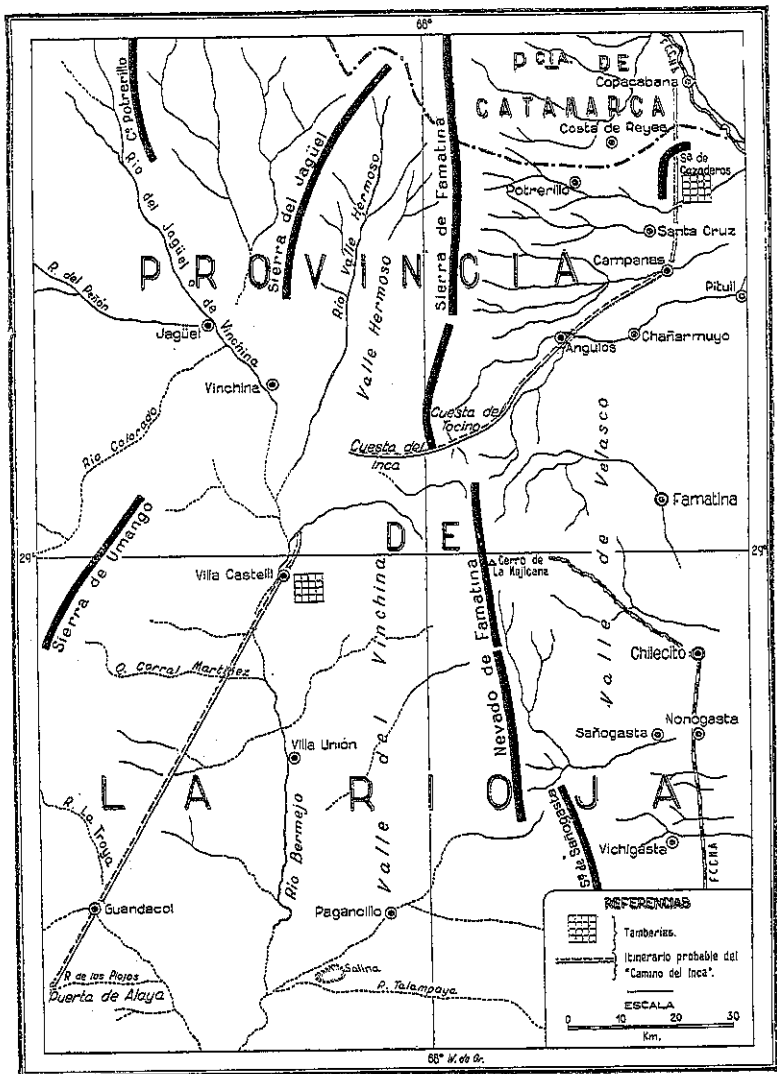
Las ilustraciones de esta breve relación permiten formarse idea cabal de la planta y el aspecto general de la tambería. Las construcciones se levantan al pie mismo de la sierra, y a su frente corre el arroyo del Potrerillo. Un pequeño brazo del arroyo se ha abierto camino entre la sierra y la tambería, y ha destruído algunas taperas. Vasta una ligera observación del relevamiento de la planta (figura 1) para darse cuenta de que el pueblo que nos ocupa reducíase a dos amplios recintos contiguos, dentro de los cuales se habían levantado pequeños aposentos, que son los que más han sufrido la acción del tiempo. Fuera de este conjunto de ruinas, que constituye, en realidad, un solo cuerpo de edificio, existen algunos cimientos de piezas aisladas de planta rectangular o circular.

Como en la mayoría de estas ruinas sólo perduran los cimientos de las antiguas fábricas, cubiertos por los materiales de derrumbe, o fragmentos de muro de muy escasa altura. Éstos permiten afirmar que la mampostería fué de pirca de tipo corriente, es decir, de piedra rústica tomada en seco, sin mortero alguno.

En la planta se ha indicado la dirección con que fueron tomadas las fotografías con que procuro dar idea del aspecto general de las construcciones. Una de ellas (lámina I, b), documenta una amplia abertura en el muro del recinto mayor, abertura que parece ser la puerta de acceso. A la derecha puede verse uno de los fragmentos de aparejo mejor conservados. En esta fotografía puede advertirse que el monte que cubre la región no ha vuelto a crecer en el interior de los antiguos edificios. Curioso fenómeno que se observa también en la superficie del camino del Inca.

La fotografía reproducida en la lámina II a da idea del estado actual de los pequeños aposentos semidestruidos; ejemplo análogo se presenta

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *Vestigios de caminos incaicos en la provincia de La Rioja*, en *Revista Geográfica Americana*, VI, 167; Buenos Aires, 1936.



en la fotografía siguiente (lámina II, b), tomada en la parte posterior de la tambería, en la proximidad del nuevo brazo del arroyo. El aspecto de los pequeños edificios aislados que se levantan fuera del conjunto principal de construcciones, puede advertirse en la lámina III a.

En diversos lugares efectuáronse excavaciones prolijas. El trabajo resultó estéril, encontrándose solamente restos de fogones y tientos de alfarería tosca. Buscadores de antigüedades habían profanado anteriormente el yacimiento, efectuando numerosos sondeos. Sabedores de que estas búsquedas tampoco habían dado resultado, creímos inútil insistir en el trabajo de excavación.

Pueden considerarse como parte integrante de esta tambería dos atalayas o puestos de observación destinados, sin duda, a la vigilancia del camino. Hacia el norte de las ruinas, a muy corta distancia, la sierra describe un amplio arco, denominado el Rincón de los Cazaderos. Al penetrar en esta rinconada el camino pasa junto a un pequeño contrafuerte de muy escasa altura, no más de treinta metros sobre el nivel del terreno. La cima de esta elevación — que los del pago llaman “La Cancha” — ha sido nivelada y rodeada de un muro, muy deteriorado en la actualidad. Por medio de tan somero trabajo se ha logrado una pequeña terraza de planta irregular, de 12 por 7 metros, aproximadamente. Desde este punto se divisa todo el Rincón de los Cazaderos, y puede seguirse el camino hasta el cruce de la sierra por el portezuelo del Inca. “La Cancha”, evidentemente, ha sido un apostadero de centinelas (láminas III b a V a).

Separada del extremo sur de la Sierra de los Cazaderos por el arroyo del Potrerillo y otro más pequeño que confluye con aquél, se levanta una sierrita diminuta que tendrá, aproximadamente, unos doscientos metros de longitud. Es de roca viva, de laderas escarpadas y fragosas. En diversos lugares se encuentran vestigios de pircas, que parecen haber defendido los puntos de más fácil acceso. Sobre la parte superior hay tres pequeñas plataformas naturales. Dos de ellas han estado circundadas por un muro de pirca. La figura 2 presenta un croquis esquemático de la mejor conservada, en el cual se ha indicado el rumbo de la fotografía que se incluye en la lámina V, b. En la plataforma central se ha excavado un pequeño mortero sobre la roca del suelo; la boca tiene un diámetro de 17 centímetros, y su profundidad no pasa de cinco. Toda la falda de la sierrita está

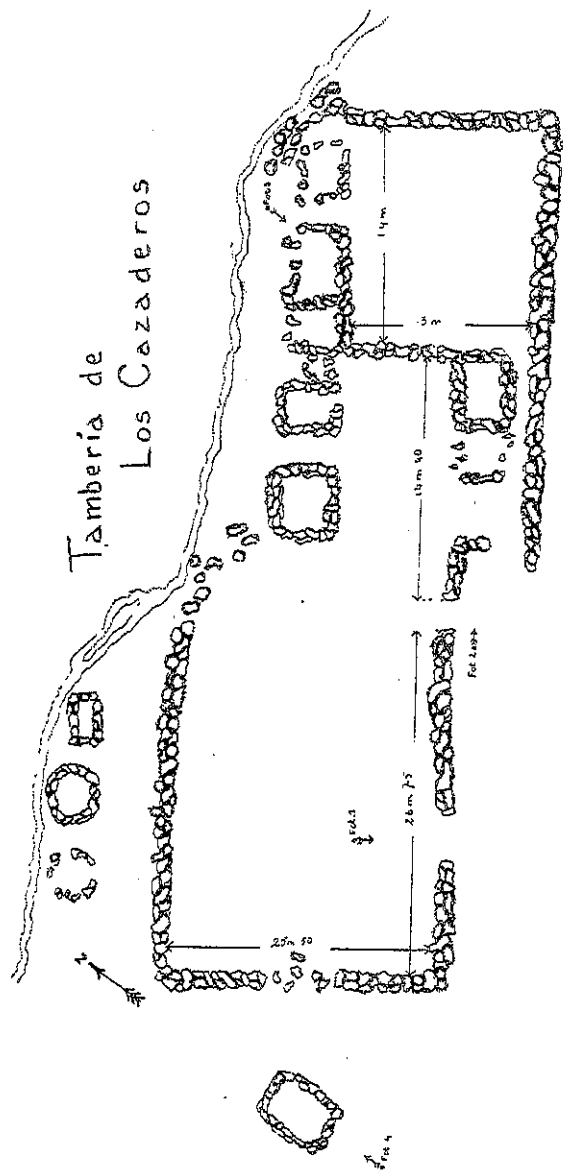


Fig. 1. Croquis esquemático de la Tambeña de los Cazaderos.

materialmente sembrada de alfarería. Ligeras excavaciones practicadas en los escasos lugares donde hay tierra suelta no dieron resultado alguno. Anteriormente se habían practicado algunas excavaciones clandestinas, destruyendo pircas, especialmente un recinto que parece haber tenido forma circular, sobre la falda que mira al sur. Superficialmente encontróse una punta de flecha de piedra. Desde la plataforma pircada se domina el desarrollo del camino en toda la extensión que puede alcanzar la vista, sin limitación alguna.

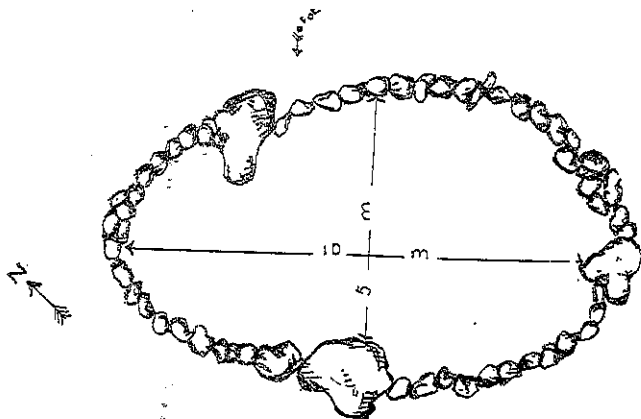


Fig. 2.— Croquis esquemático de la planta del mirador de la Loma Sola.

Ni la tambería propiamente dicha, ni las atalayas, han suministrado material que pueda orientar un diagnóstico para determinar su origen. Sin embargo, los mismos caracteres de aquellos monumentos y, sobre todo, su emplazamiento, concurren a robustecer la hipótesis de que Los Cazaderos es un tambo del camino que pasa a su vera.

Don Francisco de Xerez, el primero que noticia acerca de los caminos incaicos, nos dice que “a cada jornada hay una casa á manera de venta, donde se aposentán los que van y vienen”. Casi todos los cronistas que

(¹) FRANCISCO DE XEREZ, *Verdadera relación de la conquista del Perú*, en ENRIQUE DE VEDIA, *Historiadores primitivos de Indias*. II. 326. en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid. 1906.

mencionan los caminos refiérense también a los tambos. Cobo, con su habitual precisión, nos ha dejado una descripción magistral: “Eran estos *tambos* lo mismo que nuestras ventas y mesones, sólo que servían muy de otro modo, porque no los poseía ningún particular, edificándolos la comunidad del pueblo y provincia, y tenía obligación de preservarlos enteros, limpios y proveídos de sirvientes. En ellos se alojaban los ejércitos, gobernadores y demás ministros reales, y de los depósitos que en ellos había del Inca se les daba de comer y de todo lo demás que habían menester; y los gobernadores que residían en las cabezas de provincias tenían especial cuidado de mandar a los pueblos tuviesen buen cuidado en ellos.

“En lo que toca a su traza y forma, eran unas grandes casas o *galpones* de sola una pieza, larga de ciento hasta trescientos pies, y ancha treinta a lo menos y a lo más cincuenta, toda descombrada y escueta, sin división de aposentos, ni apartamientos, y con dos o tres puertas, todas en la una acera a iguales trechos”: “Fuera de los *tambos* y depósitos — añade — había también en estos dos caminos reales, a cada cuarto de legua, hechas unas chozas o casillas de dos en dos, arrimadas al camino, una en frente de la otra, y eran no mayores de lo que bastaba para caber en cada una dos personas”¹.

La descripción de Cobo no concuerda exactamente, desde luego, con la disposición de la planta de Los Cazaderos, mas permite apreciar que en ella se encuentran los dos elementos esenciales de las construcciones subsidiarias de los caminos incaicos: “grandes casas o galpones” y pequeños recintos “no mayores de lo que bastaba para caber en cada uno dos personas”. La noticia de Cobo no sólo coincide con la traza de la tambería de Los Cazaderos, sino que se confirma, aun más, en otras donde hemos podido extraer restos que, por sí solos, prueban la procedencia incaica de tales fábricas.

La tambería de los Cazaderos ha sido relevada en el curso de investigaciones realizadas en la provincia de La Rioja por el Museo Antropológico y Etnográfico, bajo los auspicios de la Escuela Argentina Modelo².

(¹) BERNABÉ COBO, S. J., *Historia del Nuevo Mundo*, III, 266; Sevilla, 1892.

(²) Comunicación presentada en la sesión del día 4 de noviembre de 1936. Cartografía de M. T. Grondona. Croquis ejecutados sobre el terreno por Cristina C. M. de Aparicio. Fotografías del autor.



a

El arroyo del Potrerillo, frente a la tambería.



b

Amplia abertura que corresponde, posiblemente, a la puerta de acceso a la tambería.



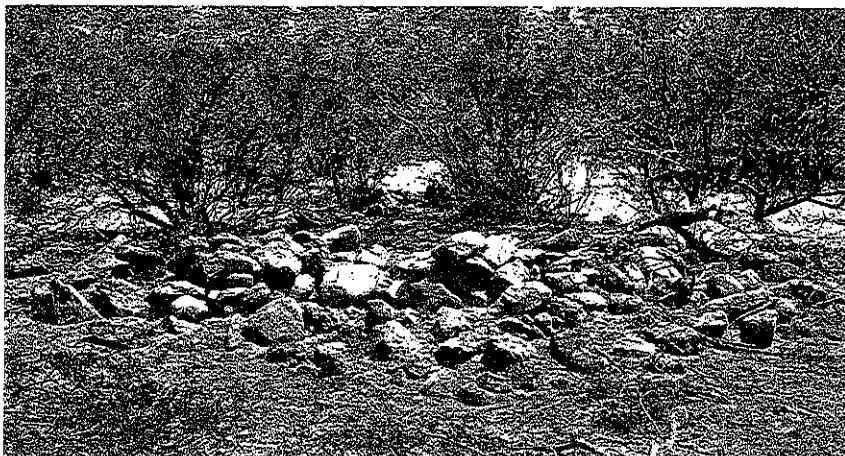
a

Estado actual de los pequeños aposentos, semidestruidos.



b

Un aspecto de las ruinas, en la parte posterior de la tambería.



a

Uno de los pequeños recintos edificados fuera del cuerpo principal de los edificios.



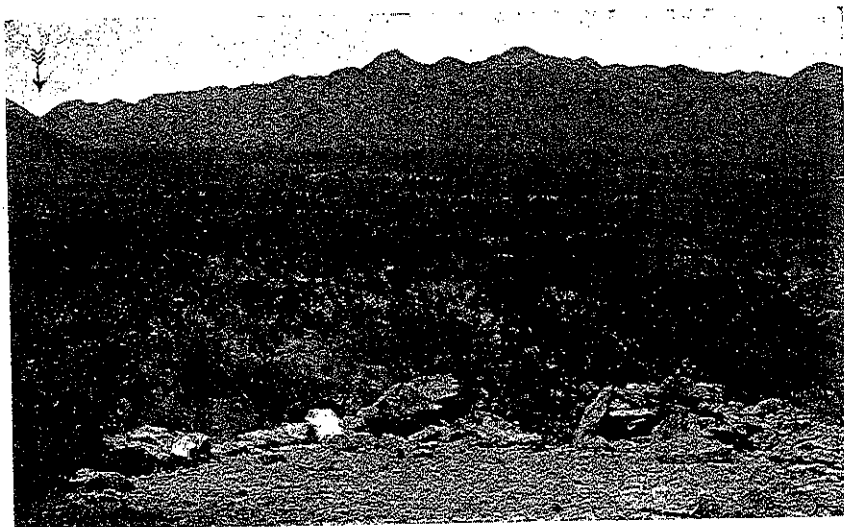
b

El camino del Inca, en la proximidad de "La Cancha".



a

Vista general de la pequeña elevación sobre la cual se ha construido "La Cancha".



b

Detalle de la superficie de "La Cancha" y vestigios del muro que la circundaba. En último plano, la sierra de Los Cazaderos. La flecha señala el portezuelo del Inca.



a

Muro de contención construido para obtener la superficie de "La Cancha".



b

Detalle de las ruinas del mirador de la Loma Sola.

EL HALLAZGO DE ESQUELETOS EMBARRADOS EN LA REGION CUYANA

por

MILCIADES ALEJO VIGNATI

EN el año 1926, durante el XXI viaje de investigación arqueológica realizada por el Museo Etnográfico¹ de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, su Director Salvador Debenedetti, pudo comprobar, en la región de las lagunas Huanacache, unos tipos de sepultura asaz interesantes y raros. En el brevísimo informe que hiciera en Roma ante el Congreso de Americanistas, al abordar las formas sepulcrales estudiadas dió a conocer, dada su importancia cuantitativa, en sus rasgos más fundamentales, la existencia de una construcción con fines de osario, hecha en las inmediaciones de la laguna Pelada², sin que ello fuera óbice para establecer, también, que “algunas sepulturas están protegidas por una verdadera envoltura de argamasa compacta y dura”³.

En ningún momento me cupo la menor duda de ser éste un descubrimiento de singular mérito. De ahí que — hace más de una década — me documentara, de la manera más agotadora, con apuntes del diario de viaje del descubridor, facilitados y ampliados verbalmente por él, de las condiciones del descubrimiento.

Según esos datos, el 9 de mayo de 1926, recorriendo el alto Melín — larga sucesión de médanos que quedan aislados en épocas de las grandes avenidas de agua — fué encontrada una tumba de cuatro esqueletos, orientados al sud, recubiertos por una capa de barro de unos 20 centí-

(¹) Hoy: Antropológico y Etnográfico.

(²) SALVADOR DEBENEDETTI, *Los yacimientos arqueológicos de las márgenes meridionales de las lagunas Guanacache (Rep. Argentina)*, en *Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti. Roma, settembre 1926*, I, 506 y siguiente; Roma, 1928.

(³) DEBENEDETTI, *Los yacimientos arqueológicos, etc.*, 506.

metros de espesor. Los esqueletos, no obstante la protección de que se les había provisto, estaban por demás destruídos, haciendo imposible su extracción. Hay que lamentar no se obtuviera documentación fotográfica. Sólo me queda, por consiguiente, establecer las correlaciones que ese hallazgo me sugiere a través de tan pocos como importantes antecedentes.

En verdad, el mismo Debenedetti ya había señalado otros jalones de igual valor indicador, en las ruinas de Pachimoco y Calingasta, puesto que allá “descubrió un esqueleto humano de adulto, envuelto entre un manto de gréda consolidada”¹; y en Calingasta “encontró un amontonamiento de tierra endurecida, como si hubiera sido barro amasado”, debajo del cual yacían tres esqueletos de adultos superpuestos, separados entre sí por capas de pajas y totoras tejidas². Una inhumación similar había sido señalada para Fuerte Quemado. Estos hallazgos, aunque aislados y casi esporádicos dentro de nuestros conocimientos actuales, no son, en modo alguno, despreciables, tanto más cuanto tienen sus similares en tierras extra-argentinas.

A Max Uhle, en efecto, le fué dado señalar, al hacer la reseña de sus excavaciones en Arica, que uno de los dos principales grupos de momias por él descubiertas, se caracteriza por la circunstancia que “el muerto está en posición recostada y una capa de barro amarillento de más de 1 cm. de espesor cubre su cuerpo en toda su superficie, dándole la apariencia de petrificado... La momia — dice después — descansa en un lecho de 15 a 40 cm. de espesor, formado del mismo barro y duro como piedra, por su preparación de arena natural con un líquido desconocido y de color sanguinolento”³.

Se trata, como puede verse, de una misma costumbre difundida a través de unos cuantos centenares de kilómetros, a pesar de las discrepancias en la realización, discrepancias que no alteran, en lo más mínimo, el substrato religioso que determina tales proceder. En todos estos casos

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan*, en Facultad de Filosofía y Letras. *Publicaciones de la sección antropológica*. N° 15. 166; Buenos Aires, 1917.

(²) DEBENEDETTI, *Investigaciones arqueológicas, etc.*, 54.

(³) MAX UHLE, *Los aborígenes de Arica*, en *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*. I. 167; Santiago de Chile, 1917.

es el mismo culto inhumatorio que se preocupa de proveer directamente un sarcófago a los restos del ser que ha muerto y asegurarlo a la tierra con fines mágicos.

Sin que obrara ningún vínculo con el hecho que ahora estudio, sino como real expresión de las conclusiones que los hechos sugerían, determiné — hace unos años — que las mutilaciones en momias que Uhle señalara con carácter de profanaciones, no eran más que las pruebas evidentes del proceso mental, común entre los primitivos, de usufructuar de la potencia mágica de los muertos en beneficio de los vivos¹. Y si, en algunos casos, esa faz utilitaria determinaba su continua deambulacion — posiblemente al lugar de las faenas agrícolas —, los muertos embarrados fijados al suelo son, igualmente, consecuencia del proceso mágico, con la única diferencia que en éstos es más difícil discriminar si esa ceremonia fúnebre respondía al temor de una fuerza nefasta o al anhelo de aprovechar de una benigna. En otros términos, si se lo embarraba, ligándolo perennemente, con el propósito que no pudiera hacer daño o, por el contrario, para que, no pudiendo escapar, rindiese por siempre los servicios que de él se esperaban.

En cualquiera de los dos casos, todo hace creer que no se trata de restos de deudos de la parcialidad que les dió esa sepultura, sino de enemigos. La fuerza vital y mágica de los parientes no necesita cuidado hasta el extremo de sujetarla, porque el familiar queda entre los suyos sin impulsos de separarse. No así los espíritus de los enemigos, que ansían la libertad y atisban el momento propicio para fugar a sus lares.

Con este criterio, y tratándose de culturas de hábitos sedentarios, tal vez pueda considerarse como hipótesis más verosímil que su prision, en los alrededores de los pueblos, era para beneficiarse con la fuerza propicia del muerto, puesto que si era el miedo a los manes nefastos el que los inducía a mortificar sus cuerpos con tan particular mortaja, hubieran encontrado con la destrucción de los restos una satisfacción, más pronta y segura, a sus temores.

(¹) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Los cráneos trofeo de las sepulturas indígenas de la quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, N° 1, 65; Buenos Aires, 1930.

Me parece conveniente advertir que no debe confundirse este tipo de inhumaciones de cuerpos embarrados, con "la costumbre de restablecer las partes blandas modelándolas sobre el hueso con cemento o barro"¹. La coexistencia en Arica de ambos procedimientos — el de recomponer las momias descalabradas y el de revestirlas con barro — demuestra que son manifestaciones divergentes, no obstante responder a la misma finalidad animista.

Dentro de la misma zona cuyana donde Debenedetti descubriera las inhumaciones con barro, se han señalado otros elementos, como las balsas construídas con totora en las lagunas Huanacache² y las bandejas para moler excitantes, talladas en piedra, en el noroeste de la provincia de San Luis³ que, al parecer, se vinculan con las embarcaciones del Titicaca y con las bandejas de Tiahuanaco, recíprocamente.

La carencia de un índice para establecer la edad de los hallazgos referidos del territorio argentino, dificulta, en gran parte, su ubicación cronológica. Sólo sabemos que con los esqueletos embarrados no se encontraron vestigios de origen europeo, cosa que haría presumir una antigüedad prehispánica. Sin embargo, en la región de las lagunas estudiadas por Debenedetti, se encontraron perlas de vidrio que acusan su contemporaneidad con la conquista, pero la verdad es que no hay ningún motivo para sincronizar entre sí todos los restos hallados en los esteros de Huanacache.

En cuanto a los yacimientos de Arica, Uhle atribuye a los aborígenes de la época del hombre arcaico una antigüedad correspondiente a los primeros siglos de nuestra era⁴, apreciación con la que coincide Latcham⁵, y el período de la cultura de Tiahuanaco, para aquél, corresponde a los años

(¹) F. GRAEBNER, *El mundo del hombre primitivo*, 53; Madrid, 1925.

(²) A. METRAUX, *Contribution à l'ethnographie et à l'archéologie de la province de Mendoza* (R. A.), en *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán*, I. 36 y siguientes; Tucumán, 1929.

(³) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Resultados antropológicos de algunos viajes por la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I. 325, figuras 21 y 22; Buenos Aires, 1936.

(⁴) MAX UHLE, *La arqueología de Arica y Tacna*, en *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, III, 2; Quito, 1919.

(⁵) RICARDO E. LATCHAM, *La cronología de las culturas indígenas chilenas*, en *Revista Universitaria*, año XII, 405; Santiago de Chile, 1927.

600 a 900, lapso ampliado en un siglo por el segundo (500 a 900). Sin atribuir a estas cifras un valor que, indudablemente, no tienen, su enunciado permite inferir que los descubrimientos de la zona cuyana quedan, por su antigüedad, como jalones directores cuyo valor debe resolverse con futuras investigaciones.

Considero que el aporte proporcionado por ese tipo de sepultura con barro es de una importancia que no puede posponerse por especulaciones conjeturales, ya que el nexo queda establecido por la materialización más comprensible para nosotros de los sentimientos religiosos que animaban a esos aborígenes².

(¹) Ya, en otra ocasión, he señalado lo dispar que resultan las cronologías de Chile y Perú con las de la Argentina, por no estar aquéllas calculadas sobre la base, relativamente exacta, de la acumulación de los "conchales" (conf.: MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Instrumental óseo aborigen procedente de Cabo Blanco (gobernación de Santa Cruz)*, en *Notas del Museo Etnográfico*, N° 2, 24 y siguiente; Buenos Aires, 1930.

(²) Comunicación presentada en la sesión de la *Semana de Antropología* realizada el día 25 de noviembre de 1937.

ETNOLOGÍA HISTÓRICA DE LA PROVINCIA DE MENDOZA

UNA VALIOSA DOCUMENTACIÓN

por

SALVADOR CANALS FRAU

I

LA documentación de que voy a tratar, y que califico de valiosa para el estudio de la etnología histórica de la provincia de Mendoza, no es, en modo alguno, inédita. Ella ha sido publicada hace ya unos diez años en uno de los más prestigiosos órganos científicos del país: en la "Revista de la Universidad Nacional de Córdoba"¹. Hay, además, una tirada aparte.

Con ello me refiero, ya lo habrán adivinado, al legajo contentivo de las actuaciones producidas a mitad del siglo XVII ante las autoridades de Mendoza, en ocasión de un presunto levantamiento de indios en la frontera sur de aquella jurisdicción, y que reprodujera en las páginas de la revista citada el incansable rebuscador en archivos Monseñor Pablo Cabrera, no ha mucho tiempo desaparecido de entre los vivos. Mas, a pesar de su publicación en tan difundido órgano de la cultura nacional, los documentos en cuestión son prácticamente desconocidos, y su influencia no se ha hecho sentir en los diversos trabajos que sobre el tema de nuestra referencia se han publicado en los últimos años.

⁽¹⁾ P. CABRERA, *Los aborígenes del país de Cuyo*, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*; Córdoba, 1928-29.

Y es que la situación etnológica de Cuyo dista mucho de estar aclarada. Lo poco que con seguridad se sabe, y en ello influye mucho la tradición, es que los antiguos habitantes fueron llamados *huarpes*, y que el P. Luis Valdivia compuso, a fines del siglo XVI, dos Arte y Vocabularios de dos lenguas afines, en curso en la región cuyana, que el benemérito jesuíta denominara *allentiac* y *müllcayac*. Mas, al pasar de ahí, al tratar de fijar límites a estas lenguas, o de establecer la distribución de aquellos *huarpes*, todo es inseguridad y contradicción.

Otro problema hay, cuya solución es de urgencia. Son varias las fuentes históricas que nos hablan de *puelches* en jurisdicción de Mendoza. En consecuencia, interesa saber si es posible identificar a estos *puelches* con otros indios de la llanura, posteriormente conocidos por el mismo nombre, o, si al contrario, constituyen ellos un pueblo distinto. La documentación de nuestra referencia trae datos que, en unión de otros coetáneos y posteriores, solucionan el asunto.

Y muchos otros datos utilizables traen los documentos de que venimos tratando. Verdad es que ellos se encuentran en medio de una densa maraña de prosa curialesca que dificulta un tanto su aprovechamiento. Mas, vale la pena todo esfuerzo en ese sentido, máxime si se tiene en cuenta que las fuentes históricas, tanto las narrativas como las en forma de restos, no pecan por su abundancia. De ahí que sea verdaderamente extraño que fuente tan rica no haya sido explotada aún.

Es cierto que, al editar la documentación, Cabrera hizo el ensayo de extraer algún provecho de ella. Mas, desde el punto de vista de la etnología, debo confesar que el autor no llegó nunca al fondo del asunto, y que no siempre fué feliz en sus deducciones. Se imponía, pues, un nuevo estudio de los documentos, y esto es, precisamente, lo que intento ahora.

Pero, veamos antes los antecedentes del caso.

II

Por julio de 1658 se encontraba en las riberas del Atuel, frontera sur de Mendoza, una tropa de indios capitaneados por un cacique *puelche* llamado don Bartolo *Yoiaric*. Formaban la banda varios grupos de indios

de nombre e idioma distintos, pero, en el fondo, de un mismo origen. Había *puelches*, *morcoyames*, *chiquiyames*, *oscoyames*, *pehuenches*, etc., todos ellos habitantes de las regiones cordilleranas y precordilleranas de la provincia de Mendoza y del actual territorio del Neuquén. Eran, en total, unas setenta personas, incluso algunos niños y mujeres. Poco antes se había separado y regresado a sus lares un fuerte contingente de *pehuenches*. La causa de esta separación parece había sido que estos montañeses, que tomaron parte en el levantamiento general de indígenas de Chile de 1655 y asaltaron a Maule, querían intentar el mismo procedimiento en las estancias del sur de Mendoza, a lo cual parecía oponerse don Bartolo, quizá por no considerar oportuna la estación del año.

El grupo llevaba ya unas cuantas semanas cazando y vagando por la región de la precordillera, al oeste del macizo del Payén. El núcleo inicial estaba constituido por sólo *pehuenches*, procedentes de sus "pinales", y a quienes se agregaron posteriormente, a cambio de una suma determinada en "mantas, camisetas e hilados", los *puelches* de don Bartolo y, más adelante, otros de procedencia distinta. Había seguido la antigua vía que orillando la cordillera y vadeando el río Atuel a la altura del lugar El Sosneado, pasaba por cerro Alquitrán, bordeaba la llamada Pampa del Medio y desembocaba sobre el Diamante¹. Mas, antes de llegar a ese río, se había separado el grueso de *pehuenches*, y sólo algunos de ellos, emparentados con los de don Bartolo, se habían quedado.

Y aconteció que unos días después de la separación de los *pehuenches*, un cautivo español llamado Pedro García, consigue evadirse y llegar a Mendoza, dando la voz de alarma.

Don Bartolo, temeroso de que la huída del cautivo redundara en su contra, decide poner en libertad a otro, que le servía a él mismo. Y, ordenando a su gente que atravesara la Pampa del Medio y acampara sobre el Atuel, conduce a Eugenio de Figueroa, que tal era el nombre del segundo español cautivo, hasta el camino a Jaurúa, con encargo de decirle

(1) El P. HAVESTADT, que en un viaje realizado en 1751-52 llegara, viniendo de Chile, hasta Malargüe, nos ha conservado, en la parte séptima de su "*Chilidaga*", publicada en 1777, un itinerario del camino entre Malargüe y Mendoza. Partiendo del primero de estos lugares, las jornadas eran: Saucécito, arroyo Chacay, río Salado, cerro Alquitrán, río Diamante, arroyo Hondo, arroyo Cortaderas, Cienaguita de Llaucha (Yaucha), La isla de Varela, etc.

al corregidor que él era amigo de españoles y que, por lo tanto, no abrigaba ninguna mala intención.

Sabido es que, hasta la creación del virreinato de Buenos Aires, la región de Cuyo dependía, políticamente, de Chile. En la capital de la provincia, Mendoza, residía un teniente de gobernador, que llevaba también el título de Corregidor y Justicia Mayor. Ocupaba a la sazón el cargo don Melchor de Carvajal y Saravia, hijo de Chile, quien se hallaba en San Juan administrando justicia cuando llegaron las nuevas divulgadas por el ex cautivo García. Carvajal regresa apresuradamente a Mendoza, y reuniendo un pequeño cuerpo expedicionario de unos 60 hombres, sale en busca de la partida. Guían García y un cacique "de la tierra", llamado don Juan, perteneciente a la encomienda de Valentín de Córdoba, el cual se había topado con don Bartolo cuando éste regresaba de poner sobre el camino de Jaurúa al ex cautivo Figueroa. La expedición avanza por el "rastros" de las Salinas¹, llega al Atuel y tuerce a la izquierda para, al cabo de dos jornadas más de camino río abajo, dar con la toldería de don Bartolo, al suroeste del actual San Rafael.

En la entrevista que inmediatamente tuvieron el comandante español y el cacique *puelche*, cordial al principio, se interesó el primero por los *pehuenches*, que era, en realidad, a quienes buscaba. Don Bartolo dijo haberse retirado todos, pero como fueron descubiertos algunos en la toldería a pesar de las negativas del cacique, Carvajal manda apresar a toda la banda y regresar con ellos a Mendoza para ser sometidos a proceso.

Y son las actuaciones producidas en este proceso criminal, cuyas ultimeridades aquí no interesan, las que forman el cuerpo documental de que tratamos.

III

La mayor parte de las actas que constituyen el legajo, son declaraciones y ratificaciones de los indígenas apresados y sometidos a proceso. Dado que

(¹) Son las actuales Salinas de San Rafael. Uno de los testigos las llama "del capitán Juan Moyano", aludiendo, sin duda, a que este personaje, que tenía estancia del otro lado del Diamante, era quien las explotaba.

éstos, excepto uno, no hablaban español, se hubo de nombrar intérpretes para que pudieran ser interrogados.

Estos nombramientos fueron hechos para tres lenguas distintas, como tres eran los grandes grupos étnicos a que pertenecían los componentes de la partida de don Bartolo. Sin embargo no hay equiparación entre lo uno y lo otro, pues, como luego veremos, una de las tres lenguas para las cuales se nombraron intérpretes, era completamente extraña al medio. Nos referimos a la que las actas denominan "lengua de Chile". Las otras dos eran: la "lengua de la tierra" y la "lengua de tierra adentro".

La primera de las lenguas estrictamente indígenas, la "de la tierra", es la propia de la jurisdicción mendocina, y, tal vez, para la época, la general de Cuyo. En párrafo alguno del voluminoso sumario se la denomina de otro modo que "de la tierra", ni va referida a ningún gentilicio; equivale esto a reconocer no sólo que ella era peculiar de la región que nos ocupa, sino que también exclusiva de ella. Era, sencillamente, categóricamente, la lengua de la tierra.

Ahora bien; por los afanes filológicos del P. Luis Valdivia sabemos de la existencia en Cuyo, a principios del siglo XVII, es decir, unos cincuenta años antes de la fecha de nuestro proceso, de las lenguas que el misionero denomina *allentiac* y *millcayac*, y a que aludiéramos antes. Valdivia no dice, al menos en lo que de su obra se ha conservado, cuáles eran los indios de una y otra lengua. Hace constar, empero, que la primera de ellas "corría" en la ciudad de San Juan; en cuanto a la segunda, la asigna a "la provincia de Cuyo", aludiendo, sin duda, a que era general en ella. Esta impresión se ve corroborada por el hecho de que el misionero filólogo concede un muy evidente rango de preferencia al *millcayac*, cuyo Arte escribiera primero. Y como, por el "Decreto del Real Acuerdo", consta ser el *millcayac* propio de la ciudad de Mendoza, creemos que esta lengua puede ser identificada con la que las actas del proceso de 1658 denominan "lengua de la tierra".

El *millcayac* era, pues, la lengua en uso en la ciudad y jurisdicción de Mendoza. Nada sabemos de sus límites por los rumbos norte y oeste, mas la documentación que analizamos indica claramente sus límites por el sur.

En efecto, fueron seis los indios "de la tierra" apresados, y todos ellos prestaron sus declaraciones en este idioma. Eran naturales de la región de los ríos Diamante y Atuel. Los indígenas situados al sur del paralelo 35° de latitud sur, ya no conocían, en general, el *millcayac* y se expresaron en habla distinta. Por lo tanto, los "indios de la tierra", los de idioma *millcayac*, moraban al norte de la dicha línea.

Es notable observar que este idioma *millcayac* era conocido no sólo de la población aborigen, sino que también por muchos vecinos de la ciudad de Mendoza. Juan Zacarías de la Sierra Morales, Juan Bustos, Pedro Bustos, Juan Moyano de Aguilar, Diego de Cáceres y Gonzalo de Lorca, encomenderos y personas de calidad todos ellos, conocían e interpretaban esta "lengua de la tierra". Del antiguo esplendor que todo ello nos revela, sólo nos quedan, hoy día, algunos nombres de persona y de lugar, junto con dos hojas, verdadera reliquia, del "*Confesionario Breve*", del P. Valdivia, impreso en Lima en 1607.

A los "indios de la tierra" pertenecía también una parcialidad que los antiguos cronistas llaman *Goicos* o *Voycos*. Nuestra documentación la denomina *Oicos*. Los declarantes en este proceso aluden reiteradamente a ellos, pero sin que ningún *oico* figurara entre los apresados. Su cacique se llamaba *Quiña*, estaba bautizado, y su *habitat* era hacia el Cerro Nevado. Una estación del F. C. P., ramal Chacabuco - San Rafael, conserva aún su nombre.

Otro cacique incluído entre los "de la tierra", y reiteradamente citado, es el llamado por su nombre indio *Chiuque*. Los declarantes están contestes en manifestar que, a pesar de haber venido a ver a don Bartolo en su campamento del Atuel, no había querido "convocarse", y se había ido "a los *oicos*". Tenía sus tierras sobre el Atuel mismo, y a ellas pertenecía el lugar en que fueran apresados don Bartolo y su gente. Pertenecía a la encomienda de Riveros, y el protector de naturales, en un escrito, lo califica de "indio manso y bueno".

Chiuque, o "el cacique de Riveros", como más comúnmente lo llaman las actas, había ido al campamento del Atuel con el propósito de "comprar una china para casar a su hijo". Este dato nos revela que el casamiento entre nuestros indios era por compra de la novia, lo cual queda ratificado

por del Techo¹. Por lo demás, constituye ello una modalidad muy extendida entre los diversos pueblos de la llanura argentina. Para citar sólo algunos cuantos datos, recordaremos que el P. Sánchez Labrador, misionero jesuíta de mediados del siglo XVIII, expresa que “este modo de casamiento por venta es universal de todas estas naciones del sur...”². Falkner, coetáneo del anterior, la menciona también en los *pampas*³, e igual hace Muster de los modernos *tehuelches*⁴. En cambio, los *araucanos* seguían normas distintas, ya que lo regular entre ellos era el rapto de la novia, ya fuese éste ficticio, es decir, simbólico, ya fuese real⁵.

Otro dato interesante referente a la etnografía de los indios de que estamos tratando, va contenido en la declaración de *Jusepe* “natural del valle del Diamante”, quien al serle preguntado por qué “se había él pintado la cara y embijado”, dijo que por habersele muerto el padre, vale decir, que llevaba su “embijamiento” en señal de duelo.

Esta costumbre del embijamiento facial como signo de duelo es también señalada por otra fuente coetánea y con referencia a los indios de nuestra región, si bien no especifica. En efecto, Rosales, que llegara a conocer personalmente el país y que publicara su “*Historia*” en 1676, dice, en la página 97, que, en caso de muerte, la parentela llora “con gran amargura

(¹) N. DEL TECHO, *Historia en la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, II. 107; Madrid, 1897.

(²) SÁNCHEZ LABRADOR, *El Paraguay Catholico. Los indios pampas-puelches-patagones*, 71; Buenos Aires, 1936.

(³) “Los casamientos se efectúan por compraventa, como que el marido compra su mujer a los parientes más cercanos, y no pocas veces a precio bien subido en abalorios, cascabeles, ropa, caballos u otra cosa que entre ellos tenga valor”. T. FALKNER, *Descripción de la Patagonia*; Buenos Aires, 1911.

(⁴) “El uso corriente es que el novio, después de haber obtenido el consentimiento de su amada, envíe a los padres de ésta, un hermano o amigo íntimo, que les ofrece un número de yeguas o caballos, o adornos de plata, por la novia”. MUSTERS, *Vida entre patagones*, en *Biblioteca Centenera*, 276; Buenos Aires, 1911.

(⁵) LATCHAM ha querido dejar establecido que la compra de la mujer y no el rapto de ella era la forma auténtica del matrimonio araucano. Sin embargo, este autor no desconoce la existencia, entre los mismos indios, del rapto, y tiende, más bien, a querer probar que el acto fundamental, el que legalizaba la unión, no era el rapto en sí, sino el posterior arreglo, mediante la entrega de un valor determinado, por parte del marido. Mas, a los fines que nos proponemos nosotros, carece de todo valor la discusión de este asunto, y lo único que interesa es que, de un lado, el araucano, había como norma un rapto de la novia, mientras que del otro, el pampeano, no se conocía tal procedimiento. Ver la bien documentada obra de R. LATCHAM, *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*, en *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, III, 245 y sig.; Santiago de Chile, 1922.

y voces, repelándose la cabeza y pintándose de negro y colorado las caras”. Y también los pueblos de las llanuras observaban la misma costumbre. En cambio, parece que no era conocida de *diaguitas* ni de *araucanos*, vecinos de los de Mendoza por el norte y por el oeste.

Según el P. Sánchez Labrador¹, el duelo en esta forma duraba varios meses entre los antiguos *pampas*, y el hecho es corroborado por su colega de apostolado y contemporáneo, P. Falkner, quien manifiesta que, en caso de muerte la viuda tiene obligación de conservar el rostro “ennegrecido de hollín” durante un año². También Musters atestigua la misma costumbre entre los *tehuelches*, quien expresa que las mujeres realizan el peinado matutino de los hombres pintándoles la cara. En caso de “duelo, les ponen pintura negra”. Y entre los actuales *onas* reaparecen los mismos colores, negro y colorado, para la misma expresión de sentimiento en caso de muerte, según testimonio de Gallardo y otros³.

IV

La segunda de las hablas mencionadas en nuestra documentación es la “lengua de Chile”. Como la lengua “de Castilla” y la “del Cuzco”, era extraña al elemento aborígen. Se trataba, claro está, del araucano.

De todos los declarantes indios que intervinieron en este proceso, sólo dos pudieron ser interrogados en este idioma, y aun solamente debido a que habían estado en Chile y aprendido allí la lengua, pues, como reiteradamente puntualizan las actas, los idiomas de una y otra parte de los Andes eran distintos.

Fueron el mismo don Bartolo y su hermano don Juan, los dos *puelches*, quienes conocían el araucano. De niños habían sido llevados a Chile y allí educados y encomendados. Regresaron ya adultos, para hacerse cargo del cacicazgo por muerte de un tío. Las declaraciones y ratificaciones de estos

(¹) SÁNCHEZ LABRADOR, *El Paraguay Catholico*, etc., 61 y siguientes.

(²) T. FALKNER, *Descripción*, etc., 105.

(³) A. GALLARDO, *Los onas*; Buenos Aires, 1910.

caudillos fueron interpretadas por Juan de Carvajal, Gregorio de los Olivos y Gonzalo de Toro, además de un negro libre y ladino.

El hecho de que *puelches* y *pehuenches* no conocieran la “lengua de Chile” dificultó grandemente los procedimientos, pues no faltaban intérpretes de esa lengua entre los vecinos de Mendoza. Se explica ello por el hecho de la dependencia política de Cuyo y porque muchos de los vecinos de esta región lo habían sido antes de las ciudades chilenas. Pero, debido a la anotada circunstancia, el fácil y cómodo interrogatorio en araucano tuvo que ser abandonado para dar lugar a un difícil y complicado procedimiento con los indios “de tierra adentro”, como luego veremos.

Y esta comprobación negativa respecto de la presencia del idioma araucano entre nuestros indios, es uno de los datos más valiosos de los muchos contenidos en la documentación que nos ocupa. A diario vemos citar a los *pehuenches* como a indios de estirpe *araucana*, porque hablaron esta lengua a partir del siglo XVIII. Pues bien; a mediados del siglo XVII, los *pehuenches* que acompañaban a don Bartolo, no sólo no conocían aquella lengua, sino que tenían una propia. Por lo demás, son varias las actas que declaran expresamente que la lengua de los *pehuenches* era distinta de la de Chile o *araucano*.

En ningún momento confunden las actas a *pehuenches* y a *araucanos*. Claramente se distingue entre ambos pueblos. Los *araucanos* son llamados *aucáes*, mientras que los *pehuenches* formaban parte del grupo de indios “de tierra adentro”. Varios son los deponentes que nombran a unos y a otros, como entidades distintas. No hay, pues, confusión posible.

Y con esto podemos llevar adelante el pleito iniciado con los hallazgos de *Viluco*, al sur de San Carlos, provincia de Mendoza. Como se recordará, Boman había opinado que “los indios de *Viluco* no deben ser araucanos, a juzgar por los datos del P. Olivares, ni pertenecían a los pampas (-het), por su vida y costumbres diferentes. Es muy verosímil que hayan sido *huarpes-millcayac*¹. Metraux se oponía a esta tesis diciendo que, por haberse hallado en *Viluco* un silbato y otras prendas indudablemente araucanas, los indios de este lugar, dueños de los restos exhumados, serían de

(¹) E. BOMAN, *Cementerio indígena en Viluco (Mendoza) posterior a la conquista*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XXX, 559; Buenos Aires, 1910.

origen chileno, agregando que se sabía de manera cierta que en época histórica, grupos de *pehuenches*, y por ende *araucanos*, habían vivido allí.

Si, como todo parece demostrar, el cementerio de *Viluco* pertenece a la segunda mitad del siglo XVII, entonces sus ocupantes no eran de estirpe araucana, como demuestran claramente los documentos que analizamos. Eran indios "de la tierra", es decir, de idioma *millcayuc*, los moradores de la región hasta el Atuel. Verdad es que, por la época, la influencia araucana empezaba a dejarse sentir entre otros pueblos de más al sur, los *pehuenches*, y que entre éstos y los *puelches* se veía armamento y tejidos aucás; mas, ni étnica ni lingüísticamente eran araucanos, ninguno de los grupos asentados de esta parte de la cordillera. Cien años después, es decir, a mediados del siglo XVIII, los habitantes de la región al sur del Atuel, en parte ya araucanizados, conservan todavía su lengua primitiva, que no era el araucano, según testimonio del P. Havestadt, que atravesó la región. Y a principios del siglo XIX, sabemos, por don Luis de la Cruz, que los *malalquinos*, o habitantes de la región mencionada, eran de las mismas cualidades que los *pehuenches* de más al sur, es decir, *araucanos*, pero nada sabemos, cual dice Metraux, de que la ocupación pehuenche llegara hasta *San Carlos*.

V

La tercera y última de las lenguas mencionadas en nuestra documentación es la "de tierra adentro". A veces, las actas especifican y la llaman "lengua puelche", o "lengua puelche y pegüenche".

La unidad que el nombre aparentemente expresa, no es real. *Pehuenches* y *puelches* se expresaban en habla distinta. Fundámonos en varias razones para establecer que ambos pueblos fueron, racial y culturalmente, afines, aunque, por la época, constituyeran grupos distintos con tendencia a una mayor diversificación. El parentesco era también lingüístico.

Las "lengua de tierra adentro" eran desconocidas de los españoles de Cuyo y, a pesar de las gestiones realizadas por las autoridades de Mendoza, no se halló intérprete español alguno que las entendiese, ni en Mendoza

ni en San Juan. Por lo tanto, se hubo de recurrir al complejo procedimiento que consistía en nombrar indígenas conocedores de estas lenguas y del *millcayac*, y que decían en esta última lengua a otros intérpretes españoles, lo que el indio declarante *puelche* o *pehuenche* manifestaba en la suya.

El *habitat* de los *pehuenches* era, como es sabido, la región do crecen las araucarias productoras de piñones, al sur de la línea Barrancas - Colorado y hasta cerca de Nahuel Huapí, dentro de la cordillera misma y en sus laderas. El cautivo García que se huyó de "los *aucás*", o sea de la Araucanía no ocupada por los españoles, tardó dos días en llegar a tierra de *pehuenches*. Las actas, por su parte, denominan constantemente el *habitat* *pehuenche* "entre dos cordilleras".

Era pueblo de costumbres nómades. El mencionado ex cautivo dijo que, al toparse él con ellos, se hallaban recogiendo piñones; y al ponerse, poco después, en marcha, iban sustentándose con piñones y caza.

No mencionan las actuaciones la indumentaria de tan interesante pueblo, excepto que llevaban el "cabello cortado por delante", a diferencia de *puelches* y de *huarpes*, como llamaremos, siguiendo la costumbre, a los de idioma *millcayac*. Es por eso que, una vez apresada la partida, allá en el Atuel, todos los indios se cortaron el cabello del mismo modo, para hacer imposible la identificación de los *pehuenches* que se habían quedado.

Dada su posición geográfica, a caballo sobre la cordillera, estos *pehuenches* eran los intermediarios natos entre los pueblos de diferente cultura de ambos lados de los Andes. En la carta al rey de España escrita por Garay en 1582, ya se mencionan tejidos que los habitantes de la pampa recibían de la cordillera, vale decir, de Chile, por mediación de nuestros *pehuenches*. Y, al quedar en el sur de Chile una extensa zona no dominada por los españoles, donde los indios podían seguir desarrollando su cultura, sobre todo en el aspecto guerrero, eran nuestros indios quienes abastecían de caballada a los de Araucanía y, en recompensa, traían hilados y tejidos de allí para nuestros pampeanos. En consecuencia, fueron nuestros *pehuenches* los primeros en araucanizarse, es decir, en aceptar la lengua y la cultura de los *araucanos*. Y desde el *habitat* *pehuenche* se extendió la nueva influencia a través de las llanuras.

VI

El otro grupo étnico cuyo idioma va comprendido con el de los *pehuenches*, en la denominación “lengua de tierra adentro”, era el que las actas denominan, en un general sentido, los *puelches*. Su *habitat* se extendía desde el paralelo 35° de latitud sur, por el norte, hasta el límite septentrional *pehuenche*, constituido por la línea Barrancas - Colorado, por el sur.

Se ha dicho muchas veces que el nombre de *puelches* era meramente geográfico, fundándose en la significación y procedencia araucanas del nombre. Mas, es indudable que ello ha importado siempre una calificación, por la diferencia de raza y cultura entre una y otra parte de los Andes. Por la época que nos ocupa, la denominación iba referida a dos grupos racial y lingüísticamente distintos, aunque bastante semejantes en lo cultural. El primero de ellos, que aquí no interesa, era de raza pámpida y afín de Patagones; hasta nuestros días ha conservado su nombre de *puelches*. El otro, que citan nuestras actas, vivía más al norte de aquéllos, y era un pueblo de alta estatura, posiblemente dolicocefalo, afín de *pehuenches* y *huarpes*, que vagaba en las estribaciones de la cordillera y al pie de ella. Se dividía en parcialidades diversas con nombres distintos.

A tres de estas subdivisiones pertenecían los componentes de la banda de don Bartolo.

Estaban en primer lugar los *morcoyanes*, que correspondían al cacazgo de don Bartolo. Sus tierras eran la región del Payén, a ambos lados del río Grande hasta el Colorado.

El grupo segundo estaba constituido por cinco *chiquiyanes* con su cacique don Juan. Tenían sus tierras al nordeste de los primeros, en la comarca del Cerro Nevado. Estos indios, a pesar de ser citados a menudo por los cronistas, no mantendrían demasiadas relaciones con los españoles, pues de los cinco, dos no llevaban nombre cristiano, y de los restantes, uno es dado por “bozai” y otro declaró haber visto españoles sólo una vez. En cambio su cacique había trabajado en la estancia de Moyano, cerca del Diamante, y conocía además de su lengua puelche, el *millcayac*.

Un tercer grupo de *puelches* eran los *oscóyanes*, que no deben ser confundidos con los *oicos*, cual hace Cabrera, pues estos últimos eran “de la

tierra'', es decir *huarpes* de idioma *millcayac*. *Cayla*, cuñado de don Bartolo, era su cacique en potencia.

La cultura de todos estos *puelches* era esencialmente la misma, como uno mismo era su idioma. Por el tipo de ellas se acercaban más a la de los indios de la llanura que a *diaguitas* y *araucanos*. Ella tiene una importancia suma por estar muy cerca a la propia del grupo pehuenche-puelche-huarpe, antes de que los primeros sufrieran el influjo araucano y los últimos el diaguita.

Su economía era la de cazadores y recolectores. Cazaban el guanaco, el avestruz, etc., y recolectaban semillas y raíces. De esta su actividad recolectora contienen los documentos que analizamos numerosas referencias. Uno de los testigos españoles declara que don Bartolo había enviado a diez mujeres riberas del Atuel para que recogieran Algarrobas, y otro declarante indio da como razón de su presencia en la región de dicho río, la de la búsqueda de tan útiles vainas. No hay duda de que hacían honor a su antiguo nombre, ya atestiguado en los primeros años de la conquista, de "puelche-algarroberos". Otra semilla que, de acuerdo con otra declaración, solían comer, era la del molle¹; para comerla un grupo de *puelches* había ido "entre dos cordilleras", es decir, en país pehuenche. De unas "raíces para hacer harina" nos habla el ex cautivo Figueroa, que don Bartolo tenía intención de recolectar en la región del Atuel. Ignoramos que raíces sean; pero, no está demás recordar que la trituración de semillas y raíces pertenece también a la cultura primitiva de los pámpidos.

Un lugar especial en la mesa de nuestros *puelches* lo ocupaba la carne de caballo. Del tenor de las declaraciones se desprende que el "matar caballos" tenía inherente algo de consagratorio y que estaba reservado a los días especiales. Uno de los declarantes explicó que en "el corral", es decir, en el cercado de piedra que construyera don Luis de las Cuevas y que diera nombre a la actual población de Malargüe, dejaban los *puelches* la caballada para que engordara y luego comerla.

(¹) El doctor J. A. Molfino ha querido bien informarme, a mi solicitud, que el molle en cuestión debe ser el *Schinus latifolius* Engl.

De su industria nos citan las actas, especialmente, sus “plumeros”, su principal artículo de exportación. Ya desde antiguo todos estos grupos habían tenido esta especialidad. Jusepe y otros indios de idioma *millcayac* habían ido al campamento de don Bartolo para “conchabar plumeros por caballos”, y lo mismo pretendió haber hecho el cacique *chiquillán*. Los *puelches*, a su vez, “conchababan” caballos de sus vecinos por el este y norte, y textiles y armamentos de los del sur.

El armamento consistía en el clásico arco y flecha. No contienen las actuaciones referencia alguna a la boleadora. En cambio se mencionan diversamente “coseletes” y “celadas” y, sobre todo, el “fuste aucá”, o sea la lanza araucana de varios metros de largo. La presencia de todos estos instrumentos entre los *puelches*, fué considerada como probatoria de la concomitancia de nuestros indios con el “enemigo aucá”, o sea el araucano.

Otra industria importante era la de las pieles. La utilizarían para cubrir sus cuerpos y sus toldos. Los dos ex cautivos manifestaron que don Bartolo, desde el Diamante, se proponía atravesar la pampa en dirección al cerro Nevado, y para ello “aliñaba cueros de guanacos y liebres” para rellenarlos con agua para la travesía. Los recipientes en cuero pertenecen también a las más antiguas culturas del sur.

Otra antigua costumbre que las actas mencionan es la de las señales con humo. Al retirarse don Bartolo hacia el Atuel, mandó decir a las autoridades que si el corregidor quería verlo bastaba que “le hiciesen un humo” desde el Diamante. Igualmente, la visita de los *pehuenches* a tierras de don Bartolo se anunciaba “quemando campo”. Esta manera de señalar pertenece también a uno de los más antiguos substrata culturales de la región que nos ocupa.

Cristóbal, indio “de la tierra”, trata de explicar la pintura facial que al ser apresados llevaban los *puelches*, diciendo que tal vez querían jugar un partido de pelota, mientras que para otros, el mismo embijamiento significaba querer pelear. Ambas costumbres pertenecen también al substratum antiguo.

De la organización política y social poco es lo que nos dicen las actuaciones judiciales. El cacicazgo era hereditario, pues al morir Rúa, cacique de *puelches*, conocido de los españoles y abuelo de don Bartolo, heredó el

cargo un tío de éste y, a su muerte, nuestro caudillo. Sin embargo, a veces ascendían también otras personas dotadas de determinadas cualidades personales, y las declaraciones nos indican que ese era el caso del indio *Cayla*, cuñado de don Bartolo, que al ser apresado iba a ser proclamado cacique de los *escollames*, a pesar de no ser sino *shamán*. Todo ello está de acuerdo con lo ya conocido de otros pueblos del sur.

He aquí expuestos, en una breve síntesis, algunos de los principales datos que la documentación analizada nos proporciona.

(*) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 30 de noviembre de 1937.

EL FUERTE DEL PANTANO

por

JULIAN B. CACERES FREYRE

EL Fuerte del Pantano fué dado a conocer a los estudiosos por Eric Boman, quien en 1914 realizó una jira estudiando los principales yacimientos arqueológicos del norte de La Rioja.

En el diario "La Nación"¹, en un artículo en forma de carta a la Dirección, dió la noticia de su hallazgo, ilustrándolo con algunas fotografías de las construcciones hispánicas antiguas, todavía en pie. Boman falleció en Buenos Aires en 1924, sin haber podido dar a luz los resultados de su investigación en La Rioja, y fué recién en 1932 que la Dirección del Museo Nacional de Historia Natural, "Bernardino Rivadavia", hizo editar los "Estudios arqueológicos riojanos", en base a los manuscritos dejados por Boman sobre sus observaciones y hallazgos². La cuarta parte de los "Estudios" dedicada al Fuerte del Pantano consiste en la descripción de alrededor de cien piezas de cerámica, piedra, metal, concha y hueso coleccionados en los 21 días que permaneció el arqueólogo en el yacimiento. En la parte sexta, concerniente a "Pueblos de indios y españoles del antiguo curato de San Blas de los Sauces" se dan algunas noticias históricas referentes a la antigua fundación del Pantano.

Aparecidos los "Estudios arqueológicos riojanos", yo ya había visitado, en enero de 1932, el Fuerte del Pantano, y recogido algún material de su superficie. Pude, entonces, constatar que las noticias publicadas en "La Nación" y en los "Anales" del Museo por Boman eran incompletas

(¹) ERIC BOMAN, *El Fuerte del Pantano*, en *La Nación*, 9 de julio de 1914.

(²) ERIC BOMAN, *Estudios arqueológicos riojanos*, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, XXXV, Buenos Aires, 1927-1932.

y estudiaban una mínima parte de material del rico yacimiento por mí visitado, lo que hacía pensar que el autor, no obstante haber permanecido durante 21 días en el lugar, como dice¹, había tenido poca fortuna en las excavaciones. Sabedor de la riqueza del yacimiento por los objetos recogidos de su superficie en mis pocos viajes, y de su interés histórico, por ser también una fundación española del siglo XVII, me propuse realizar su estudio, y a tal efecto hice las visitas que me proporcionaron el material objeto de esta comunicación. Mis propósitos son, entonces, realizar la investigación sistemática de este yacimiento, completada por la compulsión de documentos referentes a su fundación española y a la existencia de la reducción indígena que la originó, y de la cual ésta es una noticia preliminar.

Visité este yacimiento, que se encuentra unas siete leguas al noroeste del pueblo de Aimogasta, en el departamento Arauco, a orillas del río Colorado o Mayu-Puka, cuatro veces: en 1932, 1933, 1934 y este año a mediados de febrero; mi permanencia más prolongada en él fué la de mi último viaje, pues durante cinco horas le recorrí, recogiendo material arqueológico de su superficie. La circunstancia de hallarse a más de una legua del poblado denominado Bañados del Pantano, y en una región desprovista de sombra y agua potable, hace que durante el verano, única época en que puedo realizar mis viajes, sea realmente imposible permanecer durante todo el día en él, es así que se hace imprescindible aprovechar las primeras horas de la mañana, o cuando el sol declina a la tarde, para realizar su recorrido. A estos inconvenientes suelen sumarse, en esta época del verano, las continuas crecidas del río Colorado, que hacen imposible su cruce por la gran fuerza de arrastre que tienen sus aguas, coloradas por la gran cantidad de tierra rojiza que llevan en suspensión, y que hace que ni las mismas bestias puedan beberla.

La región donde se encuentran estas ruinas es la característica de los barriales, tan frecuente en nuestras provincias norteñas de La Rioja y Catamarca. Las crecidas del río Colorado, y los fuertes vientos que durante todo el año soplan en este lugar han hecho de él un verdadero

(1) ERIC BOMAN, refiriéndose a la escasez de agua, dice: "tuve, en 1914, durante veinte y un días, mi campamento cerca del fuerte" (*ibid.*, 254).



Fragmento de la carta del Paraguay o Provincia del Río de la Plata compuesta — según Furlong — por el P. Diego de Torres, a comienzos del siglo XVII. Sería, por lo tanto, la más antigua representación cartográfica del valle de Pacipá y del fuerte del Pantano.

desierto; no se ven allí los algarrobales de campos vecinos ni los corpulentos retamos; una que otra jarilla rompe la monotonía del paisaje, y ellas son las que prestan su escasa sombra al viajero que surca esos campos en las horas en que el sol arrecia. Es tan grande la acción de los vientos que suelen encontrarse los cántaros y vasos completamente desenterrados en la superficie del yacimiento; en el vaso draconiano de la lámina IV puede notarse cómo las arenas que llevan los vientos han ido carcomiendo la cerámica hasta hacer desaparecer la pintura; algunos vasos están perforados en la parte que más les ha golpeado la arena.



Fig. 1

Es así como pude exhumar el cadáver de la figura 1; desde el caballo vi los huesos largos, que afloraban, desenterrados por el viento, a unos 15 metros al noroeste del más grande de los torreones; con la ayuda de un cuchillo pude descubrir el cadáver, que estaba a menos de 10 centímetros de profundidad, y como único ajuar fúnebre poseía, sobre el hombro izquierdo, un pequeño vaso con decoración draconiana. El cadáver estaba en posición de cúbito dorsal, con la cabeza orientada hacia el norte. No pude extraerlo en su totalidad, pues estaba sumamente destruído.

La nota más explícita que hasta el momento conocemos, referente al origen y fundación de esta reducción indígena, es la transmitida por el jesuita Pedro Lozano en su "Historia de la Conquista"². El gran alzamiento calchaquí hizo peligrar las fundaciones históricas del antiguo Tucumán, el gobernador Felipe de Albornoz nombró al general don Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, para que se hiciese cargo

(²) PEDRO LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán*, IV, 94 y 95; Buenos Aires, 1874.

de la defensa de las poblaciones de La Rioja. Cabrera consiguió vencer a los belicosos indígenas, y en 1638 funda la ciudad de Londres de Pomán, dirigiéndose de inmediato a pacificar el Valle de los Paccipas o Paccipas, en donde establece el presidio que dió origen al Pantano. Dice el padre Lozano: "Asentadas las cosas de la nueva población (Pomán), se resolvió el general don Jerónimo Luis de Cabrera pasar a pacificar el valle de Paccipa, donde siendo precursora su fama, causó tal terror su marcha, que trataron de adelantarse a ganar su gracia con el rendimiento antes de experimentar con la resistencia sus iras armadas. Acertado consejo que les libró de grandes trabajos y les granjeó la benevolencia del general, quien, olvidados sus enormes desaciertos, los trató benigno, y recogiendo de todo aquel valle con mil y doscientas almas las redujo a una población, distante veinte y seis leguas de La Rioja y doce de Londres, en donde puso un presidio de treinta y cinco españoles que a ellos les sirviesen de freno y contra los demás rebeldes de defensa, y le llamaron el fuerte del Pantano, originado este nombre de lo que en uno de los asaltos que les dieron los españoles, usaron de cierto ardid para su defensa, y fué que corriendo por aquel país el río llamado Bermejo, que con facilidad se derrama e inunda el terreno, se forman unos terribles atolladeros, pues siendo la tierra muy suelta se empapa presto como si no se hubiera mojado, pero que queda tal, que quien no sabe esta propiedad se empantanaría, sin poder salir, sino con gran trabajo y peligro, como en la función referida acaeció a la vanguardia de nuestro campo, que entrando incauta en aquel paraje, se halló muy embarazada, sin poder hacer operación, bien que se les malogró su idea a los enemigos, pues enseñados los demás con el peligro de vanguardia marcharon por otro sitio y lograron el asalto. Ahora, pues, de este pantano, tomó el nombre aquel fuerte que se fundó allí cerca, y fué resguardo muchos años de aquella frontera...".

El padre Techo¹ se refiere a una misión de los padres del Colegio Jesuíta de La Rioja, que en 1643 sale para bautizar numerosos indios del Pantano.

(¹) NICOLÁS DEL TECHO, *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, V, 220; Madrid, 1897.

Como restos indubitables de la antigua población española se encuentran aún varias habitaciones de adobe y tapia y varios armazones de ranchos; pero lo que más llama la atención son dos enormes construcciones de tapia que, a manera de torreones, se levantan en el campo desértico. Boman, equivocadamente, cree que estas construcciones tienen un origen natural, pues él sostiene que son los llamados penitentes de los geólogos, es decir, amontonamientos de tierra que, por ser de una mayor consistencia que la de su alrededor, han permanecido intactas a la acción de desgaste que ocasiona la erosión eólica y de las aguas que han rebajado la superficie terrestre, quedando estos amontonamientos a manera de construcción humana. Como he podido observar e ilustrar detalladamente en mi última visita, estas construcciones han sido realizadas por los fundadores de la reducción, a fin de guarecerse en ellas de los posibles ataques y sublevaciones de los indios reducidos. Tres han sido, según parece, estas torres, de las cuales una se encuentra casi destruida por los fuertes vientos. La más completa de todas (lámina III) tiene alrededor de diez metros de altura, y ha sido techada y reforzada. De los tirantes de algarrobo que sostenían su techo aun se encuentran en los agujeros en que estaban empujados pedazos completamente carcomidos (lámina III b).

Sin duda alguna, los soldados dejados por Cabrera solían, desde la altura de estas atalayas, divisar a la indiada bravía que continuamente atacaba a la población española y a la indígena reducida¹.

Entre torre y torre se notan aún los restos de las paredes de las habitaciones, que están al ras de la superficie por haber sido construidas en tapia más delgada, que los terribles vientos han destruido en parte y el médano ha cubierto.

Las gentes del lugar llaman a estos torreones "Los Hornillos", nombre que también dan al lugar de las ruinas; según ellos, en este establecimiento español se fundía metal extraído de una mina próxima del Velasco.

(¹) PABLO PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, II, 119 y 120; Madrid, 1915. El P. Pastells cita una "carta de Francisco de Nieva Castilla, Teniente Gobernador y Capitán á guerra de la ciudad de Londres al Capitán Alonso Doncel, - Da cuenta del alzamiento de las reducciones del Pantano y que Luis Enríquez se ha ido con su gente y familia a Calchaquí, pide gente de guerra, armas y municiones y que se dé aviso al Gobernador. Londres, 3 de Mayo de 1658".

Es indudable que se ha fundido metal de cobre en este lugar, pues así lo atestiguan los continuos hallazgos de escorias que he realizado.

Poseo varios objetos de procedencia hispánica encontrados en diversos lugares de estas ruinas, tales como estribos, fragmentos de arneses, pendientes, anillos, etc. Boman dice haber encontrado un crucifijo.

La población del Pantano subsistió hasta los primeros años del pasado siglo, época en que una gran creciente del río Colorado inundó los campos cultivados y arrolló con las construcciones. A más de esa desgracia, las

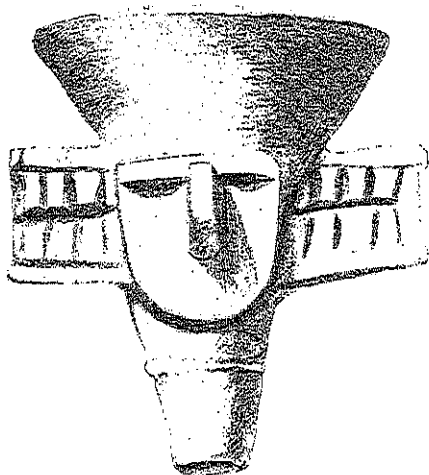


Fig. 2

aguas del río, que durante todo el año corrían en forma permanente, fueron levantadas en las poblaciones catamarqueñas que estaban a su vera, y en el verano, época que el río lleva poca agua, no alcanzaba a llegar al Pantano, estas calamidades hicieron desaparecer la población que se estableció a una legua y media al noreste, constituyendo el pequeño poblado hoy denominado Bañados del Pantano. Sus habitantes cultivan en el invierno el trigo con las aguas sobrantes que lleva el río Colorado y que, por acequias, llevan hasta sus viviendas, y en verano, como los antiguos habitantes indígenas,

“algarrobean”, es decir, se dedican a la junta de la algarroba y a la fabricación del “patay” o pan de algarroba. Según un censo del antiguo curato de San Blas de los Sauces, que comprendía el Pantano, en poder del doctor Marcial Catalán de La Rioja, en 1767 tenía el Pantano 173 habitantes, disminuyen, en 1777, a 93, para tener en 1807, el máximo de 454.

El antiguo pueblo indígena en el cual se fundó la reducción estaba habitado por la parcialidad de los “palcipas” o “paccipas”, que daban el nombre al campo por ellos poblado.

Los grandes bosques de algarrobo existentes en las cercanías, y que, sin duda, han sido más tupidos en épocas prehispánicas, ofrecían abundante cosecha de sus frutos a la indiada, alimento valioso para hombres y bestias, y aún hoy día sumamente codiciado. El cultivo del maíz parecen haberlo hecho en gran escala; las entonces abundantes aguas del río permitirían cultivarlo en dilatadas zonas; he realizado hallazgos de verdaderas capas de maíz carbonizado, como si se hubiesen incendiado los silos que lo contenían para evitar su aprovechamiento por el enemigo.

Siendo una región desprovista de piedras, las casas de los "palcipas" han sido de barro o quincha. Del primer tipo he podido ver los restos de paredes sumamente destruidas y semejantes a las del poblado indígena de Guandacol, en la misma provincia, que serían los dos únicos yacimientos con casas de barro que he visto hasta el momento en La Rioja.

Los hallazgos de procedencia indígena se realizan en ambos márgenes del río, pero especialmente en la izquierda, entre las construcciones hispánicas. Cerca de los torreones hay espacios materialmente cubiertos por cerámica y piedras, fragmentos de morteros y manos de conana.

En su gran mayoría, los vasos y fragmentos de cerámica que he recogido pertenecen al denominado estilo draconiano, pero se encuentran también los del llamado santamariano, y poseo un cuello de las características urnas de este último estilo; pero por no haber realizado excavaciones, no he podido constatar si los dos tipos se encuentran en un mismo nivel, o si pertenecen a distintos niveles estratigráficos.

Es también abundante la cerámica incisa, y especialmente una rojiza. Por lo general, en los yacimientos que he visitado en La Rioja sólo la cerámica gris o negra posee dibujos incisos, y es verdadera casualidad encontrar un fragmento rojizo con esta clase de decoración. En el Pantano por primera vez he visto abundancia de cerámica rojiza con decoración incisa.

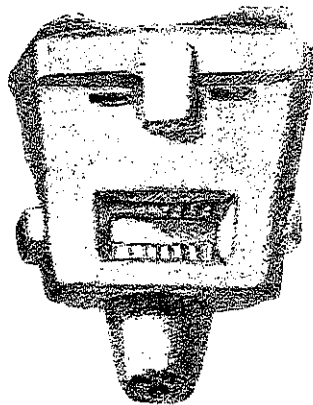


Fig. 3

He recogido abundantes fragmentos de pipas de fumar, y algunos ejemplares, casi enteros, en los que el hornillo tiende a formar un cubo que está separado del caño, constituyendo, así, dos piezas del mismo artefacto, han sido fabricadas en mayor cantidad que los de una sola pieza; algunos ejemplares (figuras 2 y 3) son de un alto valor artístico. Le siguen en abundancia las de una sola pieza, cuyo hornillo es antropomorfo (figura 4).



Fig. 4

De cerámica se encuentran también fragmentos de estatuitas, muyunas o pesos de huso, y abundantes representaciones zoomorfas, apéndices de vasos o pucos.

De piedra he recolectado manos de conana y alisadores, y muy pocas hachas; abundan los grandes morteros y conanas desfondados o partidos; en cambio, hay una inexplicable carencia de puntas de flechas, tan comunes en todos los yacimientos cercanos, como el de Aimogasta, de donde he formado una buena colección. Sólo una prohibición de las autoridades españolas del Pantano de su uso y fabricación explicaría esta carencia de puntas. Boman encontró dos ejemplares, y no tengo noticias de otros más.

De metal poseo dos hachas, algunas pinzas depilatorias y punzones¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 30 de noviembre de 1937. Dibujos de Cristina C. M. de Aparicio. Fotografías del autor.



a

Camino de Aimogasta a Bañados del Pantano.



b

Represa y ranchos en los Bañados del Pantano.



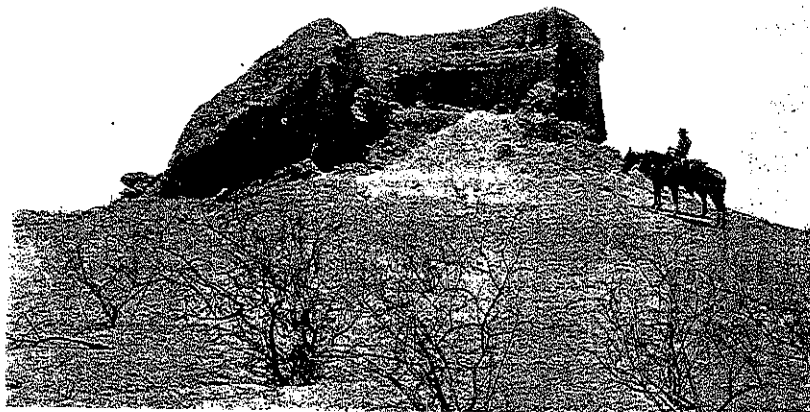
a

Aspecto del bosque en los alrededores del Bañado del Pantano.



b

El río Colorado a la altura de las ruinas.



a

El gran torreón.



b

Detalle del gran torreón, donde se pueden apreciar los agujeros que tienen empotrados los restos de vigas.